



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

*ZAINICHI*: EL RELEGAMIENTO AL OLVIDO, LA INMANENTE MEMORIA HISTÓRICA  
COREANA Y SU AFINIDAD A UN NACIONALISMO ÉTNICO

TESIS  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
MAESTRO EN ESTUDIOS EN RELACIONES INTERNACIONALES

PRESENTA:  
ANGEL NOEL LÓPEZ NORIEGA

TUTOR: MTRO. ALFREDO ROMERO CASTILLA  
CENTRO DE RELACIONES INTERNACIONALES

CIUDAD DE MÉXICO, JUNIO, 2021



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Agradecimientos

Al profesor Alfredo Romero Castilla, mi maestro, por haber creído en mí y mi proyecto incluso antes de conocerme en persona. Sólo usted podía dirigir esta tesis. Agradezco su esfuerzo, pasión, amistad y dedicación a lo largo de toda la maestría.

A la Dra. Gowoon Noh, por haberme recibido como estudiante de investigación en la Hankuk University of Foreign Studies. Siempre estaré agradecido con usted:

“노고운 교수님께 감사의 말씀을 전해드리고 싶습니다.

교수님의 통찰력과 도움, 그리고 날카로운 지적이 없었다면, 이 논문은 결코 나올 수 없었을 것입니다.

다시 한 번 교수님의 도움에 감사드립니다.”

Al Dr. Fernando Vizcaíno Guerra, por su compromiso en apoyarme constantemente con la estructura y diseño de mi tesis.

Al Dr. Carlos Uscanga, la Mtra. Dahil Melgar y el Dr. López Aymés, sus comentarios concretaron la visión de mi tesis.

A la Dra. Emily Ito, por haberme guiado con paciencia y sabiduría hacia la puerta de la psicología cultural, la cual es el núcleo no sólo de mi quehacer académico, sino de mi propia construcción e interpretación de la realidad.

A mi madre, Chepy, que quería un ingeniero, pero terminó con un psicólogo social, un Maestro en relaciones internacionales, un coreanista y un escritor, todo ello gracias a tu apoyo incondicional. Estos logros son tuyos.

A Mingi, Kaeun y Euigi, quienes hicieron de Seúl un segundo hogar para mí. Su amistad es lo que me motiva a seguir aprendiendo sobre Corea del Sur.

A Luis, porque una tragedia llevó a otra, luego a otra y a otra, hasta que pasamos a cohabitar al asunto del COVID-19. Ya casi volvemos a la *subrealidad*.

A Alejandro, quien con determinación férrea escribe historias que van más allá de lo convencional. Gracias por la compañía en la distancia y por siempre escribir.

A Poesía, Dani, Maricruz, Chepino, Víctor, Manolo, Itzel y Yirel: porque con su amistad, aún en la soledad inherente a un confinamiento, nunca me sentí solo.

A Tania, Dánica, Miguelito e Ingrid, a quienes el confinamiento nos unió. Siento bonito de poder saber que forman parte de mi familia.

A Morgana y Úrsus, por ser los *roomies* más *divertinteresantes*.

A Michi y a su abuelita Irma, muchas gracias por toda la comida.

A mis compañeros de maestría, ojalá nos volvamos a encontrar pronto, todos felices,

## ÍNDICE

Introducción	I
Los <i>Zainichi</i>	IV
Capítulo I: Consideraciones teóricas y conceptuales	1
1.1 Estado del arte	1
1.2 El concepto de identidad	11
1.3 El constructivismo de Wendt	14
1.4 La Psicología cultural	16
1.4.1 Mundos intencionales	18
1.5 La normatividad en el constructivismo	19
1.6 El nacionalismo en el constructivismo	22
Capítulo II: Entre “tierra de la tranquilidad matutina” y el país del sol naciente: la formación de una identidad étnica	24
2.1 Imágenes sobre Corea	26
2.1.1 Corea y Japón de 1868 a 1900	28
2.1.2 Chosen Mondai	29
2.1.3 El acercamiento de los reformistas de Choson a Japón	32
2.1.4 La anexión de Corea	36
2.2 La movilización colonial: los cimientos de una identidad	40
2.2.1 El empobrecimiento de Corea	43
2.2.2 Las primeras olas de movilidad coreana durante la colonia	45
2.3 Desarrollo de un imaginario compartido	48
2.3.1 Los movimientos independentistas	52
2.3.2 El gran terremoto de Kanto	54
2.3.3 Cambio a la migración forzada	60
2.3.4 La frustración de la capacidad defensiva de Japón	64
2.4 Los coreanos bajo el Supremo Comando de las Potencias Aliadas	65

2.4.1 La repatriación	68
2.4.2 Fracturas identitarias	72
2.4.3 La Ley de Registro de Extranjeros	73
2.5 Chongryun y Mindan	75
2.5.1 La identidad como herramienta política y el rechazo a la naturalización	79
2.6 Discusión: Identidad <i>Zainichi</i>	81
Capítulo III: Japón y la otredad	86
3.1 Lo “japonés” un término indefinido	89
3.2 Nihonjinron	92
3.3 El Japón heterogéneo: la teoría de la nación mixta	95
3.3.1 La ideología de la conquista	98
3.4 El mito del Japón homogéneo	100
3.4.1 Japón y la derrota	101
3.4.2 El Japón de la posguerra: cambio a la homogeneidad	103
3.5 En busca de la identidad: la reinstauración de símbolos	105
3.6 Nacionalismo étnico	107
3.7 Discusión: Nihonjinron y el otro	109
Capítulo IV: ¿Japón Multiétnico? Una discusión sobre la actualidad de los <i>Zainichi</i>	112
4.1 Revisionismo Histórico	112
4.2 Multiculturalismo en Japón	115
4.3 Camino a un país hermoso, el nacionalismo étnico de Abe	118
4.3.1 De <i>minzokushugi</i> a <i>kokumunshugi</i>	119
4.4 Discusión: Los <i>Zainichi</i> en el Japón Multiétnico	122
Conclusiones	130
Bibliografía	134

## Introducción

La historia moderna de las relaciones entre los dos Estados establecidos en la península coreana y Japón está marcada por múltiples heridas que no terminan de cicatrizar, causadas por la incursión imperialista de Japón en territorio coreano durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX. La interpretación de este periodo histórico ha sido muy controvertida entre coreanos y japoneses y sus distintas versiones van desde las que ostentan a Japón como impulsor (facilitadores) del desarrollo económico en la península coreana, hasta aquellas que hablan de cruentas formas de opresión que culminaron en la conscripción militar y la esclavitud sexual de las mujeres. Todas estas cuestiones son un esbozo de los muchos temas de discusión albergados en los anales de los estudios de las relaciones sociohistóricas entre las dos Coreas y Japón, las que permanecen vigentes debido a las tensiones políticas siempre latentes en la cotidianidad de la región.

Es pertinente señalar que una parte importante de esta información, así como los estudios realizados sobre la minoría étnica coreana en Japón, han quedado de lado en los mundos académicos internacionales, y en particular en la academia latinoamericana, lo que impele poner atención a la secuela de las ambiciones imperialistas del Japón del siglo XX y a la nostalgia de los *Zainichi* hacia una nación que pareciera ya no existir a raíz de la división, como foco de estudio para nuestra academia.

Esas repercusiones se mantienen latentes, invitando a la reflexión de la variedad coyuntural en la que se desarrollan los fenómenos migratorios, pues los marcos de estudios de la migración resultan limitados para poder entender la complejidad del fenómeno *Zainichi*

que, por su mismo carácter de minoría, queda invisibilizado en un mar de acusaciones políticas y sensibilidades históricas, las cuales se han acentuado en la actualidad.

*Zainichi* es una palabra japonesa compuesta por los caracteres *dentro* y *sol*, y cuyo significado literal puede entenderse como “en/dentro de Japón”, expresión que se usa para hacer referencia a los residentes extranjeros. Sin embargo, debido al proceso sociohistórico de movilidad de personas de la península coreana, el término *Zainichi* por sí solo adquirió un uso coloquial que hace referencia a la población postcolonial de inmigrantes de la península coreana y sus descendientes en Japón, por lo que su uso en la vida cotidiana hace referencia exclusiva a ellos (John Lie, 2008). Cabe mencionar que dicha denominación es usada tanto por los japoneses como por las mismas comunidades coreanas, por lo que la otrora etiqueta constituye en sí misma un proceso de asimilación, apropiación y expresión identitaria arraigada en la etnia.

Como mencioné anteriormente, considero que las connotaciones y matices son claves para la aproximación a un fenómeno de esta naturaleza, por lo que fue necesario realizar una estancia de investigación en la Hankuk University of Foreign Studies (HUFS) en Seúl durante cinco meses para exponerme *in situ* a los fenómenos políticos relativos al nacionalismo en las relaciones de las Coreas y Japón. No obstante, esta no fue la primera vez que llegué a estudiar a Corea del Sur.

Durante mi licenciatura en psicología social, tuve la oportunidad de estudiar un semestre de movilidad internacional en la Sungkyunkwan University en el año 2017. Tuve mi primer contacto con el tema gracias a la Dra. Gowoon Noh quien eventualmente se

convertiría en mi cotutora de tesis. Cursaba su asignatura “Understanding Asian Cultures” en el que uno de los bloques del temario incluía el estudio de la migración coreana en Japón.

A través del citado curso entré en contacto con la bibliografía más relevante del tema, sólo para descubrir que había todo un mundo de perspectivas y versiones sobre el fenómeno *Zainichi*. A la luz de esa óptica, advertí que tanto la alineación política como la nacionalidad del autor en turno transformaban dramáticamente su aproximación al fenómeno por lo que, curioso, decidí adentrarme a indagar más.

Dos años después, ahora como maestrante, pude discutir y reflexionar a profundidad sobre la perspectiva sudcoreana en lo que a su pasado colonial refiere de la mano de la Dra. Noh quien, en conjunto con mi tutor y maestro, Alfredo Romero Castilla, instaron a la problematización de muchas de mis preconcepciones relativas a mi entendimiento del nacionalismo tanto a un nivel teórico como histórico en el Este de Asia.

Si bien los referentes teóricos que se estudian en las aulas de Seúl son de corte tradicionalmente europeo-estadounidense, estos siempre se ponen en perspectiva de los procesos históricos de la región, donde ciertas formas de organización política varían con referencia a cómo sucedió en Europa. Por ejemplo, hablar de la construcción de un Estado-Nación desde una perspectiva eurocéntrica invisibiliza las condiciones de la región que dotaron de cualidades únicas dicho proceso, como es el caso de la impronta del pensamiento y práctica política del confucianismo que permeó el acontecer político en diferentes momentos de la región.

Así, este trabajo representa un esfuerzo por tratar de rescatar dichos matices sin abandonar las teorías clásicas del nacionalismo de Ernest Gellner y Anthony Smith, de la

mano del construccionismo de Wendt en las relaciones internacionales para ponerlas en contexto a través de la discusión de su alcance al estudiar un fenómeno donde el nacionalismo étnico opera de manera particular.

Al término de mi estancia en Seúl, viajé al barrio coreano de Tsuruhashi en Osaka para empaparme de un fragmento de la realidad que compone este fenómeno. Fue aquí donde encontré observaciones relevantes sobre la percepción que los japoneses tienen de los coreanos y cómo es que las comunidades importan el imaginario de Corea del Sur y la Marca Corea para interactuar con la sociedad japonesa. Mis incursiones también coincidieron con el albor de las tensiones entre Corea del Sur y Japón manifestadas en la campaña “Boycott Japan”, por lo que la animosidad en la región se manifestaba a través de diversas prácticas y eventos nacionalistas que buscaban afirmar la memoria histórica de una parte sobre la otra: desde festivales para conmemorar la victoria del Almirante Yi Sunshin sobre las tropas de Toyotomi Hideyoshi en la batalla de Myeongnyan, hasta las manifestaciones xenófobas por parte de grupos radicales en Japón hacia los *Zainichi*.

En cierta medida, tuve la gran oportunidad de corroborar lo que advierto como temática en las relaciones entre la península coreana y Japón: ecos históricos, la repetición de patrones de relacionarse tanto a nivel Estados como en la interacción cotidiana de las sociedades y sus individuos.

### **Los *Zainichi***

En Japón existe un grupo formado por cerca de 855,000 coreanos viviendo bajo diferentes términos legales y expresiones identitarias. Ellos, los llamados *Zainichi*, son descendientes de migrantes que llegaron a Japón en un periodo que comprende desde la migración de

coreanos que viajaban a Japón a principios del siglo XX para aprender del acelerado proceso de industrialización del archipiélago, hasta la conscripción y migración forzada durante las casi cuatro décadas en que la península coreana fue colonia japonesa (Lee, 2012).

Desde entonces, se tiene registro de múltiples generaciones de *Zainichi*, de las cuales se notan diferentes transformaciones ideológicas y variadas posturas respecto a su residencia en Japón. Pese a las transformaciones de estas personas a lo largo de las generaciones, el gobierno japonés ha hecho muy poco por reconocer sus identidades y, como consecuencia, han acentuado la precariedad social y legal, así como la discriminación por origen étnico a la que los *Zainichi* se someten; todo ello culminando en la negativa del Estado nipón a reconocer su estatuto como minoría étnica, ya sea la ausencia de políticas que faciliten la naturalización, los estrictos requerimientos para finalmente recibir el permiso de residencia permanente, o la permeación de los nacionalismos que invisibilizan a los *Zainichi* en un limbo de segregación y desventajas sociales (Apichai Shipper, 2008).

En medio de las crecientes tensiones políticas en las relaciones entre los países de la Península Coreana y Japón, donde la postura de la administración nipona bajo el gobierno de Abe, ejerce su poder a través de la construcción de políticas proteccionistas<sup>1</sup> (Envall, 2018), y la popularidad electoral se construye a partir de narrativas cuya consecuencia desencadena sentimientos de rechazo a los extranjeros<sup>2</sup> (Rich & Yamamitsu, 2019), cabe preguntarse cuál es el estado actual de la minoría coreana en Japón, la cual representa la

---

<sup>1</sup> El 2 de agosto de 2019, Japón removió de su lista blanca de socios de exportación de confianza a Corea del Sur.

<sup>2</sup> En marzo del mismo año se realizaron tres protestas donde el uso de discursos de odio tomó lugar afuera de las instalaciones de una escuela Pro-Corea del Norte en Japón donde la policía japonesa se limitó a observar a los manifestantes.

segunda comunidad de extranjeros más grande en el país, no obstante, durante muchas décadas se mantuvo como la minoría étnica más grande en Japón, y que la disminución se debe a que cada vez más coreanos optan o bien por la nacionalización, o son nuevos migrantes de los cuales no se reconoce el mismo fenómeno histórico de la pugna por ser reconocidos como una minoría étnica.

Por ejemplo, a pesar del alto grado de asimilación social y cultural de los coreanos en Japón, y a que su ascendencia trasciende las generaciones en suelo nipón, siguen siendo legalmente reconocidos como extranjeros en un país que ofrece muy pocas oportunidades a quienes no sostengan nacionalidad japonesa (Lee, 2012), dejándolos en desventaja<sup>3</sup>.

Se estima que, en 2016, el 80% de los coreanos en Japón han nacido en ese país, y que éstos comprenden una demografía de cuatro generaciones (The Japanese Government Cabinet Office, 2016). Japón es un país cuya ley de nacionalidad se rige por el sistema de *jus sanguinis*, en el que sólo teniendo un lazo sanguíneo directo con un ancestro japonés<sup>4</sup> puede otorgarse la nacionalidad japonesa. Según Lee (2012) esto evidencia que Japón sea la única nación avanzada que ha mantenido a lo largo de cien años este criterio migratorio. De esta manera, el caso de Japón y los *Zainichi* es un problema que tiene implicaciones históricas cuya particularidad merece escrutinio por quien pretenda comprender las connotaciones que distinguen a los fenómenos de esta región del mundo.

---

<sup>3</sup> Como lo son el pago de impuestos, pero el derecho al voto limitado a elecciones locales en las prefecturas donde radican un número importante de *Zainichi*, como es el caso de la prefectura de Chuo, donde alrededor del 35% de sus habitantes se reconocen a sí mismos como de ascendencia coreana.

<sup>4</sup> Y que hasta antes de la década de los 90, el lazo directo era solo por vía paterna.

La construcción de los discursos nacionalistas relativos a la península coreana y Japón sobre su pasado colonial comprende una serie de imágenes y representaciones mentales que el uno tiene respecto del otro en su experiencia como colonizador y colonizado, en la que subyace la determinación identitaria de ambas partes (George De Vos y Changsoo Lee, 1981). Por lo tanto, para efectos de esta investigación, el estudio de estas imágenes se datará del periodo precolonial, en los últimos años del siglo XIX, hasta la actualidad, considerando su evolución y manifestación de diferentes formas según el contexto. En este sentido, la expresión y construcción de la identidad de los *Zainichi* se encuentra en un proceso cíclico, donde los ecos del pasado resuenan con mayor fuerza en una administración japonesa que antagoniza a la península coreana en el discurso y en la práctica y, por consecuencia, a la minoría étnica coreana en Japón.

Estas connotaciones se vuelven relevantes cuando se busca hacer sentido de expresiones nacionalistas de presión social como, por ejemplo, la actual campaña 'Boycott Japan', la cual surge en respuesta a las medidas de exportación e importación que la administración Abe impuso al país vecino. Seúl calificó tal acción de "humillación pública", por lo que ha promovido una campaña que invita al "patriota" coreano a no consumir productos japoneses; la creciente preocupación en las tensiones nucleares con Corea del Norte, y cómo es que los usos y costumbres de la cultura japonesa puedan apuntar a una explicación del por qué un país super desarrollado haga caso omiso de la recomendación de las Naciones Unidas para revisar su Acta de discursos de odio, ley que fue promulgada 2016, la cual paradójicamente no sanciona los crímenes ni discursos de odio a menos que éstos atenten contra la vida de manera directa, sin tomar en cuenta cómo es que estos actos

repercuten en la construcción de la normalización de la xenofobia y discriminación en el país del sol naciente.

Sin embargo, dicho esfuerzo resultaría imposible sin la adecuada construcción de un marco histórico que nos aproxime a identificar momentos clave cuyas repercusiones y connotaciones han marcado la construcción de estas comunidades hacia afuera y hacia adentro, pues dejaríamos de lado las particularidades que hacen que un problema de migración que lleva más de un siglo permanezca en el limbo.

Obedeciendo a esta necesidad, y con la firme noción de que las connotaciones son clave para poder aprehender este fenómeno y que casi no existe literatura en español al respecto, es obligatorio comenzar esta tesis con un análisis histórico de la construcción identitaria de las comunidades coreanas en Japón, de lo contrario, se banalizaría la comprensión de la realidad actual de los *Zainichi* ante este clima sociopolítico, ensordeciendo al lector de los anteriormente mencionados ecos del pasado, dejando de lado la oportunidad de reflexionar sobre la migración en la región.

Como elemento de partida, cabe notar que un fenómeno donde el nacionalismo étnico se contrapone a la nacionalización se exagera en Japón debido a sus estrictas políticas de naturalización, así como a su pasado colonial con la península coreana, por lo que preguntas que podrían resultar poco comunes en fenómenos migratorios en América del Norte o Europa son de suma relevancia en este caso.

¿Por qué hay *Zainichi* que prefieren vivir en condiciones desventajosas por ser extranjeros en suelo japonés si la opción de la naturalización, aunque difícil, se les oferta? ¿Por qué hay quienes sí lo hacen? ¿Por qué hay quienes optan por vivir en desventaja de

oportunidades por permanecer como apátridas en espera de la unificación de las dos Coreas? Todas estas preguntas ya han sido discutidas en la academia, pero su revisión es un conocimiento indispensable para acercarnos al estudio de los *Zainichi*. Ninguna de ellas representa el objeto de estudio, sino un requerimiento cuya discusión es necesaria para un marco histórico.

Por lo tanto, es imperativo mirar más allá de las dos rutas generales en la que los estudios de la minoría coreana en Japón se enmarcan. La primera de esas rutas es la narrativa trágica que antagoniza a Japón y le dota de cualidades perversas con referencia al racismo y al colonialismo. La otra es una narrativa triunfante que eleva y exagera el relato de resiliencia y heroísmo de las minorías coreanas ante las dificultades que le impone Japón.

Si bien ambas narrativas dan cuenta de realidades vividas a lo largo de su proceso histórico como minorías, su recepción ha sido polar, donde los matices ceden su lugar a imágenes en blanco y negro. La dificultad de asumir estas narrativas como totalidades radica en que por lo general se sobre entiende a las comunidades coreanas en Japón como **una sola**, como si hubiese un sentido de pueblo, y el grupo de referencia y pertenencia fueran claramente monolíticos, dicho relato promueve la existencia de una consciencia común y de una identidad nacional étnica que se asume por el simple hecho de ascender de la península coreana (Lie, 2008).

Roberto Herrera Carassou (2006) menciona que este tipo de generalizaciones en los estudios migratorios surgen de “proyectar los resultados obtenidos de recortes pequeños del objeto investigado a la totalidad de la que forman parte” (p.11).

Estas narrativas fracasan en ofrecer la oportunidad de vislumbrar un análisis histórico que facilite el acceso a un adecuado estudio de las dificultades que toda minoría experimenta. Por ejemplo, a diferencia de las comunidades mexicanas que emigraron a Estados Unidos, o de la movilidad japonesa a Perú, la documentación histórica no es tan rica ni discutida, si no que ésta se encuentra difusa y llena de sesgos nacionalistas.

No obstante, esta tendencia no es exclusiva de los *Zainichi*, sino que todo fenómeno de minorías se somete a un sesgo fundamental de atribución en el que las representaciones mentales de una noción categórica sobre un grupo definen a todos los que compartan aquella cualidad, es pues una postura esencialista de la cual nadie está exento, sin embargo, en el caso de la cultura japonesa<sup>5</sup>, la búsqueda de esa reducción esencialista resulta en un marco de organización de la realidad muy difícil de negociar, razón por la que Japón es constantemente criticado en su relación con el otro.

Es decir, la narrativa que muestra el tránsito de Japón como enemigo acérrimo al de aliado de Estados Unidos, se ha traducido en que Japón no ha sabido responder de manera adecuada sobre su actuación como agresor de los pueblos asiáticos y al hecho de qué debido a la explosión de las bombas atómicas ha enarbolado el discurso de víctima.

En este contexto, cabe identificar posibles líneas de aproximación que nos acerquen a la comprensión de lo que típicamente es la postura del Estado japonés hacia la migración y cómo dicha postura se ha practicado desde y para el nacionalismo como mecanismo de

---

<sup>5</sup> A diferencia de lo que se cree sobre el periodo *sakoku*, éste no sólo fue una reacción anti extranjera, sino también bien el ejercicio del derecho de soberanía sobre el control del territorio (Knauth, 1992).

autodeterminación étnica y cómo es que esto impacta directamente en su interacción tanto legal como social con los *Zainichi*.

En cuanto a lo que la construcción de conocimiento de las Relaciones Internacionales se refiere, esta investigación representa una oportunidad para observar desde un lente multidisciplinario el impacto que tanto las relaciones entre naciones y las secuelas que el colonialismo tienen en la construcción identitaria de una minoría étnica. Así, esta investigación sirve como caso de estudio de como un grupo étnico particular se ve imbuido de manera activa en la movilidad a través del espacio transnacional hasta convertirse en un grupo profundamente envuelto en conflictos políticos de las relaciones internacionales. Asimismo, esta coyuntura se muestra como apropiada para realizar un esfuerzo en contribuir a los estudios asiáticos.

En este contexto, el **objetivo general** de la presente investigación es articular el nacionalismo étnico japonés y la inmanente memoria histórica coreana como catalizadores del contexto de discriminación étnica hacia los *Zainichi* para así discutir la noción de Japón homogéneo.

Con este propósito se pretende aportar una actualización a los estudios de la minoría coreana en Japón, de manera que ayude a comprender los complejos fenómenos relacionados con su pasado histórico y la actualidad entre estos países. Se plantea una revisión de las bases del nacionalismo japonés y las imágenes que Japón y los *Zainichi* tienen el uno del otro con referencia al nacionalismo étnico.

Buscando alcanzar el objetivo general, será necesario abordar los siguientes objetivos específicos que, a manera de guía, vayan cerrando el foco de y recuperando los elementos que conformaran el marco contextual y el marco teórico.

- Presentación del proceso sociohistórico de la construcción identitaria de los *Zainichi*.
- Describir cómo se articula el concepto de etnia en el nacionalismo japonés.
- Discutir el nacionalismo étnico en Japón a partir de su experiencia con los coreanos que permanecieron en territorio nipón.
- Debatir la noción de un Japón multiétnico en el actual contexto de convivencia con los *Zainichi*.

Para lograr estos objetivos, el Capítulo I representará las consideraciones teóricas propias del constructivismo de Wendt en las relaciones internacionales y la psicología cultural de Shweder, perspectivas que servirán como lente de análisis a lo largo de la tesis, utilizando los conceptos de normatividad y nacionalismo entendidos desde una postura epistemológica co-constituyente de agente-estructura, los cuales se entienden en las categorías de análisis como mundos y objetos intencionales.

De tal forma que el segundo capítulo de la tesis consiste en presentar un análisis histórico de la identidad *Zainichi*: Al atender este objetivo se pretende construir un marco contextual en el que se puntualicen momentos clave en la construcción identitaria y de las imágenes que tanto los japoneses como los *Zainichi* comparten en su interacción. Para ello, este capítulo consta de tres puntos importantes en su narración cronológica: el primero de ellos es una breve presentación del imaginario que los japoneses tenían de los coreanos antes

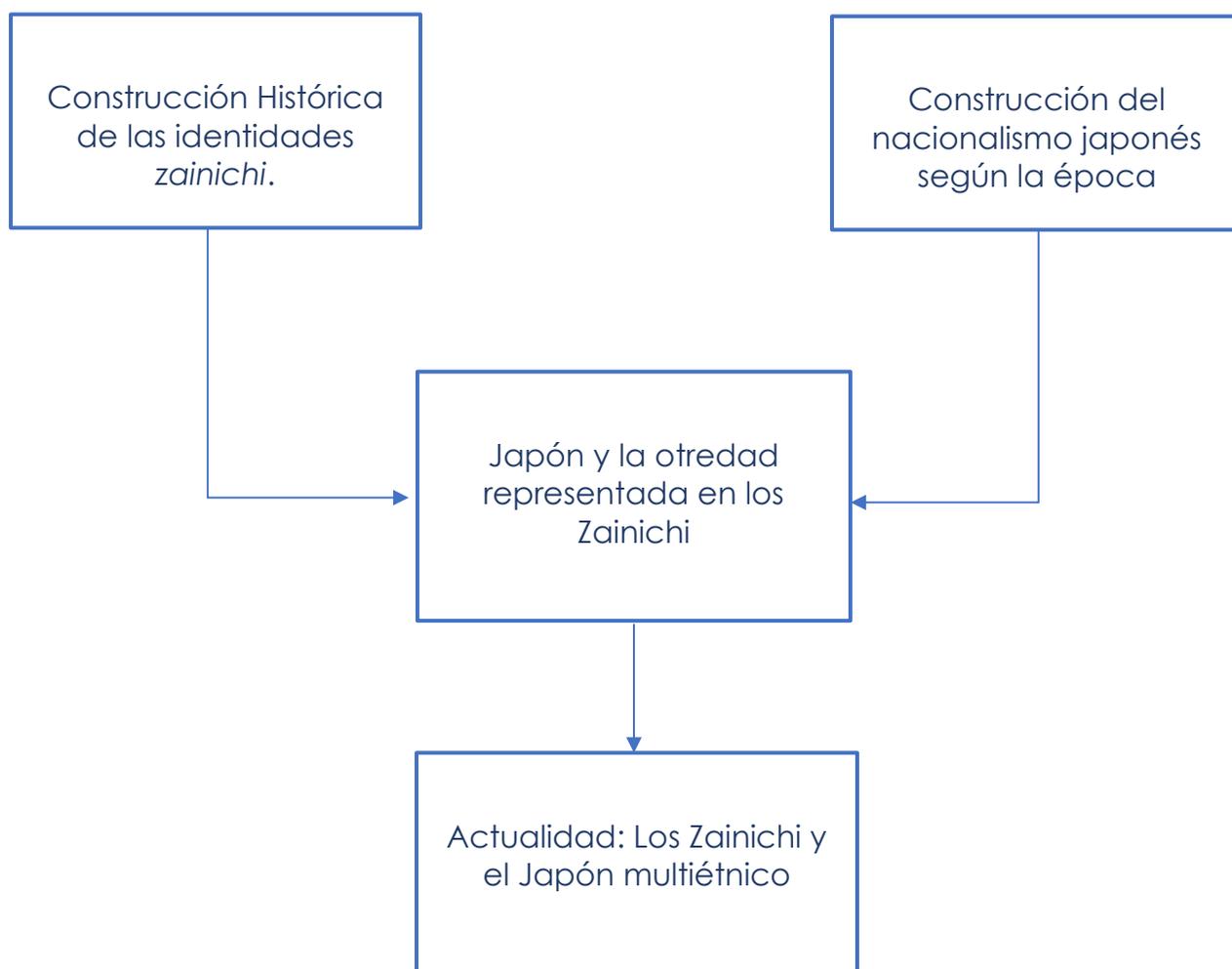
de la campaña imperialista nipona y cómo fue que ambos países se fueron acercando para que, a la par de las crecientes expansiones imperialistas en Europa, se crearan las condiciones que llevaron a la anexión de Choson; el segundo consiste en los esfuerzos por las comunidades coreanas en Japón por adaptarse y sobrevivir en territorio japonés durante la colonia; por último, presenta el camino recorrido por los *Zainichi*, tanto legal como social, durante el Japón de la posguerra y el discurso nacionalista de Japón.

En el tercer capítulo se discutirá el mito del Japón homogéneo: Al atender este objetivo se busca presentar una discusión teórica culturalmente sensible para identificar las connotaciones en las narrativas nacionalistas de Japón y cómo éstas excluyen a los extranjeros de la esfera de lo japonés. Se presenta un panorama general del desarrollo de la corriente de pensamiento *nihonjinron*, destacando los cambios de paradigma dentro del mismo, esto con el fin de rescatar que es un discurso en constante cambio y que dichos cambios han transformado de manera radical el entendimiento y expresión del nacionalismo japonés. Asimismo, presenta una discusión sobre los conceptos de etnia, nacionalismo y *lo japonés*.

Para el capítulo final, se analizará el rol del nacionalismo hacia los *Zainichi* en la actual coyuntura de las tensiones entre la península coreana y Japón: con el marco teórico y el marco contextual descrito en anteriores capítulos, se procederá a hacer un análisis de las expresiones nacionalistas hacia los *Zainichi*. Para esto, se introducen los conceptos de nacionalismo étnico y nacionalismo cívico y cómo durante la administración de Abe se debatía el paso hacia una nueva forma de nacionalismo con el fin de crear políticas migratorias que favorecieran la contratación de mano de obra calificada extranjera. Estos

hechos proponen los albores de un supuesto nuevo giro en el discurso nacionalista nipón que tanto interesa al acervo *nihonjinron*, no obstante, se debate si es posible pensar a Japón en términos de un discurso político plenamente multiétnico y si no es acaso una fachada neoconservadora que poco pretende hacer por las minorías étnicas en Japón.

Partiendo de lo anteriormente expuesto, se obtiene el siguiente esquema de contenido capitular:



Una vez exploradas a fondo estas cuestiones, se procederá a hacer una discusión sobre cómo la narrativa del nacionalismo japonés de la actualidad se relaciona con los coreanos en Japón, a partir de la cual se pueda concluir de manera prospectiva a los retos a los que estos se enfrentan.

Como nota final de esta introducción, cabe mencionar que se empleará el sistema McCune-Reischauer de transliteración al alfabeto latino de las palabras en coreano (omitiendo los signos fonéticos) y el sistema Hepburn para la transliteración al alfabeto latino de las palabras en japonés.

## CAPÍTULO I

### CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y CONCEPTUALES

En la revisión de los trabajos escritos sobre el tema, se evidencia que la mayoría de los autores adopta por principio una postura favorable hacia una de las partes envueltas en la cuestión: Así, los autores sudcoreanos condenan a los japoneses, por su parte, éstos justifican sus acciones, mientras que la mayoría de los autores europeos-estadounidenses abrazan una visión universalista de los hechos; y los *Zainichi* mismos no buscan más que reconocimiento étnico, lo cual es impreciso porque no todos ellos tienen una misma concepción de etnia. Lo cual denota que, en la dinámica del fenómeno *Zainichi* confluye una multiplicidad de nacionalismos.

#### 1.1 Estado del Arte

Como punto de partida, haré referencia a los autores que considero clásicos en el estudio de las comunidades coreanas en Japón: Mitchell (1967), De Vos y Lee (1981) y Weiner (1989).

Mitchell, fue el primer autor estadounidense en hacer un recuento de documentos históricos tanto en coreano como japonés, que le sirvieron de base para presentar una detallada crónica de los *Zainichi* desde los últimos años de la dinastía Choson, hasta 1967, años después de que se otorgara por última vez el registro de nacionalidad japonesa a los coreanos residentes en Japón.

De Vos y Lee son los compiladores de una serie de trabajos arqueológicos, antropológicos, sociológicos, económicos, históricos y psicosociales escritos por autores japoneses, coreanos y europeos también estadounidenses con el fin de poder cubrir una

visión interdisciplinaria e integrativa de los orígenes de las comunidades coreanas en Japón y las relaciones entre Corea y Japón desde que el reino de Paekche (uno de los tres antiguos reinos que conformaban la península coreana hasta el siglo VII) incursionara por primera vez en Wa (antiguo nombre de Japón). Lo más importante de esta compilación, es que sienta un precedente en el estudio de este fenómeno al integrar el tema de la identidad a través de la vida cotidiana de las comunidades *Zainichi*.

Weiner hace una minuciosa revisión de los procesos de migración Corea-Japón durante el periodo de anexión de Corea, propiamente los orígenes de las comunidades *Zainichi*.

Entre los estudios contemporáneos figura el artículo de Ceballos (2014) que da cuenta de la multiplicidad de la identidad *Zainichi* sin hacer mención a la sociedad japonesa como agente importante en la dinámica de este fenómeno. Su intención no va más allá y omite tocar otros aspectos como es el caso de las políticas gubernamentales que han propiciado que las condiciones precarias en las que vive esta minoría étnica se perpetúen.

Si bien Ceballos hace hincapié en la distinción de esta fenomenología de la identidad, retoma de Lee (2012) el estudio de estos procesos históricos generacionales, señalando momentos de cambio en las problemáticas sociales que guiaron la construcción de rasgos identitarios característicos de cada generación:

Cuando Corea fue colonizado en 1910, la primera generación de coreanos que migraron a Japón experimentó una incesante discriminación debido a sus antecedentes étnicos y su estatus de personas de clase baja. La segunda generación, ahora nacida en Japón, continuaron siendo excluidos de las actividades principales de la sociedad donde fueron afectados por prejuicios y les fue negada la participación equitativa en la sociedad. La tercera generación,

nacida durante la era de los movimientos de derechos civiles e internacionalización, comenzaron a dar voz a sus inconformidades demandando igualdad de derechos (p.2).

Otro autor, W. Osborn, escribió en 2015 un ensayo en el que explica cómo las etiquetas y los adjetivos con los que la sociedad japonesa se refería a las comunidades coreanas eventualmente determinaron la consciencia colectiva que los japoneses construyeron alrededor de esas minorías, desarrollando así generalizaciones xenófobas. En ciertos momentos estas situaciones no fueron incompatibles con el discurso nacionalista y homo-étnico de Japón, lo cual generó un espejo de otredad en la percepción que las comunidades coreanas tenían de sí mismas.

En ese mismo año, Itagaki expuso las raíces de la fobia contra los coreanos en Japón, a través de un recuento histórico sobre los constantes roces habidos en los intercambios entre la península coreana y Japón, desde las incursiones piratas acaecidas siglos atrás en el mar de Japón hasta el Gran Terremoto de Kanto en 1923, eventos que dieron pie al subsecuente antagonismo en contra de los súbditos coreanos.

Por su parte, Shipper (2008) explora los mecanismos políticos a través de los cuales se han transformado las comunidades *Zainichi* a lo largo de un siglo, y los nacionalismos, tanto japoneses como coreanos, envueltos en esta dinámica, destacando la necesidad del Estado japonés de la posguerra de propagar un discurso de homogeneidad étnica como medida de cohesión nacional ante la derrota; acción que determinó en el rechazo hacia las comunidades coreanas étnicas en Japón.

El estudio de Chung (2006) también ahonda sobre la cuestión de la discriminación étnica y presenta una serie de casos en los que las oportunidades laborales eran limitadas

con base en la condición de coreano residente en Japón. Esta situación que sirvió como punto de partida para que los *Zainichi* empezaran a pensar en la manera como podrían construir estrategias de pertenencia y autoreferencia a su etnia que les permitieran proteger, afrontar y adaptarse a la vida social y económica en Japón, tales como la adopción de nombres japoneses para presentarse ante la sociedad nipona sin tener que claudicar su nombre coreano.

En otros estudios como los de Chapman (2006), Lie (2008) y Cho (2016) tratan desde un punto de vista narrativo y de construcción de su historicidad las dificultades a las que los *Zainichi* se exponen día con día. No obstante, no puedo dejar de acotar que, en cierto sentido, estos autores son a mi juicio quienes han desarrollado un entendimiento más profundo y sensible sobre las comunidades coreanas en Japón, en cuanto al factor humanitario se refiere, debido a su cercanía e inmersión para/con las comunidades, resultado de décadas dedicadas a la producción de conocimiento sobre este fenómeno.

Sin embargo, merece acotarse que, en todos estos estudios, la reproducción del nacionalismo étnico japonés como foco de análisis brilla por su ausencia, salvo en el caso de estudios realizados por investigadores japoneses (Tanaka, 1995; Itagaki, 2015), ya que, debido a la recurrencia a la memoria histórica, éste resulta ser un tema tabú que debe ser soslayado. Esta elusión es una práctica social denominada en japonés *tatema*, expresión con la que se busca salirse por la tangente. En el presente caso se refiere a que cuando se habla sobre ciertos temas concernientes a Japón, debe evitarse hablar de ello de manera abierta.

En la cultura japonesa, hay una clara distinción entre lo que es normativamente apropiado y correcto para mostrar en sociedad y lo que en realidad piensa el individuo, lo

cual resulta inaceptable para la sociedad en general y que sólo debe reservarse para la consciencia del propio individuo o las personas en las que éste confía (Trinidad, 2014).

*Honne* y *tatemae* son vocablos japoneses utilizados para describir el contraste entre lo que en verdad se piensa (*honne*) y las opiniones que se expresan en público (*tatemae*). Analizando la etimología semántica de la palabra, los caracteres de *honne* (本音) se pueden entender como “sonido verdadero”, mientras que los de *tatemae* (建前) como “construido en frente” o bien, “fachada”.

Prasol (2010) hace una distinción de conceptos:

*Tatemae* significa cosas que son pronunciadas públicamente, cosas que coinciden con los intereses del grupo, un deseo o meta común; en la religión es una creencia ortodoxa o una de sus versiones, una posición de tradición o precedente. *Honne* por otro lado, significa cosas que son guardadas dentro del corazón, cosas de interés personal, deseos y metas personales; en la religión es un secreto, teoría apócrifa, la innovación y la reforma (p.6).

El *honne* de una persona pudiera ser incluso contrario de lo que la sociedad espera o de lo que se necesite de alguien de acuerdo con su posición y circunstancias, por lo que comúnmente el *honne* se reserva para las amistades más cercanas (Prasol, 2010). *Tatemae* es lo que se espera que alguien diga o piense, de la misma forma acorde a la sociedad o a su posición o circunstancia, de manera que plantea una ambigüedad entre la construcción de un principio irrefutable pero que no resulta aceptable.

Así, aparece Japón como nación, pero no Japón como discurso. Es en este punto en el que se ubica la presente tesis en referencia a los trabajos académicos mencionados en este acápite. Considero que el rol de la sociedad japonesa como constructor y reproductor del

nacionalismo debería ser incluida dentro del estudio de las identidades *Zainichi*, pues son ellos quienes ponen las condiciones para la aparición de estructuras de transformación social para los coreanos en Japón.

Por lo que incorporar una revisión histórica de las imágenes que los japoneses tiene de sí mismo y de los coreanos resulta de especial relevancia, pues son éstas las que se anteponen a que muchos coreanos en Japón opten por la nacionalización y que, siguiendo el razonamiento constructivista de Wendt (1996) en torno a la identidad como actor-estructura co-constituyente del Estado, abonan al entendimiento de la construcción social de las políticas migratorias de Japón.

Históricamente, las comunidades coreanas en Japón han aparecido como la divisa (token) de un lobby político al servicio de los intereses de las dos Coreas, los japoneses, e incluso los estadounidenses, por lo que cabe esperar que en el entramado de discursos políticos haya elementos que proscriban su identidad en función de los intereses de cada una de las naciones involucradas, incluso en la imaginada Choson (Lie, 2008).

Si la etnia, entendida desde la cultura y el linaje, es inseparable de la política en relación de las comunidades coreanas en Japón, es evidente que la identidad y la autodeterminación étnica toman relevancia para el entendimiento de este fenómeno. ¿Por qué las comunidades étnicas coreanas, aún hoy en día, se muestran renuentes a acceder a la naturalización japonesa pese a que haciéndolo tendrían acceso a mejores servicios por parte del Estado?

La etnicidad es el punto clave debido a la rigidez de las leyes japonesas que no permiten la incorporación de los extranjeros lo cual entraña una contraposición entre la autodeterminación étnica y la nacionalización.

Las perspectivas antropológicas sobre las poblaciones de migrantes trazan una línea muy delgada entre teorizar sobre la migración y teorizar sobre la etnicidad. De acuerdo con Kearney (1995):

En el corazón de los intereses antropológicos en materia de migración, se encuentran el transnacionalismo, las políticas de identidad, la diplomacia migratoria y los Derechos Humanos, todas estas preocupaciones encuentran un interés común en la etnicidad en tiempos en los que, de acuerdo con la teoría de la modernización, debía haberse [la etnia] atenuado por la robustez de los Estados (p.559).

Este autor señala la importancia de la identificación con una etnia como elemento sustantivo del proceso de determinación de un fenómeno migratorio en el que la autodeterminación étnica toma relevancia sobre la nacionalización cuando éstas se contraponen.

En este sentido, y aunado a la denuncia histórica de los coreanos en Japón, se puede discutir la renuencia de dichos grupos a optar por el proceso de nacionalización, prefiriendo así una existencia precaria en un país que limita su calidad de vida en razón de su Ley de Naturalización, sobre la cual los *Zainichi* argumentan debería excluirles y permitirles vivir con los mismos derechos y obligaciones que a un japonés con base en las profundas y controvertidas raíces históricas que los sembró en Japón.

Por ejemplo, uno de los antecedentes más importantes en la construcción del discurso en contra de los *Zainichi*, es el Gran Terremoto de Kanto acaecido en 1923 en el que alrededor de doscientos mil japoneses perdieron la vida (Ryuta Itagaki, 2015). Durante la catástrofe se esparcieron rumores sobre supuestas acciones de las comunidades de coreanos en el suelo nipón para dañar al imperio, tales como el envenenamiento de agua en las vías públicas y el incendio de casas en medio del caos (Michael Weiner, 1989). Fue en esas horas que grupos radicales en Japón se dieron a la cacería de toda persona coreana que se viera en las calles (Richard Mitchell, 1967).

Desde su desplazamiento de la península hasta este tipo de siniestros, los *Zainichi* han luchado contra la exclusión social y legislativa. Sin embargo, es en estas pugnas donde los *Zainichi* han encontrado los mecanismos para el cambio social y el reconocimiento de una población étnicamente diversa (Lie, 2008).

Durante el periodo de la posguerra, los *Zainichi* enfrentaron diversas formas de discriminación de parte de la sociedad japonesa y el Supremo Comando de las Potencias Aliadas. El final de la guerra significó la liberación e independencia de Corea, pero para los coreanos que se quedaron en Japón representó el principio de una larga contienda en el país del sol naciente (DeVos y Lee, 1981).

Esta situación se acentuó durante la administración del primer ministro Shinzo Abe, cuya retórica nacionalista ha antagonizado a Corea del Norte hasta el punto de crear psicosis nacional (Envall, 2018). No resulta extraña la existencia y prevalencia de grupos radicales ultraconservadores en Japón que ataquen verbalmente a las comunidades de filiación norcoreana en Japón, y que incluso existan organizaciones civiles que promueva la existencia

de un espacio para manifestar<sup>6</sup> discursos xenófobos<sup>7</sup> anti-Coreas (Xavier Robillard-Martell y Christian Laurent, 2019).

Asimismo, al estudiar a las comunidades coreanas en Japón, no se puede negar el papel que éstas han tenido en la difusión de discursos, ideologías, productos culturales e imaginario tenido de la península coreana en Japón, por lo que es muy común que éstos se aglomeren en barrios donde la expresión identitaria, desde lo arquitectónico hasta los tipos de productos que venden, den cuenta de la construcción de una idea de Corea comercial, es decir, un referente de consumo (Lie, 2008).

Siguiendo este razonamiento contextual, es necesario hacer énfasis en las diferentes circunstancias históricas y sociales que co-constituyeron tanto las experiencias de los *Zainichi*, como la manera en que éstas fueron construyendo sus identidades como grupo a lo largo de múltiples generaciones y sus variadas posiciones políticas respecto a su relación con sus raíces coreanas.

La mayoría de los primeros migrantes coreanos en Japón fueron estudiantes universitarios que eventualmente conformarían una élite intelectual y agentes estratégicos del Estado cuya principal labor caía en el aprendizaje de la modernización de Japón. Eventualmente hubo una movilización masiva de trabajadores manuales para la industria que se acentuó durante los años en que Japón conducía su esfuerzo de guerra.

---

<sup>6</sup> En octubre de 2019, se suscitaron una serie de protestas en la ciudad de Osaka, en las que Zaitokoukai, un grupo ultranacionalista japonés, salió a las calles a pronunciar su rechazo a las comunidades coreanas en Japón. Esto como respuesta a la iniciativa de apertura arancelaria entre Corea del Sur y Japón.

<sup>7</sup> En este sentido, el tema de la globalización visto desde esta perspectiva resulta un acercamiento a un fenómeno que no sólo sucede en Japón, sino en muchos otros países del mundo: una figura que oficialice ideologías proteccionistas.

Estas primeras movilizaciones constituyen una primera generación de *Zainichi*. En la actualidad se han formado cuatro generaciones. Lee (2012) resalta el estudio de estas generaciones resumiendo de manera breve aquellas situaciones relevantes a las que los *Zainichi* se enfrentaron, dependiendo de cada generación:

Cuando Corea fue colonizado en 1910, la primera generación de coreanos que migraron a Japón experimentó una incesante discriminación debido a sus antecedentes étnicos y su estatus de personas de clase baja. La segunda generación, ahora nacida en Japón, continuaron siendo excluidos de las actividades principales de la sociedad donde fueron afectados por prejuicios y les fue negada la participación equitativa en la sociedad. La tercera generación, nacida durante la era de los movimientos de derechos civiles e internacionalización, comenzaron a dar voz a sus inconformidades demandando igualdad de derechos (p.2).

Como resultado de esta transformación sociohistórica y las tendencias globales, la formación de una identidad étnica difirió significativamente entre estas generaciones. Adicionalmente, diferencias en nacionalidad de referencia (Corea del Sur, Corea del Norte, Choson, Japón) ideología (simpatizantes de Norcorea o no), factores educacionales (recibir educación en escuelas japonesas o en escuelas para etnias coreanas), y los antecedentes socioeconómicos potenciaron la diversidad entre los *Zainichi* (Ceballos, 2014).

<b>Zainichi</b>	<b>Periodo</b>	<b>Características</b>
<b>Primera Generación</b>	1895-1930	Fueron los primeros súbditos de ultramar. Diferenciación étnica desigual en Japón. Masacre del Gran Terremoto de Kanto.
<b>Segunda Generación</b>	1931-1960	Conscripción militar al esfuerzo de guerra japonés. Migración forzada para laborar en la industria japonesa. Pérdida de la nacionalidad japonesa.
<b>Tercera Generación</b>	1961-1990	Discriminación consecuente a la división de las dos Coreas. Repatriación masiva a Corea del Norte. Manifestaciones contra la Ley de registro de extranjeros
<b>Cuarta Generación</b>	1991- actualidad	Adopción voluntaria de nombres japoneses. Acceso limitado a cargos políticos. Marcada asimilación de la cultura japonesa, y menor distinción étnica.

Figura 1. Tabla de características y diferencias generacionales en los *Zainichi*.

Por lo anterior, resulta evidente que este tema exige una aproximación constructivista de las Relaciones Internacionales que, en conjunción con la Psicología Cultural de Shweder, desprenderemos que los procesos psicosociales y culturales son los catalizadores de la construcción de las identidades y los Estados. Noción que será abordada retomando sus particularidades de los nacionalismos en la región.

## **1.2 El concepto de identidad**

A este respecto, cabe resaltar que la noción de identidad de la que parto es la formulada por Charles Taylor (1996), que considera la identidad del individuo como dependiente de la sociedad, pero no por eso es un agente receptor de la misma, sino que, al mirarse en un espejo llamado “identidad”, no sólo se ve a sí mismo, sino que también aparece la sociedad que está detrás de él y, asimismo, aparecerá él en el reflejo de otros. De acuerdo con este autor la

formación de la identidad, tanto grupal como individual, obedece al reconocimiento social que reciben. De esta forma, la expresión de un falso reconocimiento o la ausencia de este puede ser seriamente perjudicial para con el individuo o grupo, pues podría alienarse de los grupos de interacción social de su comunidad.

La base ontológica de la identidad, es decir, de lo que somos los seres humanos, la encuentra Taylor (1996) en el hecho de que somos animales que se auto interpretan; y la base social o cultural de la identidad corresponde a la participación innegable de los otros es reflejo del contexto de la comunidad que determina lo que cada uno es. Dicho de otra manera, los marcos de referencia culturales son los que permiten la inteligibilidad de qué y quiénes somos. Sin embargo, esta concepción que en la actualidad podría ser generalmente aceptada no es monolítica, sino que, en sus primeras acepciones, Rawls (2001) entiende a la identidad como la afirmación de la libertad del individuo para autodeterminarse, lo cual implica que el papel de la sociedad, o bien de las culturas, debía ser independiente de este proceso de autodeterminación, por lo que partía de una reflexión que concluía en la universalidad de los preceptos morales que guiaban la expresión del individuo, concentrando así en la moral el motor de la identidad.

Taylor no se muestra contrario a la idea de los valores morales que son compartidos por las sociedades, pero en mi interpretación, reconoce que la cultura es un constructo y constructor de los procesos identitarios. Por lo tanto, enfoca su análisis, reflexión y discusión acerca de la identidad moderna, en términos de una construcción social que surge desde los vínculos con las otras personas con quienes se comparten los mismos códigos y a partir de una meta narrativa que les afirma como iguales. De esta forma, la autodeterminación

identitaria del individuo no existe en el vacío, ni en la introspección ya que éste no es consciente de los elementos sociales que abonan a su propia imagen, sino que estas se construyen a partir de la interacción social en la vida cotidiana y en la participación política en sociedad.

Esta implicación impone replantear la premisa según cual la formación de la identidad, construida socialmente y por lo tanto compartida entre grupos, también está imbuida por el reconocimiento que recibe por parte de la sociedad y, consecuentemente, por el Estado. En este sentido resulta inevitable, llevar el tema de la identidad a la esfera política, sobre todo en las sociedades culturalmente diversas, ya que la ausencia de reconocimiento de estas diversidades lleva a invisibilizar las dimensiones participativas y representativas de las diferentes identidades en la vida pública. Estos elementos abonan a una constante negociación donde las ideologías, las afiliaciones, la memoria colectiva, la etnia, la asimilación cultural, la sociedad y el Estado, las organizaciones políticas y la presión social, se encuentran en constante competencia. Esta negociación con el entorno social como fuente de la identidad personal se puede concebir, en términos generales, como reconocimiento.

Para llegar a este argumento, Taylor describe las transformaciones históricas que han influenciado en la construcción del concepto del individuo con referencia a la identidad, centrándose en el concepto de la dignidad. La dignidad, en su raíz moderna, aparece como opositor al concepto de honor que era característico de las sociedades premodernas, donde los privilegios y roles sociales estaban establecidos con base en la condición de nacimiento, lo que daba lugar a un sistema de jerarquías inamovibles por virtud de los estamentos sociales. Esta idea me lleva a preguntar sobre su aplicabilidad,

en el caso de la modernidad de las sociedades coreana y japonesa, cuya estructura es la de un orden social jerarquizado que todavía perdura.

Si la identidad es el derecho de un individuo a autodeterminarse y entenderse en el mundo, tal concepción no sucede de manera aislada ni es dada a priori. Se construye en la interacción con el otro. Si el Estado (entendido como el producto de la construcción social) no reconoce la diversidad identitaria y se estanca en la universalidad del individuo, entonces está privando el derecho de individuo a ser. Es con base en esta idea que el concepto de identidad cobra relevancia en el entendimiento de la parte ante el fenómeno de invisibilidad y marginalización de la que han sido objeto por parte del Estado japonés.

### **1.3 El constructivismo de Wendt**

El constructivismo propone que las identidades nacionales se construyen con base en el contexto socio político e histórico por el que atraviesa dicha nación, “es un planteamiento estructural que tiene como enunciados centrales considerar a los Estados como las principales unidades de análisis para la teoría política internacional en el cual las identidades y los intereses de los Estados los construyen fundamentalmente las estructuras sociales” (Wendt, 1996, p. 45).

El constructivismo es así una perspectiva teórica que parte del planteamiento epistemológico de que la relación entre agente y estructura es una de objeto-objeto, rompiendo con las perspectivas propias del racionalismo que colocan el foco de estudio en una episteme de sujeto-objeto.

Al distanciarse de los postulados racionalistas, el análisis constructivista se presenta como un punto de partida para argumentar que las políticas del sistema internacional se

encuentran en constante cambio. En este sentido, la anarquía no aparece como el estado natural del sistema internacional, sino que este estado natural es en realidad lo que los estados hacen de él (Zhefuss, 2002).

Al colocar la relación agente-estructura en este nivel, ambas se vuelven co-constituyentes, no hay una realidad dada a priori por la estructura, sino que esta se construye y retroalimenta a partir de cómo el agente experimenta, interpreta, explica y reproduce la realidad socialmente. De tal forma que las políticas, ya sean discursivas o normativas, ejecutadas por la estructura son también un producto de los agentes, quienes en el proceso de retroalimentación también encuentran los elementos constitutivos de su identidad.

El Estado es un agente-estructura en el que se centra el poder, el cual es ejercido a través de sus facultades. Sin embargo, el Estado es el resultado de un proceso sociohistórico de construcción normativa e identitaria cuya intencionalidad se encuentra en permanente contingencia, pues los poderes causales no son atribuidos a la estructura como algo dado, sino que se construyen a través de la práctica social (Wendt, 1996).

El constructivismo crítico al cual se adscribe esta tesis rechaza las concepciones racionalistas para permitirme colocar el foco de estudio sobre cómo la relación agente-estructura se constituye y transforma a partir de la interacción misma, permitiendo enfatizar en problemáticas de estudio tales como la identidad, el nacionalismo, la etnicidad, religión, sexualidad y precariedad.

Por lo tanto, podemos identificar que la perspectiva de Wendt presenta dos principios básicos del constructivismo:

- Las estructuras de asociación humana están principalmente determinadas por ideas compartidas y no por fuerzas materiales.
- Las identidades e intereses de los agentes son construidas por estas ideas compartidas, pero ninguna de estas ideas es dada a priori, sino que son un producto de la interacción con la estructura.

Así, la manera en cómo la sociedad experimenta e interpreta un fenómeno, así como el contexto mismo en el que el fenómeno se desarrolle servirá de catalizador para la reacción política y la toma de decisiones de la estructura. Esto permite dotar al constructivismo de una naturaleza circular en tanto que la retroalimentación entre agente-estructura es constante y cíclica, rompiendo con la verticalidad del racionalismo.

Pese a que el constructivismo suele ser la teoría de mayor alcance a la hora de realizar estudios de naturaleza social en las relaciones internacionales, ésta es una perspectiva eurocentrista, por lo que propongo complementar esta idea con el entendimiento de Richard Shweder de la estructura como un mundo intencional, colocando a la construcción cultural como punto de referencia que permite estudiar una sociedad en el marco de su propia historia. Esto para hacer hincapié en las particularidades de la historia japonesa y su relación con el otro, siendo en este caso los grupos étnicos surgidos de la experiencia imperialista con la movilidad de coreanos antes, durante y después de la colonia.

#### **1.4 La psicología cultural**

Cultura es uno de los conceptos más mencionados en el mundo académico, ya que la subjetividad implícita en su entendimiento ha llevado a que múltiples personas desde diferentes lugares, tiempos, propósitos, vidas y disciplinas hablen de ella de maneras muy

variadas, dando lugar a que no haya una sola definición de cultura, pero al ser un concepto tan importante para este trabajo, me es indispensable hablar de lo que -producto de mi formación como psicólogo social- yo entiendo como tal. Cuando hablo de cultura, hablo de (1) toda interacción humana que tiene un significado asimilado dentro de un grupo, (2) que ordena el mundo físico que experimenta dicho grupo (3) y que éste puede o no ser el mismo cuando entra en interacción con otro grupo (externo), (4) por lo que la cultura también es una manifestación de identidad (5) cuya expresión constituye al mismo tiempo la construcción de la realidad de dicho grupo.

La psicología cultural de Shweder, una perspectiva que, aunque más propia de la antropología y la psicología, surge durante el mismo periodo de crítica reflectivista de las ciencias políticas y sociales, las cuales se encontraron con los retos de la guerra fría y cómo los marcos de interpretación dominantes de sus respectivas disciplinas no eran suficientes para la interpretación de una nueva realidad en el mundo académico.

Por lo tanto, pese a la distancia percibida entre ambas disciplinas, el núcleo epistemológico del constructivismo de Wendt y la psicología cultural de Shweder es compartido, permitiendo así poder complementar el alcance de una con el marco de interpretación de la otra.

Para Shweder (1991) el núcleo de la práctica social radica en los procesos dialécticos de la construcción discursiva: la intencionalidad. El principio de la intencionalidad es que la identidad de los seres humanos y los ambientes socioculturales se compenetran, siendo imposible el análisis de éstos como variables dependientes o independientes, pues no se puede definir a uno sin tomar especificaciones del otro. Los ambientes socioculturales (como

el Estado) no tienen una identidad independiente de la forma en cómo los seres humanos extraen significados y recursos de él. Al mismo tiempo, la subjetividad de los seres humanos es alterada a través del proceso de extracción de significados del ambiente sociocultural.

La producción de conocimiento desde una perspectiva platónica-interpretativa-universal, ha dejado de lado el hecho de que, si se toma una perspectiva fenomenológica, no existe una única realidad objetiva, sino que la cultura es en sí una realidad objetiva. En otras palabras, la realidad no es independiente de la interacción que tengamos con ella (Shweder, 1991).

Así, el Estado-Nación como ideología surge de la interacción social, es decir, del significado de las ideas, objetos y actores de la sociedad que los comparte, convirtiéndose en manifestación política de los intereses (tanto económicos, políticos, culturales, en materia de seguridad nacional, territoriales, etc.) de la misma, constituyendo así su rol como mundo intencional.

#### **1.4.1 Mundos intencionales**

Según Shweder (1991) “un ambiente sociocultural es un mundo intencional. Es un mundo intencional porque su existencia es real, factual y fuerte, pero solamente en la medida que exista una comunidad de personas cuyas creencias, deseos, emociones, propósitos y otras representaciones mentales estén dirigidas e influidas por éste” (p.74).

Las cosas intencionales, son intencionales porque “existen únicamente en mundos intencionales, y lo que hace su existencia intencional, es que tales cosas no podrían existir independientemente de nuestra involucración y reacciones a ellos; y que ellos ejercen su influencia en nuestras vidas debido a nuestras concepciones de ellos” (Shweder, 1994, p.74).

El concepto central es la intencionalidad, que las personas son intencionales y que esta intencionalidad es afectada por las particularidades de sus representaciones mentales. Desde esta perspectiva, no hay nada dado a priori, sino que hay personas intencionales reaccionando y dirigiendo su comportamiento con respecto a sus propias descripciones y representaciones mentales de las cosas; y éstas últimas a su vez, constituyen el mundo intencional.

La intencionalidad de la persona puede ser descrita también como la psique construyendo realidades; y los mundos intencionales, como realidades culturalmente construidas.

La propuesta de Shweder no pretende hacer comparaciones ni apuntar a las grandes diferencias que existen entre una cultura y otra; sino que, por su enfoque en la intencionalidad, se permite pensar al fenómeno desde el propio lugar en que sucede, pues es el entorno quien coloca las condiciones para su aparición, cambiando los postulados de "aquí es diferente a" por "aquí, así es", para así mantener una distancia de la perspectiva *etic*, misma distancia que coloca en perspectiva al constructivismo de Wendt para el análisis histórico de un determinado fenómeno en Japón.

### **1.5 La normatividad en el constructivismo**

Tanto Wendt como Shweder mostraron un interés importante en las normas elementos fundamentales para el estudio reflectivista de la relación agente-estructura, pues estas dan las pautas políticas para justificar o legitimar las acciones y transformaciones del Estado.

Debido a que las normas son un producto de la relación agente-estructura, no están dadas a priori, sino que también obedecen a la satisfacción de las necesidades de la sociedad,

por lo que se encuentran en un constante cambio como una forma de adaptación a los cambios tanto internos como externos de la sociedad que constituye un Estado determinado.

Para Wendt las normas funcionan como expectativas compartidas por una sociedad que sirven como guías de la conducta que, aunque sean respetadas por la sociedad en mayor o menor medida, estas no representan una pauta causal de las acciones de la sociedad, sino que sólo ofrecen un juicio ante lo que la gente debería o no debería de hacer.

Esta noción entra en diálogo con la psicología cultural una vez más, la cual propone que, si bien existe cierta transversalidad en estas normas en el sentido de que toda sociedad comparte metas sociales, derechos y deberes individuales, las normas sociales difieren en la escala de alcance que tienen dichas metas, derechos y deberes; y cómo se priorizan las relaciones existentes entre éstos.

Todas las acciones de los individuos serán juzgadas moralmente en la medida en que contribuyan a la realización de las metas, a hacer valer los derechos o a cumplir con los deberes de la sociedad.

Del diálogo entre Wendt y Shweder en relación a la normatividad como catalizador de la construcción identitaria, se obtiene que las naciones no son entidades preestablecidas sino que, éstas son comunidades socialmente construidas donde los individuos que se perciben a sí mismos como miembros de éstas son quienes la crean a través de normas que pautan la interacción social cotidiana y la creación de ideologías reaccionarias a los fenómenos tanto exógenos como endógenos de la misma, implicando que las construcciones sociales que definen a la comunidad pueden someterse a transformaciones según se ajusten a las necesidades y cambios de ésta.

Al considerar al Estado japonés como el reflejo de los intereses de la sociedad japonesa, es sustantivo comprender el proceso histórico de la co-constitución de Japón como Estado moderno para así entender sus políticas de migración y de naturalización, y el por qué se ha impedido la constitución de leyes determinantes en la atención al fenómeno migratorio de los *Zainichi* o a los migrantes en general. Así, la construcción del Estado japonés moderno, con su desarrollo de infraestructura y su ideología de una etnia heterogénea promovieron la identidad nacional entre su población, yendo más allá de la diferenciación étnica o racial (Lie, 2008).

Por ende, considero de suma importancia ir más allá de plantear la normatividad como algo netamente jurídico, sino que al colocarlas en la perspectiva constructivista del agente-estructura, esta toma un matiz moral y social. Su naturaleza fluida permite también discernir lo que fue socialmente reproducido como algo normativo en determinado periodo, denostando las pautas para la interacción cotidiana, algo importante a tener en consideración dados los ejes históricos que atraviesan esta tesis en su discusión del nacionalismo japonés y la identidad *Zainichi*.

Los agentes abonan al proceso de constitución de las normas (objetos intencionales), que a su vez constituyen la formación identitaria de una sociedad (intencionalidad). La interacción cíclica entre ambas da como resultado un puente de retroalimentación mutua que, en términos de psicología cultural, es lo que constituye un mundo intencional.

## 1.6 El nacionalismo en el constructivismo

Una de las estructuras siempre presentes en la construcción del Estado y que atraviesa ideológicamente el proceso co-constitutivo de la normatividad es aquella del nacionalismo, al servir como un discurso cuya intencionalidad está dotada de los intereses políticos de la estructura ya sea para justificar o legitimar a través de su uso discursivo la toma de decisiones.

Por ende, el nacionalismo es uno de los conceptos prevalentes en la discusión del constructivismo, pues éste funciona como un puente de comunicación entre el agente y la estructura, la sociedad y el estado, estableciéndose como un producto ideológico de los tiempos en los que surge para atender las amenazas percibidas por el Estado.

De acuerdo con Pettman (2000) “las naciones están hechas de culturas, lenguajes y lenguajes históricos compartidos, y estos atributos son usados por la estructura para institucionalizar y consolidar el estado civil de aquellos dentro de las fronteras del Estado moderno” (p.116)

En el caso de los *Zainichi*, el nacionalismo japonés, así como la afiliación (ya sea real o imaginada) con la península coreana representa un mundo intencional que da las pautas a través de las cuales el Estado japonés los percibe y, por ende, cómo es que reaccionan ante su presencia en su suelo. Lo cual, como veremos en el Capítulo III a detalle, representa una contradicción ante las teorías de nacionalismo étnico prevalentes en el país del sol naciente.

Por ahora es fundamental rescatar la relación de las relaciones internacionales y la psicología cultural como lente de análisis que atravesará esta tesis, haciendo hincapié en el efecto co-constitutivo que cada elemento latente en el nacionalismo japonés como

catalizador de la discriminación por origen étnico hacia los *Zainichi*. De tal manera que el nacionalismo étnico se constituye como un objeto intencional y el Estado japonés en un mundo intencional.

El siguiente capítulo se ocupará de hacer un recorrido histórico enfatizando en aquellos que resultaron en imágenes compartidas que dotaron de identidad la manera en cómo los coreanos en Japón se piensan a sí mismos con relación a su pasado colonial y su consecuente incursión en su hogar no reconocido: el país del sol naciente.

## CAPÍTULO II

### **Entre la “tierra de la tranquilidad matutina” y el país del sol naciente: la formación de una identidad étnica**

Los seres humanos bien podrían tener una dualidad de características innatas como sustratos naturales de su condición: una de ellas es la movilidad de un espacio a otro, el flujo continuo de poblaciones a territorios más allá de sus fronteras; la otra, es aquel sentimiento de permanecer enraizados a un lugar, de pertenecer a una tierra y formar una etnia. Ambas características siempre han competido en la historia de la humanidad, y su contingencia ha sido el motor de procesos de transformación social que devienen en puntos de quiebre en la historia.

Desde el comienzo, los flujos migratorios y consecuentes asentamientos han puesto las bases para la construcción de una sociedad desde los cimientos geográficos hasta la determinación de una etnia. Los procesos de construcción social están innegablemente enraizados en el fenómeno migratorio, por lo que el estudio de éstos resulta en una complejidad y un esfuerzo transdisciplinario.

El fenómeno de migración coreana a Japón durante el siglo XX permanece como uno de los más variados, complejos y culturalmente diversos en los estudios de migración, lleno de sensibilidades históricas y la elusión de los matices en las “versiones oficiales” promovidas desde el nacionalismo.

Durante los años 1910 al 1945, periodo en el que Corea fue una colonia japonesa, Japón siempre mantuvo una posición ambivalente hacia su interés en atender el estatus legal de los residentes coreanos en su territorio. Si bien, la gente de la península coreana era

considerada como japonesa en virtud del Tratado de Anexión, los derechos de ciudadanía contenidos en la constitución Meiji garantizaban que los súbditos japoneses podrían desempeñar cargos públicos civiles o militares. Más adelante, a los coreanos en Japón les fue revocado el sufragio en 1945, presuntamente porque ya no eran japoneses, pero al mismo tiempo, sus esfuerzos por abrir escuelas étnicas coreanas les fue negado en 1948 porque “sí” eran considerados japoneses (Lie, 2008).

De esta forma, las personas de etnicidad coreana conceptuadas nacionales japoneses bajo el gobierno colonial terminaron perdiendo gradualmente sus derechos, tales como el ejercicio del oficio público, incluyendo su ciudadanía japonesa, o, mejor dicho, su estatus como súbditos del emperador. No sería sino hasta 1952, con la firma del tratado de San Francisco, cuando la soberanía japonesa fue restaurada, que los *Zainichi* pasaron a ser legalmente reconocidos como nacionales de Choson, nombre de la península coreana antes de dividirse en Corea del Norte y Corea del Sur (Lie, 2008). El problema radicó en que, para ese momento histórico, al quedar dividida la península por el paralelo 38 ya no había una nación a la cual poder “regresar”.

Ante la dificultad de saber a qué lugar de la península coreana pertenecían, ni tampoco poder ser reconocidos como japoneses, los *Zainichi* iniciaron el itinerario de un largo viaje en busca de su identidad y reconocimiento legal como un conglomerado con asideros frágiles y borrosos acompañado de un dejo de nostalgia hacia un grupo de pertenencia ahora inexistente.

En el año 1989, Weiner argumentaba que muchas de las características negativas atribuidas a los coreanos residentes en Japón en aquel año, eran idénticas a la serie de

estereotipos negativos que les fueron adscritos durante los años previos a la colonización. Algo análogo ocurre en el año 2019, fecha en la que se redactaron estas líneas, la situación referente a la construcción de imágenes negativas y estereotipos sobre los *Zainichi* no distaba mucho de la sostenida por Weiner.

Cualquier estudio sobre los *Zainichi* debe necesariamente considerar el contexto histórico específico en el que estas imágenes negativas se construyeron, y cómo es que éstas sesgan, guían y construyen las percepciones que los japoneses tienen de las comunidades coreanas en Japón hoy en día.

Por consiguiente, en este capítulo se abordará el contexto en el que los referentes identitarios y los estereotipos sobre los *Zainichi* se desarrollaron, tratando de encontrar el hilo conductor de la evolución que han tenido las actitudes negativas japonesas hacia Corea en el marco de su desarrollo socio histórico con el fin de reflexionar sobre cómo estas imágenes han tenido un impacto en las secuelas que el colonialismo, la guerra, y la experiencia migratoria han dejado en la construcción de la identidad de una minoría étnica, que vive en la perpetua nostalgia de una Corea que ya no existe, la que también se encuentra presente en aquellos que jamás la conocieron.

## **2.1 Imágenes sobre Corea**

Durante los siglos IV, V y VI, la población japonesa parecía asumirse como un conglomerado étnicamente heterogéneo porque vivía un proceso de integración resultado de la fusión de distintos componentes étnicos: tungusicos, mongoles e indonesios (Eiji Oguma, 2002). Los movimientos de población que tuvieron lugar en los albores de lo que después serían Corea y Japón fueron muy variados y no pueden tratarse en toda su extensión.

No obstante, este periodo es caracterizado por el desarrollo endógeno de las sociedades del Este de Asia, aunque reunidos en una sociedad confuciana de naciones estructurada como una familia con vínculos de carácter jerárquico en el que China ocupaba el lugar central. La dinastía Choson terminaría constituyéndose en 1392 como un estado burocrático centralizado que duraría un poco más de 500 años, mientras que Japón pasaría por varios conflictos internos que culminarían con la unificación territorial y política del país con la instauración del shogunato Tokugawa en 1603, una especie de gobierno paralelo en el que la figura del “emperador” era el centro y el shogun el encargado de la administración (Knauth, 1992). Este es uno de los hitos de la formación del Estado japonés moderno, pues una vez restringida (mas no eliminada) la influencia extranjera:

... se forjó a lo largo del siglo XVII una ideología japonesa oficial. Entre la élite gobernante, los valores seculares y éticos del confucianismo chino y su interés concreto en la investigación de las cosas superaron ciertas preocupaciones metafísicas o esotéricas del budismo. Este proceso desembocó su vez en la indagación de lo específicamente japonés a través de la literatura y los mitos nacionales (p.18).

A diferencia de lo que suele pensarse sobre el periodo Tokugawa en el que la administración del país tiende a enmarcarse en el mito del *sakoku* como el de un Japón recluido del resto del mundo, Lothar Knauth argumenta que en primera instancia no puede entenderse a esta política como un acto de reclusión absoluta, debe matizarse que Japón mantuvo relaciones con sus vecinos China y Corea. A la vez que estableció una red de relaciones comerciales que permitía la llegada a Nagasaki de barcos chinos, holandeses y británicos que representaban a sus respectivas compañías de comercio y a la orden

internacional de los Jesuitas, mientras que el comercio con Corea se hacía a través de Tsushima.

### **2.1.1 Corea y Japón de 1868 a 1900**

Las relaciones entre ambas naciones durante el periodo Tokugawa pasaron sin acontecimientos notables, ya que después de la invasión de Hideyoshi se buscó resarcir las relaciones bilaterales siguiendo la pauta pausada que marcaban los lazos jerárquicos de una familia confuciana de naciones. Misiones de especiales eran enviadas en ocasión de la entronización de un nuevo rey en Corea o el ascenso de un nuevo shogun en Japón. El daimio de Tsushima, el grupo de islas limítrofes con Corea era el encargado de conducir las relaciones entre ambos países y se llevaba a cabo en esta zona (Conroy, 1956).

El acercamiento entre Japón y Corea mantuvo un bajo perfil que finalmente fue alterado por la llegada del comodoro Matthew Perry a las costas de Japón en 1853, con un ultimátum que cambiaría desde los cimientos la vida pública de Japón y, cuyas consecuencias, darían fin al shogunato y restaurarían la figura del Emperador como administrador y gobernante de Japón, iniciando la Renovación Meiji (Beasley, 1976). En la era Meiji, Japón adoptaría el sistema de relaciones diplomáticas europeo basado en la igualdad de los Estados, la soberanía estatal y el envío de agentes diplomáticos, acción que trastocó el sentido del sistema de conducción de relaciones entre sociedades confucianas regido por China y en el que participaron tanto Corea como Japón.

### **2.1.2 Chosen Mondai (el problema coreano)**

La actitud del gobierno Meiji hacia el establecimiento y mantenimiento de las relaciones con el mundo exterior reflejaba un objetivo que iba en paralelo con su determinación de transformar a Japón en un Estado industrialmente modernizado en consonancia con la necesidad de ponerse a la par con las recién reconocidas potencias occidentales. (De Vos y Lee, 1981).

El 9 de febrero de 1868 se hizo el anuncio de “la proclamación de paz y amistad con el extranjero” y se trazaron los lineamientos a seguir en la política exterior entre los que destaca que “Las relaciones con el extranjero serán conducidas de acuerdo con las prácticas seguidas por el derecho internacional” (Takabatake, Knauth y Tanaka, 1992).

Antes de la llegada de los imperialistas europeos y estadounidenses al Este de Asia, las relaciones entre los gobiernos de la región eran conducidas por un sistema que ha sido denominado “tributario”, un sistema integrado por un grupo de sociedades confucianas cuyas reglas difieren de las normas diplomáticas europeas: el reconocimiento de China como la única tierra civilizada lo cual obligaba a los demás reinos a rendirle pleitesía para poder acceder a los beneficios materiales y culturales de la civilización china. Por tanto, debían enviar un tributo en especie y ejercer otras prácticas de obediencia ritual. Una característica más era que los emperadores chinos jamás interferían en los asuntos internos ni en sus vínculos con los demás Estados tributarios. (Duncan, 2009) En otras palabras se trataba de un orden jerárquico armónico que en términos confucianos hacía de los llamados reinos tributarios, hermanos menores de China y establecía una diferencia jerárquica entre ellos.

La intrusión británica y después francesa, forzó la incorporación del gobierno Qing a aceptar las reglas del sistema de Westfalia, a lo que había sido renuente. Algo parecido aconteció en Japón con las demandas de Perry y los demás gobiernos imperialistas a los que el shogunato Tokugawa no supo responder. De esta experiencia el gobierno Meiji derivó la necesidad de cambiar de estrategia y convencer a los europeos que no eran un país bárbaro, salvaje, como los europeos solían calificar a las naciones asiáticas ni reacios aceptar las prácticas del Derecho Internacional Público, *bankoku koho*.

Por otro lado, conviene tener presente que durante el periodo shogunal las relaciones entre Japón y Corea no fueron conducidas de manera directa entre el shogun y el rey coreano. Según se ha mencionado, éstas descansaban en el daimio de Tsushima, quien también controlaba el intercambio comercial, una función que ya no tenía cabida, bajo la nueva forma de gobierno e imponía la necesidad de incorporarse a la práctica diplomática europea. El señor de Tsushima envió a un personero con la encomienda de informar al gobierno coreano sobre el cambio político ocurrido en Japón y que su función era preparar el camino para la subsecuente llegada de un emisario del emperador en una misión de buena voluntad con el propósito de entablar un diálogo entre ambos países (Duss, 1998).

No obstante, la reacción de los funcionarios coreanos ante esta misión de decoro fue de desconcierto y desasosiego. Peter Duus (1998) señala que el mensajero llevó consigo una carta que a la parte coreana le pareció impropia por estar rubricada por el sello del gobierno Meiji y no por el habitualmente utilizado, en la que además usaba el título *ko*, emperador, para el gobernante japonés, en lugar del acostumbrado *taikun* que era el que le correspondía en el orden jerárquico de las relaciones tributarias por lo que su aceptación implicaba

tácitamente la sumisión del rey coreano al soberano japonés. Ciertamente esta interpretación no era exacta porque para la parte japonesa sólo consistía en la comisión de un acto de acoplamiento de la política interna con la “nueva legislación internacional”. Sin embargo, esta diferencia de interpretación representaba una contraposición entre las formas tradicionales de interacción estatal en el Este de Asia con las nuevas prácticas diplomáticas introducidas por los europeos.

Este rechazo de la misiva enviada por el gobierno japonés fue tomada como un insulto y provocó descontento entre el círculo gobernante de Japón en el que se empezó a discutir la posibilidad de emprender una campaña contra Corea , plan que no se llevó a cabo de manera inmediata sino años más tarde, en 1873-1875 cuando tuvo lugar un ataque a los litorales de península coreana que forzó la firma del Tratado de Kanghwa en 1876, acuerdo que le permitió a Japón empezar a ejercer su influencia sobre Corea y el inicio de una serie de escaramuzas internacionales entre las que destacan la primera entre China y Japón (1885-1895) y la última entre Japón y Rusia (1904-1905).

De esta manera se rompió la política de aislacionismo que por largo tiempo mantuvo el gobierno coreano cuya práctica fue una respuesta a las invasiones sufridas por la península, coreana entre las que cabe subrayar la invasión japonesa del siglo XVI. A mediados del siglo XIX Japón era un nuevo país y si bien el gobierno de Choson aceptó el establecimiento de relaciones diplomáticas, se mantuvo firme en su posición de rehusar todo contacto externo hasta que fue persuadido por China de la conveniencia de establecer contactos con las demás potencias imperialistas como una manera de contrarrestar la presencia japonesa.

La consecuencia inmediata de esta ruptura del aislamiento fue la incorporación de Corea a al sistema diplomático europeo y a un primer intento modernizador que produjo distintas reacciones en la sociedad coreana de las que no es posible dar cuenta en este texto. Baste sólo mencionar el papel que Japón empezó a representa en la política interna y eterna de Corea que suscitó el interés de un sector de la elite aristocrática yangban.

### **2.1.3 El acercamiento de los reformistas de Choson a Japón**

Para 1870, la política de encerramiento había dejado de ser problema una vez que Corea abrió sus puertas al contacto con el exterior. Enseguida se inició un debate en torno a la necesidad de reformar la política. Entre los personajes de la clase gobernante partidarios de la reforma, surgió la figura de Kim Ok-kyun, a quien el rey Kojong envió a Japón en 1881 para estudiar su proceso de modernización. Después de un año regresó a Corea y se incorporó a un nuevo gobierno en el que fue nombrado asesor de Pak Yongho, también un admirador de la experiencia modernizadora de Japón.

Durante su estancia japonesa, Kim entabló contacto con un sector interesado en Corea, en el que figuraba el educador y escritor Fukuzawa Yukichi a quien le solicitó apoyo para hacer realidad sus aspiraciones modernizadoras lo cual le permitió la apertura de la primera oficina de correo y la publicación de un periódico. Más tarde se convirtió en dirigente del Partido Independencia.

En la trayectoria seguida por los miembros de este partido destaca que sus inicios provinieron de la lectura de autores europeos y estadounidenses en su versión japonesa lo cual acrecentó su interés por conocer y estudiar a Japón, país que se presentaba a sus ojos

como ejemplo de la capacidad de una sociedad asiática para modernizarse digno de ser imitado.

Las aspiraciones de estos reformistas fueron recibidas con beneplácito por Fukuzawa Yukichi, quien abrió espacios para estudiantes coreanos en Japón y motivó a estudiantes japoneses para que apoyaran a sus congéneres coreanos no sólo en sus estudios sobre el país sino en su proceso de aculturación e integración social. (Conroy, 1956). Fue así como Kim Ok-kyun asistió a la escuela privada establecida por Fukuzawa en donde adquirió los primeros conocimientos sobre economía, geografía y política europea.

Una vez convertido en líder de la facción progresista en Corea Kim puso todo su empeño en instigar, con apoyo japonés, el fallido golpe de Estado *Kapsin*, en diciembre de 1884 (Harold Cook, 1972). La figura de Kim ha sido criticada por los historiadores coreanos por no haber tenido la capacidad de advertir que la ayuda ofrecida por Fukuzawa no era desinteresada, sino que su objetivo radicaba en hacer posibles los propósitos políticos japoneses.

El frustrado golpe de Estado generó sentimientos xenófobos y antijaponeses y para principios de la década de 1890, éstos estaban lentamente calentándose en la península hasta llegar a su eventual punto de ebullición. El golpe de Estado fue interpretado como una consecuencia de la firma del tratado de Kanghwa al que también se hacía responsable de las vejaciones sufridas por los mercaderes coreanos en Japón, lo que terminó enardecer más el sentimiento antijaponés (Man-Gil Kang, 2005).

En 1893, la olla hizo explosión con el surgimiento de la Rebelión *Tonghak*, un movimiento que condenaba la corrupción gubernamental y el deterioro de las condiciones

de vida de los campesinos y la intrusión extranjera. La insurrección alcanzó tal magnitud cuando empezó a derrotar a las tropas gubernamentales, lo que obligó a pedir ayuda de China que envió 3,000 efectivos. Esta acción transgredió las estipulaciones de un acuerdo con Japón de dar previo aviso cuando se despacharan tropas y procedió a hacer lo propio, lo cual fue la causa de la guerra sino-japonesa. El ejército gubernamental dirigido por Japón atacó a los rebeldes, con lo que convirtió al movimiento en una revuelta contra el gobierno y los japoneses (Andrew C. Nahm, 1988).

El ánimo antijaponés lo denota el slogan “Rechazo a Japón y rechazo a los extranjeros” (Conroy, 1956) y la declaración de los líderes del *Tonghak* que calificó a los japoneses como “bandidos con corazones sedientos de guerra” y en sus discursos subrayaban las supuestas intenciones de conquista y dominación japonesa no sólo hacia Choson, sino hacia otros países (Lee, 1965).

El gobierno coreano explotó la memoria colectiva, re-encendiendo el recuerdo de la invasión de Toyotomi Hideyoshi y cómo fueron repelidos en la isla Jindo por el Almirante Yi Sun-shin en 1593, celebrando en 1893 una conmemoración por los tres siglos<sup>8</sup> (Conroy, 1956).

Resulta interesante entonces, lo que se argumentará como patrón de repetición y ecos en las relaciones Corea-Japón: cómo las prácticas de promoción nacionalista basadas en el

---

<sup>8</sup> Este antecedente resulta de peculiar interés al momento de escribir esta tesis, pues el pasado 28 de septiembre de 2019, se llevó a cabo un festival de tres días en la isla Jindo para conmemorar el haber repelido a las fuerzas japonesas. Durante dicho festival, el gobierno subsidió agencias de viaje para que al menos 200 estudiantes extranjeros, de todas partes del mundo, fueran llevados al festival, tratando de promover su visión de victoria sobre las intenciones expansionistas de Japón hace más de 400 años en la opinión de estudiantes internacionales, evidenciando así el interés del gobierno coreano por mantener estas festividades y acentuar su narrativa nacionalista en un año en el que las tensiones políticas entre Corea del Sur y Japón han crecido exponencialmente.

antagonismo hacia el otro se mantienen incluso siglos después de que los eventos tuvieron lugar.

Volviendo a principios del siglo XX, las reformas promovidas por Japón, comenzadas por progresistas como Kim Okkyun, encontraron una tremenda resistencia al país del sol naciente y cualquier influencia que éste pudiera tener en Corea (Bruce Cummings, 1981). Eventos como el asesinato de la la Min en el Palacio de Kyongbok en Seúl y el descubrimiento de que Japón participó en el siniestro sirvieron para encender los sentimientos antijaponeses en Corea <sup>9</sup>. Del lado japonés, el asesinato del residente-general Ito perpetrado en 1909 por el patriota coreano, el ex-dirigente del Tonghak, An Chunggun, fueron rápidamente acumulando el legado de odio mutuo (Mitchell, 1968). Miles de japoneses, muchos de los cuales llegaron a Corea a finales del siglo XIX con la intención de generar riquezas a través de su poder para proveer en la modernización de Corea, al menos en lo que en materia de defensa nacional se refiere, fueron tachados de “aventureros irresponsables” por la población de la península (Cummings, 1981).

A pesar del aumento en las fricciones entre las dos naciones, los estudiantes coreanos ansiosos por adquirir conocimiento siguieron viajando a Japón. Para 1907 había alrededor de quinientos estudiantes coreanos en Tokio (De Vos y Lee, 1981).

---

<sup>9</sup> Pese a que la Reina Min gozaba de muy baja popularidad y era considerada como una tirana que utilizaba la corona como su títere (razón por la que eventualmente los japoneses la fijarían como enemiga y obstáculo a sus intenciones imperialistas en la península), su asesinato sirvió como un oportuno discurso para promover el rechazo a la presencia de empleados gubernamentales japoneses en suelo coreano.

#### 2.1.4 La anexión de Corea

A principios del siglo XX la desintegración de la sociedad de Choson se agudizó, según lo refiere Bruce Cummings (1981). En 1910, en el momento de la anexión, la crisis se reflejaba en el rezago industrial y el estancamiento de su economía agraria. El antiguo reino coreano estaba plagado por corrupción política y decadencia que frustraron cualquier intento de avance económico.

La ubicación geográfica de la península según las palabras de Mitchel (1968) ha sido siempre “desmesuradamente importante en la historia coreana (p.6)” según lo muestran los dramáticos cambios ocurridos en la vida política y militar de la región, que marcaron la dirección que tomó el destino de la península en el siglo XIX<sup>10</sup>.

Tras la apertura forzada que a la que llevó la firma del Tratado de Kanghwa, se generaron rivalidades imperialistas una vez que el reino de Choson se incorporó al sistema diplomático europeo cuando China, contraviniendo la práctica de no intervención en los asuntos internos de sus vecinos, empezó a participar en las disputas e intentó contrarrestar a Japón, primero y después a Rusia y sus victorias militares sobre ambos (Beasley, 1956).

Japón respondió afirmando su posición política y dominante en Corea, primero removiendo a la península de la esfera de influencia política China (Mitchell, 1968), y luego frustrando el proyecto expansionista ruso en su victoria en la guerra ruso-japonesa. Esta coyuntura condujo a los japoneses a plantear el *Chosen mondai* (el problema de Corea), el cual debía ser solucionado de una vez por todas si Japón buscaba levantarse por encima de

---

<sup>10</sup> Mas esto no significa que Corea no fuera un actor político activo y reactivo ante estas potencias, sino que los poderes en la península coreana se adaptaban para mantener relativa estabilidad ante las potencias continentales que la rodean.

sus rivales en la región y consolidar su postura política ante el mundo, por lo que la única solución en concordancia con sus ambiciones fue la anexión de Choson (Conroy, 1956).

La guerra ruso-japonesa de 1904 sirvió a Japón de pretexto para invadir Corea y forzar al rey de Corea a firmar un tratado de alianza, estableciendo un protectorado “moderado”, el primer paso para poder ocupar la península (Borton, 1955). De acuerdo con Mitchell (1968), este acto marcó el punto de quiebre que culminaría con el control absoluto de la península, porque a partir de este momento, las condiciones se volvieron favorables para Japón a un ritmo exponencial.

El control de los asuntos internacionales cayó bajo el control absoluto de Japón en 1905, y el gobierno japonés nombró a un residente-general para aconsejar al rey coreano. En 1907, Japón promovió un nuevo tratado que buscaba, a sus ojos, condiciones más justas y comprensivas, sin embargo, éste resultó en la abdicación del rey y concomitantemente el nuevo monarca, fue obligado a negociar una nueva convención en 1907, la cual puso fin al carácter moderado del protectorado convirtiendo a Corea en un protectorado en su totalidad. Este proceso de ocupación gradual llegó a su conclusión cuando el 22 de agosto de 1910 se consolidó finalmente la anexión de Corea a Japón.

En la tradición académica de los estudios coreanos, especialmente la visión de los académicos oriundos de Corea del Sur se habla de la anexión de Corea como un proceso de reformas políticas que ocurrieron por mecanismos de presión y coerción política que Japón ejercía sobre Corea, colocándola en una situación desventajosa. Es en estas narrativas que las estructuras de poder aparecen como los únicos agentes activos durante el periodo 1905-1910 que comprende el protectorado moderado hasta la anexión. Sin embargo, y como

después evidenciaría se hizo manifiesta la incapacidad del pueblo coreano de construir un frente unificado en pro de la independencia algo que volvió a manifestarse en la subsecuente división en dos Estados coreanos. En consecuencia, la fractura de la identidad del pueblo coreano el que por estar completamente desconectado de la clase gobernante creó las condiciones internas favorables para la anexión de Corea. (Kang, 2005). La ausencia de una apropiada participación política del pueblo, permitió a Japón dividir las diferencias de opinión en torno a sus intenciones e inclinó la balanza a su favor para así poder formalizar la anexión.

En otras palabras, por un lado, la anexión expresa de Corea se formalizó debido a las presiones japonesas que obligaron al gobierno coreano, representado por un grupo de funcionarios coreanos afines a Japón, a firmarla y por otro, a causa de la división interna de la nación coreana, impuesta por una estructura de dominio establecida por el orden jerárquico de una clase gobernante alejada del resto de la población que impedía la posibilidad de concertar una línea de acción conjunta.

Esto no implica afirmar que el pueblo coreano haya asumido una actitud pasiva o nula a la anexión, sino que simplemente no tuvo la posibilidad de poder emprender esfuerzos en común. Ocurrieron protestas tanto en Japón como en territorio coreano y los estudiantes coreanos en Japón, alentados por el acto de abdicación forzada del rey, convocaron reuniones para denunciar las acciones de Japón (Conroy, 1956).

Los estudiantes que, en primera instancia, se habían mostrado fascinados por la rápida industrialización de Japón y sus contundentes victorias sobre China y Rusia, ahora se mostraban desilusionados, muchos de ellos optaron por unirse a los movimientos políticos

radicales en respuesta a las políticas coloniales de Japón (De Vos y Lee, 1981). Este acto generó en los japoneses el recelo de que ellos pudieran representara el germen de la subversión coreana a su incipiente proyecto imperialista.

De 1907 a 1911, aconteció una serie de revueltas coreanas en contra de Japón que causaron la muerte de aproximadamente 18,000 coreanos. Los intentos de asesinato de colaboradores coreanos del imperio y oficiales japoneses eran frecuentes (Cummings, 1981). Los japoneses se referían a los coreanos muertos como “manifestantes que atentaban contra la seguridad de los oficiales japoneses”, pero, de acuerdo con Mitchell (1968), los números de bajas apuntarían a que las protestas no eran sino enfrentamientos armados entre ambas partes.

Inmediatamente después de la anexión de Corea, el gobierno militar japonés intentó romper el sentimiento patriótico y empezó buscar la vía para la absorción cultural de los coreanos a través de rígido control de la población, la prohibición de la enseñanza del idioma y de la historia coreana, el silenciamiento de la prensa local y la represión que llevó a incontables encarcelamientos y asesinatos de los disidentes durante los primeros años de la administración colonial japonesa (Mitchell, 1968).

Alfredo Romero (2009) menciona que “todas estas acciones provocaron graves fisuras entre el pueblo coreano que, a la postre, vio trastocados todos los ámbitos de su existencia; su efecto más nocivo fue la fractura de la identidad (p.71)”. Esta tendencia marcaría el comienzo el dominio colonial de Japón bajo un clima represivo que parecía ignorar que Choson era un pueblo distinto en su cultura y tradición política, lo cual no era

así, porque el propósito deliberado de la colonización era forzar la absorción de la sociedad coreana y convertirla en súbdita del emperador japonés.

## **2.2 La movilización colonial: los cimientos de una identidad**

De esta manera pongo punto final al esbozo de los primeros años de la colonización japonesa pues sería prolijo proseguir la narración de las condiciones de la vida cotidiana de los coreanos bajo el régimen colonial japonés porque escapa a la esfera de análisis de esta tesis. En este apartado del trabajo se pretende recuperar aquellas imágenes y momentos significativos en la formación de la consciencia colectiva de los *Zainichi* y la repercusión que tuvieron en la formación de su identidad durante los flujos migratorios ocurridos a lo largo de los años de la dominación colonial.

Del relato histórico realizado sobre las últimas décadas de la dinastía Choson se desprende que no fue posible la afirmación de una conciencia identitaria debido a las presiones extranjeras y la inestabilidad política interna generada, además, por la falta de cohesión entre los distintos sectores sociales de la sociedad coreana, lo cual inhibió la formación de un frente unificado de resistencia al embate colonial de Japón. Este sentimiento de desubicación se acrecentó después de consolidada la anexión, lo mismo entre quienes permanecieron en la península como entre los que vivieron fuera de ella.

De esta manera se formaron las condiciones para la creación de un ambiente legal y discursivo que prepararon el escenario para la confrontación del pueblo coreano con su identidad (De Vos y Lee, 1981). El inicio de esta cuestión comenzó a manifestarse cuando, una vez constituido el régimen colonial, los coreanos fueron legalmente considerados como súbditos de Japón, pero no en un plano de igualdad con la población japonesa, pues la

legislación establecía una clara distinción entre la ciudadanía japonesa original y la nacionalidad de ultramar, que acentuaba su carácter como colonizado. De tal manera, la “nacionalidad japonesa” otorgada a los sujetos coloniales y difería de la “verdadera” nacionalidad japonesa basada en el lugar de nacimiento y el registro legal de pertenencia a una línea de parentesco familiar.

Sonia Ryang (2005), hace mención de que los súbditos imperiales eran denominados *gaichi*, término que connota que no son personas con un rango igual al de los japoneses por lo que en los registros familiares aparecían anotados como extranjeros, un hecho que en la práctica les excluía de ostentar un estatus civil igualitario. Por su lado, Andrew Askew (2001), subraya las inequitativas condiciones de los coreanos en Japón mencionando que “aquellos que estaban en la periferia de Japón eran frecuentemente definidos como japoneses en términos de obligaciones, no así en términos de derechos” (p.114). Con estas actitudes, los japoneses afirmaron su entendimiento de la nacionalidad como una cuestión de origen étnico.

Otro aspecto que resalta en estas comparaciones radica en el precedente sentado por países que también fueron colonizadores durante el siglo XX. En el caso europeo, la migración constante y el flujo de capital humano los llevó a considerar a los colonizados como posibles ciudadanos para facilitar la asimilación e integración tanto burocrática como social de los inmigrantes provenientes de las excolonias. En el caso japonés, la anexión de Corea significó no solamente el dominio político de la península, porque también se estableció el desarrollo de una simbiosis económica, con la llegada de inmigrantes japoneses para trabajar no solo en la explotación agrícola y el desarrollo industrial de la nueva colonia,

sino también en labores empresariales, comerciales y burocráticas en la administración colonial.

Este flujo migratorio representó también un elemento sustantivo en la adaptación de los coreanos a la sociedad japonesa, limitando sus oportunidades de acceso a una mejor calidad de vida y, consecuentemente, constituye un antecedente en la percepción que aún permanece en la memoria japonesa: la del migrante coreano que, sin habilidades para el trabajo, opta por incrustarse en el mercado negro (Robillard-Martell y Laurent, 2019).

Japón colonizó Corea de manera tal que la integración de Corea a la metrópoli no daba lugar a la igualdad de ciudadanía, de la misma forma que ocurrió en las experiencias coloniales en África a principios del siglo XX, donde había una relación asimétrica entre colonizadores y sujetos colonizados basados en la desigualdad étnica. En referencia a Kalevi Holsti (2004) y su exposición del colonialismo como institución internacional obsoleta, este autor expone que el modelo francés del colonialismo moderno buscaba la anexión de la colonia en términos étnicos, es decir, que las personas de la colonia se convirtieran en connacionales de la metrópoli. Una visión opuesta a la que tenían los japoneses en su proceso de integración de las colonias, pues los súbditos, pese a convertirse en nacionales japoneses, estaban sujetos a una distinción con referencia a su estatuto de súbdito de ultramar.

Ciertamente no había alusión a que fueran considerados nacionales. Vista así la cuestión, el modelo de absorción aplicado por Japón aspiraba a la absorción de los coreanos en términos lingüísticos, de prácticas sociales y más tarde también religiosos con el culto shintoísta. Este propósito se cumplió parcialmente porque, si bien hubo coreanos (los colaboracionistas) que se identificaron con el colonizador y aceptaron la lengua y algunas

formas de comportamiento, también hubo quienes opusieron resistencia. Este es un aspecto de la construcción de la identidad coreana en la que no todos participaron de igual manera.

El Estado japonés tuvo poco interés en atender, confrontar y superar su ambivalencia a considerar a los coreanos como iguales. Si bien, gradualmente hubo esfuerzos formales por parte del gobierno que favorecían la asimilación total y la desaparición de una cultura coreana diferenciada de la japonesa, también el mismo gobierno no apoyó el tipo de integración que otorgaría respeto e igualdad social a quienes descendían de coreanos. Estas intenciones surgieron más como una manera de apelar a las presiones de política exterior tras la represión en los primeros años de la colonia y los coreanos acaecidos (en) durante las protestas (Kang, 2005), y no de un interés genuino por la integración del pueblo coreano.

### **2.2.1 El empobrecimiento de Corea**

El empobrecimiento de la península coreana, cuya economía dependía casi en su totalidad de la agricultura, debe colocarse en contexto para comprender la aparición de una primera generación de migrantes coreanos en Japón. Durante la administración japonesa, las políticas económicas de explotación y apropiación de las tierras fueron en favor de los inmigrantes japoneses lo que produjo el empobrecimiento de los campesinos coreanos, creando así las condiciones para la movilidad rural masiva.

En los primeros años de la colonización y durante el periodo colonial, el fenómeno migratorio tuvo un carácter de doble dirección. Desde antes de la anexión entre 1880 y 1905 Japón había enviado una avanzada de aproximadamente 42,460 inmigrantes formada por campesinos, pequeños comerciantes, soldados y funcionarios que sirvió de plataforma para el ulterior proyecto de anexión política (Henderson, 1973). Más tarde, se incorporó un sector

de burócratas capacitados en la administración pública y privada para trabajar en la explotación del territorio de la península coreana; por el lado coreano, además del flujo de estudiantes figuró después una oleada de trabajadores coreanos desplazados que poco a poco fue migrando a las islas japonesas (Weiner, 1989).

Según se ha mencionado, la sociedad coreana de la era Choson estaba rígidamente estratificada. La clase dominante, los *yangban* era una pequeña elite que se enseñoreaba sobre una masa mayoritaria de la población campesina y usufructuaba el producto de su trabajo agrícola que redituaba el principal ingreso a las arcas gubernamentales. De acuerdo con un documento del gobierno japonés publicado en 1929, los impuestos de la tierra pagados por los campesinos entre 1905 y 1906 era de pequeñas dimensiones (cerca de 2.5 acres en 1913 y aproximadamente tres de cada cuatro campesinos eran arrendatarios o poseían una parte de la tierra que cultivaban) (Eugene Kim y Han-Kyo Kim, 1967).

Esta fue la estructura económica sobre la que Japón implantó su dominio, empezando por desplazar a la clase terrateniente. Luego ocurrió lo mismo con los campesinos quienes así perdieron su forma de vida. Los nuevos terratenientes japoneses cobraban altas rentas a los campesinos coreanos por trabajar las tierras y gradualmente fueron desalojados, primero de los terrenos más apropiados para el arado, y después el acelerado proceso de conscripción y explotación del campo los llevó a que finalmente perdieran la totalidad de sus propiedades. Este proceso se aceleró de manera estrepitosa debido a las rentas excesivas y la corta duración de los contratos para laborar las tierras: “Las condiciones de tenencia eran tan desfavorables que los agricultores llegaron a vivir en la absoluta miseria. Cuando los inquilinos cosechaban sus cultivos en otoño, primero tenían que pagar la renta y otras

deudas que habían contraído para pagar sus necesidades de vida durante las temporadas de cultivo a la espera de la cosecha” (De Vos y Lee, 1981, p.38).

Se generó así un círculo vicioso que, al volverse insostenible, terminó por despojar al agricultor de los medios para subsistir, por lo que el trabajo en el campo dejó de ser una forma de vida.

Aquellos que ya no tenían, ni podían, trabajar de la tierra, se vieron obligados a someterse a las humillantes condiciones de trabajo de los empleadores japoneses (Kang, 2005). La economía colonial coreana no contaba con ningún programa para absorber al migrante rural, ahora desempleado. Aunado a todo esto, la migración de los jóvenes a territorio japonés produjo un enorme déficit poblacional para el sostenimiento de la vida pública en Corea. No obstante, los coreanos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de sobrevivir.

### **2.2.2 Las primeras olas de movilidad coreana durante la colonia**

En contraste, el desarrollo económico de Japón creció aceleradamente gracias en parte a la administración de la colonia. Muchos japoneses continuaron migrando a Corea donde ocuparían puestos administrativos en la explotación agrícola del suelo coreano (Weiner, 1989). Esta incipiente bonanza económica tomó un segundo aire durante la primera guerra mundial, cuando Japón aprovechó la conflagración bélica europea para acelerar su producción industrial lo que provocó una demanda de mano de obra que sobrepasaba la capacidad de cubrir con su propia población. Tal circunstancia alteró el ritmo pausado que hasta entonces había tenido el movimiento migratorio coreano a Japón.

La parálisis económica que vivió Europa al final de la primera guerra mundial le permitió a Japón elevar su tasa de crecimiento económico. Este auge también le facilitó colocar sus productos manufacturados en el mercado asiático lo que le permitió beneficios económicos los que una vez terminado el conflicto decayeron por el retorno de las potencias europeas a sus colonias.

Esta situación se presentó como una oportunidad para suplir sus propias ambiciones económicas, desembocando así en una acelerada industrialización del archipiélago japonés que eventualmente crearían una alta demanda de mano de obra que sobrepasaban la que los japoneses podían disponer entre sus propios nacionales.

Es en esta coyuntura donde el empobrecimiento y la miseria de los agricultores coreanos aparecería como una solución (o consecuencia) inmediata a la escasez de trabajadores en el país del sol naciente, los empresarios encontraron en ellos un abundante suministro de mano de obra barata (Takahashi, 1937).

Pronto, las empresas japonesas comenzaron a realizar prácticas de reclutamiento masivo en Corea, especialmente en las zonas con mayor número de campesinos desplazados. La mayor parte de estos inmigrantes coreanos fueron a trabajar en las grandes fábricas en Osaka y Kobe en la región de Kansai, zona donde hasta la actualidad radica la mayor concentración de *Zainichi*.

Debido a la barrera del lenguaje, los nuevos trabajadores coreanos fueron relegados a trabajos que no requerían de ninguna capacitación. Al principio, los empleadores japoneses se mostraron contentos con su nueva fuerza de trabajo por su disposición a trabajar en

condiciones más adversas que los japoneses por un costo inmensamente menor (Weiner 1989).

De acuerdo con De Vos y Lee (1981):

Durante el periodo inicial de reclutamiento, los campesinos coreanos se mostraron renuentes a responder a los reclutadores japoneses debido al temor de viajar a un 'mundo extraño' [...] tradicionalmente los campesinos coreanos mantenían un profundo apego a su lugar de nacimiento *kohyang* que les imponía la obligación de mantener la tradición confuciana de salvaguardar las tumbas de sus ancestros que habían vivido en el solar natal por siglos (p.35).

Sin embargo, las noticias sobre condiciones laborales y oportunidades económicas que garantizaban ingresos suficientes para mantener a la familia terminaron por roer la dura determinación tradicionalista de los coreanos, que puso de lado el respeto debido hacia la tradición confuciana, componente central de la construcción identitaria coreana, en aras de la necesidad de subsistir y proveer para la familia.

Para el año 1920 este patrón migratorio había quedado establecido y el flujo de campesinos empobrecidos continuó aumentando durante todo el periodo colonial. Hasta los últimos años de la guerra, el grupo de migrantes estuvo compuesto por una mezcla de trabajadores no cualificados y una minoría de estudiantes coreanos. El segundo grupo destacaría como catalizador de los sentimientos de animosidad de los coreanos en Japón, fincando las bases para la formación y expresión del resentimiento hacia la metrópoli (Changsoo Lee, 1976).

### **2.3 Desarrollo de un imaginario compartido**

La falta de competencias y habilidades requeridas para poder aspirar a la obtención de un empleo de trabajo calificado, aunada a las precarias condiciones laborales, fueron las circunstancias que rodearon la vida de los *Zainichi* y las que empezaron a generar un malestar que devino en resentimiento hacia los patrones por dar un trato privilegiado a sus connacionales quienes percibían un salario más alto por realizar el mismo tipo de trabajo que desempeñaban los coreanos (De Vos y Lee, 1981). En algunos casos era mucho menos de la mitad de lo que un japonés ganaba (Chon, 1972).

Sin embargo, esta situación en apariencia favorable terminó por producir una animosidad entre los trabajadores japoneses quienes encontraban en el hecho de que los coreanos fueran una mano de obra tan barata una amenaza que ponía en riesgo la estabilidad de sus propios empleos, la que se acrecentaba en la medida en que cada vez iba en aumento el número de coreanos que hacían su arribo al país del sol naciente.

El incremento en el número de coreanos que buscaban ser contratados para trabajar en Japón, provocó un fenómeno de movilidad laboral, impulsado por la oferta de trabajos temporales que redituaba mejores beneficios a los empleadores japoneses. Esta búsqueda de mejores condiciones laborales convirtió a los coreanos en una población flotante que les impidió instalarse de manera estable en territorio japonés (Chon, 1972). Las empresas japonesas que contrataban obreros coreanos experimentaban una alta tasa de deserción e inestabilidad laboral, pues éstos tendían a flotar de un trabajo a otro en busca de mejor paga y seguridad.

La precariedad de la existencia de los coreanos causó que, con el fin de incrementar sus ingresos, varios de ellos incurrieran en actividades delictivas. Ciertamente, quienes cometieron estos actos delictuosos no fueron una mayoría. (Osaka, Departamento de Investigación del Bienestar Social, 1931).

No obstante, según suele acontecer cuando se trata de forasteros viviendo en otro país, las autoridades policíacas tienden a calificar a todos con epítetos insultantes. La policía japonesa de la época no fue la excepción, durante este periodo, propaló la imagen malintencionada que moteja a todos los coreanos como criminales innatos, lo cual conllevó a difundir por todos los ámbitos sociales japoneses una imagen ignominiosa de ellos. De igual manera, la prensa local no cejaba en su empeño de denigrar a los coreanos a la hora de escribir historias sobre los “nómadas” coreanos implicados en prácticas criminales (Itagaki, 2015).

Es verdad que el panorama laboral de aquellos tiempos y la carencia de seguridad social que padecían los coreanos en Japón obligó a delinquir a varios de ellos para poder subsistir<sup>11</sup>, situación en la que no reparaban los japoneses que convirtieron a quienes cometían de delitos en una lacra. Respecto a la difusión de esta visión estereotipada, Takahashi (1937) menciona la leyenda que por esos años propalaba la idea de que los trabajadores coreanos, una vez llegados a Japón, “se rehusaban a trabajar y en su lugar se dedicaban a vagar por todo el país cometiendo todo tipo de crímenes” (p. 448).

---

<sup>11</sup> Sin duda había coreanos que no tenían el menor interés en respetar las leyes japonesas, pues además de las condiciones precarias en las que vivían, su condición de súbditos coloniales les hacía ver su relación con los japoneses como injusta. En los albores de la segunda guerra mundial, muchos de ellos no vacilaron en pasar a formar parte del bajo mundo japonés.

Estas muestras de intolerancia hacia los coreanos expresadas por la población japonesa marcaron el curso de las políticas que el gobierno japonés seguiría a partir de 1929. Por un lado, los estratos bajos de la sociedad veían a los coreanos como competencia que iba a despojarlos de sus oportunidades laborales. Por consiguiente, los costos del trabajo disminuyeron considerablemente (Edward Wagner, 1951).

Un aspecto de índole cultural era el prejuicio que los japoneses tenían de los coreanos como personas carentes de refinamiento, lo cual no era exacto. No obstante, dadas las condiciones de precariedad a las que fueron sometidos desarrollaron una capacidad de adaptación que llevó a los empleadores japoneses a considerarlos como el trabajador ideal para el desempeño de labores arduas y peligrosas, por lo que se volvió costumbre ver a los coreanos como personas dóciles, ya que, a diferencia de los japoneses, ellos no se sentían con libertad de protestar en contra de las precarias condiciones laborales. Este fenómeno sirvió de acicate a los empresarios japoneses para usar a los coreanos como un medio de imbuir un sentido de docilidad entre los trabajadores japoneses (Takashi, 1969).

Las condiciones de explotación a la que eran sometidos los migrantes coreanos se hicieron más difíciles conforme el flujo migratorio se fue incrementando, lo que dio por resultado el surgimiento de una fuerte reacción ideológica entre algunos coreanos, pues de acuerdo con De vos y Lee (1981):

Este estrato de la población, consciente de la subyugación de su país y las implacables prácticas de opresión impuestas en su tierra natal desde 1910, no podían sino sentir una impotente ira ante su condición. Romper la ley, servía para algunos coreanos, como contrapeso a su herencia de sometimiento. El tratamiento diferenciado hacia las minorías usualmente genera todo tipo de suspicacias en las autoridades, especialmente de la policía

[...] por lo que la predisposición a despreciar a los coreanos se convirtió en un proceso interactivo en el que algunos coreanos expresaban su hostilidad a través de un comportamiento criminal (pp. 42-44).

Sin duda estas fueron las circunstancias que generaron en el imaginario colectivo de los japoneses una imagen radicalmente negativa sobre los migrantes coreanos, caracterizados como irresponsables. Para los japoneses, el comportamiento de los coreanos apoyaba la creencia de que estos eran intrusos e incapaces de asimilarse a la sociedad japonesa (Itagaki, 2015). El estereotipo del coreano estaba relacionado con lo malo, no solamente en lo moral, sino en su acatamiento de las normas de la sociedad japonesa. Los coreanos, acostumbrados a una cultura confuciana se comportaban de una forma mucho más masculina que lo que era esperado de la clase baja en Japón, pues estos eran más diligentes y callados, además de que los japoneses gozaban de mejores condiciones sanitarias en sus viviendas, por lo que tenían mejor acceso a agua limpia (Wagner, 1951).

En 1920 tuvo lugar una serie de ataques terroristas perpetrados por grupos de patriotas coreanos que acentuaron el sentimiento anti coreano. Junto a estos acontecimientos se encuentra también el movimiento del 1 de marzo de 1919, fecha en la que una junta de patriotas, pertenecientes a diversas organizaciones religiosas, leyeron una declaración de independencia que levantó el ánimo patriótico de la población de la península. Ambos acontecimientos dieron a la policía japonesa la excusa perfecta para ejercer un constante escrutinio sobre los coreanos, que indujo al gobierno colonial japonés a tratar el tema de la migración coreana como un problema de seguridad nacional. De acuerdo con Takashi (1969) en su libro sobre la percepción de los japoneses sobre los coreanos, el uso del epíteto peyorativo *futei senjin* (coreanos rebeldes) se originó en este periodo.

### **2.3.1 Los movimientos independentistas**

Inspirados por la propuesta presentada por Woodrow Wilson en la Conferencia de Paz de Versalles en la cual el presidente estadounidense enunciaba en uno de sus 14 puntos el principio de la autodeterminación nacional, [Kenneth Wells, 1989]]. Semanas después, el 1 de marzo, el movimiento de los estudiantes en Japón encontraría eco en la península coreana, donde una serie de líderes religiosos pertenecientes a organizaciones evangélicas donde se reunían jóvenes disidentes interesados en gestar un movimiento independiente, declararon la independencia coreana impulsados por el mismo ideal de autodeterminación nacional de Wilson. Acorde con la Conferencia de Paz en París, el gobierno japonés en la península era ilegítimo, ya que: “no tenía apoyo popular y se sostenía a base del uso de fuerza, por lo tanto, la independencia coreana debía ser concebida” (Frank Baldwin, 1979, p.129).

Algunos de estos estudiantes regresaron a Corea con el propósito de unir esfuerzos para hacer un llamado público en la Conferencia de Versalles. En Seúl encontraron el apoyo del grupo religioso Chondogyo (religión emanada del movimiento Tonghak) y de otros religiosos cristianos y budistas quienes empezaron a organizar el comité que finalmente redactó la Declaración de Independencia que fue leída el 1 de marzo y esta fecha marca el inicio del movimiento nacionalista coreano.

Los independentistas del 1 de marzo acertaron en encender una conciencia nacionalista entre los coreanos, señalando que había representantes en París para argumentar la autodeterminación de la península y el repudio hacia el gobierno japonés, invitando a que estas acciones encontrasen apoyo en los manifestantes en Corea.

No obstante, fueron bastante claros en que la consigna subrayaba la importancia de que todas las manifestaciones debían ser pacíficas. Este repertorio de movilización política resultó atractivo para los coreanos, quienes se manifestaron en masa, apelando a obtener visibilidad internacional, para que el mundo supiera que Corea quería ser libre y que con el repudio masivo a la usurpación nipona sería suficiente para lograr la independencia (Baldwin, 1979).

Sin embargo, el desconocimiento que los patriotas coreanos tenían del mundo político internacional los hacía suponer que la propuesta de Wilson era un hecho acabado cuando solamente era un documento a discutir en la Conferencia de Versalles. De tal forma que esperaban que con la sola visibilidad internacional y que así Corea sería liberada, además de que era posible obtener la independencia a través de manifestaciones pacíficas.

Por lo tanto, el movimiento del primero de marzo no consiguió su meta original, pero había conseguido plantar la semilla de una conciencia nacional en el pueblo coreano, demostrando que una cantidad significativa de coreanos tenían cierta consciencia de su propia nación y cultura como para participar en manifestaciones y luchar por su independencia, de manera que, lejos de frustrar la lucha por una Corea independiente, el fuego se avivó.

Consecuentemente, un grupo de coreanos (entre los que se encontraban figuras notables como Sygman Rhee, Ahn Changho y Kim Ku) se exiliaron a Shanghai donde establecieron un Gobierno Provisional. Durante esta etapa del movimiento, los independentistas cambiaron sus tácticas de la protesta a la organización y planificación

dentro de la península, resultando en más de mil quinientas manifestaciones a lo largo del resto de la colonia (Patricia Ebrey, 2006).

Reproduciendo este nuevo espíritu organizativo de la lucha independiente, surgieron organizaciones en Estados Unidos y Europa con el fin de crear un lobby político en el que se informara del estado actual de opresión en la península para así generar fondos para los disidentes en el país y mantener la visibilidad del movimiento independentista en el mundo.

### **2.3.2 El Gran terremoto de Kanto**

Debe acotarse que el movimiento de independencia se sostuvo en primera instancia por las élites intelectuales conformadas por los estudiantes coreanos en Japón propulsadas por las organizaciones protestantes metodista y presbiteriana en la península coreana. La participación política de los trabajadores coreanos no calificados se mantuvo distante del movimiento durante un primer momento. La participación sustantiva para la disidencia coreana del resto de la población no tendría lugar sino hasta el Gran Terremoto de Kanto, punto de inflexión significativo para el enraizamiento de una fuerte conciencia étnica de los coreanos y de reivindicación narrativa a partir de la masacre subsecuente de la que fueron víctimas tras el terremoto.

Por lo tanto, debe establecerse que el estudio del resentimiento de los coreanos residentes en Japón debe partir de su origen histórico que se remonta al gran terremoto de Kanto ocurrido en 1923. Sobre este episodio se conoce una abundante información relativa a los graves acontecimientos sucedidos, pero no existen datos estadísticos y certezas demográficas. Pese a esta limitación es posible conocer una gran variedad de visiones e interpretaciones sobre las que se han construido las respectivas narrativas que han dado

forma al imaginario de coreanos y japoneses en torno a la manera como el uso de la violencia, la manipulación de información basada en rumores, y la manera como el caos provocado por un desastre natural puede llevar a una sociedad a cometer actos reprobables como fue el caso de los perpetrados por la población japonesa (Shipper, 2008).

Al medio día del primero de septiembre de 1923, una serie de temblores sacudieron la región de Kanto, en ese entonces la más poblada de Japón. Los efectos de estos temblores fueron desastrosos en la ciudad de Odawara y la prefectura de Kanagawa que terminaron totalmente destruidas. Las siete prefecturas de Kanto sufrieron pérdidas humanas considerables, pero lo que realmente ocasionó que las cifras de la catástrofe alcanzaran una mayor proporción fueron los llamados torbellinos de fuego que destruyeron la mayor parte de Tokio y Yokohama (Weiner, 1989):

Era casi la hora de la comida, las sacudidas de los temblores volcaron varias estufas y braseros, y muy poca gente, en medio del pánico, tuvo tiempo para extinguir las llamas antes de escapar de sus casas. Empezó a soplar un viento inusualmente rápido, que provocó torbellinos de fuego que rápidamente arrasaron a ambas ciudades (Davison, 1931, en Weiner, 1989, p. 165).

Se estima que el terremoto dejó alrededor de 140,000 muertos, entre los que figuran algunos *Zainichi*. De súbito los coreanos se percataron de que para ellos el verdadero desastre apenas comenzaba. Al día siguiente del siniestro, los *Zainichi* empezarían a padecer un clima de terror que hasta hoy perdura en su imaginario colectivo: haber sido víctimas de rumores infundados (Kapferer, 1990), maquinaciones de las que se hicieron eco los periódicos japoneses y comenzaron a esparcir noticias de que el fuego que siguió al terremoto había sido provocado por los coreanos quienes motivados por su odio al imperio

japonés, aprovechaban la situación de caos imperante para envenenar los pozos de agua potable, violar mujeres japonesas y asesinar militares (Mitchell, 1961).

En un abrir y cerrar de ojos, este desastre natural se convirtió para los japoneses en una tragedia instigada por los coreanos, versión que el gobierno, también afectado por el desastre, no dudó en dar crédito y declaró la ley marcial en el área de Kanto. De acuerdo con Davison (1931), un total de 70,000 soldados marcharon en Tokio, y en los titulares de los periódicos como el *Tokyo Mainichi Shinbun*, el diario de mayor influencia nacional encabezaba sus notas escribiendo que el gobierno había ordenado matar a los coreanos.

Los ciudadanos japoneses procedieron a formar varios *jikeidan*, grupos de autodefensa para luchar contra los “alborotadores coreanos” (De Vos y Lee, 1981, p. 23). Para el 16 de septiembre, funcionaban alrededor de 1,500 de estos grupos: 604 en Tokio y en las prefecturas, 300 en Kanagawa, 300 en Saitama, 300 en Chiba y 450 en Gunma, sumando un total aproximado de tres mil personas en el área de Kanto (Kim, 1948).

Durante la semana que siguió al terremoto varios de estos grupos enervados por una animosidad anti coreana, se dedicaron perseguir coreanos, identificándolos por el acento en su habla de la lengua japonesa, cualquier persona con “acento coreano” era marcada para ser exterminada, incluidos mujeres y niños (Weiner, 1983). Los linchamientos estuvieron a la orden del día durante los días siguientes al terremoto.

Hay registros de numerosos testimonios de sobrevivientes de esta matanza. En su mayoría describen los actos de crueldad cometidos por los japoneses, los cuales pueden ser resumidos en el siguiente testimonio de un coreano que consiguió escapar a Beijing,

aparecido en el *Kanto daishin to chosenjin* [El terremoto de Kanto y los coreanos] (1963), una compilación de reportes y documentos sobre los hechos acaecidos después del terremoto:

Los miembros pertenecientes al *jikeidan* buscaban afanosamente coreanos día y noche. Cuando capturaban a uno, gritaban “¡coreano!” Los japoneses corrían a la escena, acorralando a la víctima. Lo amarraban a un poste telefónico, le sacaban los ojos, le cortaban la nariz, les abrían el abdomen y le sacaban las entrañas. A veces amarraban a un coreano del cuello y lo ataban el otro extremo de la soga a un auto, arrastrándolo hasta morir. También capturaban mujeres, las sujetaban de las piernas, las jalaban en direcciones opuestas y las arrancaban de sus cuerpos. Los coreanos resistieron hasta el último momento, suplicando e insistiendo en su inocencia. Pero nadie escuchó sus quejas. Las mujeres coreanas y los niños gritaban clamando en vano por piedad. La masacre continuó por seis días y seis noches. (p.39)

Un miembro del *jikeidan* declaró:

Cuando vimos la explosión estábamos convencidos de que había sido causada por coreanos. Capturamos a un coreano que traía consigo algo que se parecía a una bomba. Después de interrogarlo, confesó que los coreanos planeaban una revuelta. Inmediatamente le cortamos la cabeza [...] también capturamos veinticuatro rebeldes coreanos. Amarramos con cables a trece y a diez de ellos los golpeamos hasta matarlos. Los tiramos al mar, pero algunos de ellos seguían con vida. Apuñalamos sus cabezas muchas veces. Como clavamos los cuchillos profundamente, fue muy difícil sacarlos. Mientras tanto, tres coreanos trataron de escapar. Los agarramos y atamos juntos, y los pusimos en una montaña de carbón ardiendo (p.42).

A la luz de la tragedia y el caos del terremoto, es imposible saber con exactitud cuántos coreanos fueron asesinados durante este breve pero difícil periodo. El gobernador general de Corea, el cual respondía directamente a Japón, reportó que aproximadamente entre 160

y 250 coreanos murieron a manos de los japoneses. Mientras que la policía japonesa reportó un total de 303 (De Vos y Lee, 1981). Sin embargo, las cifras consignadas en el *Tong-A Ilbo*, un periódico independiente escrito por coreanos confirmó 6,651 coreanos muertos.

Evidentemente, la desestabilización del país después del terremoto impidió la libre circulación de la información y la apropiada documentación de los hechos, por lo que lo único que queda son estas versiones presentadas como testimonios.

En palabras de Lee (2008): “Precisamente por la naturaleza controversial y ofuscada de la violencia, que desafía cualquier narrativa que explique satisfactoriamente el incidente empíricamente, la masacre de coreanos efectivamente arroja luz sobre las narrativas subjetivas de violencia colectiva” (p. 188).

Sin embargo, corroborar la veracidad de los hechos no es relevante para la escritura de esta tesis, sino el efecto que la narrativa de este infausto acontecimiento ha tenido sobre el imaginario colectivo hacia los coreanos residentes en Japón, y como se mantienen como una huella indeleble en la memoria colectiva de todos los *Zainichi*. Los efectos de estos rumores infundados contra los coreanos y la brutal masacre de la que fueron objeto son considerados por los niños *Zainichi* como algo a lo que más temen, y siguen plasmando la experiencia de violencia vivida en sus dibujos escolares (Jinhee Lee, 2003)

Durante una de mis visitas al Museo de la paz el 9 de febrero de 2019, en Hiroshima, fue de particular interés la transmisión de un video con testimonios de los sobrevivientes a la explosión de la bomba nuclear. Entre ellos aparece el testimonio de un *Zainichi* residente en ese lugar que reviste un gran interés. Sus palabras expresan la sensación que lo embargó ese aciago momento, cuando el recuerdo histórico de lo ocurrido a los *Zainichi* durante el

Gran terremoto de Kanto y de la dolorosa experiencia provocada por los rumores: “lo primero que sentí al ver la explosión, fue miedo de que nos culparan a los coreanos otra vez.” De su testificación se desprende que, en la memoria colectiva de aquellas acciones, el poder destructivo de una bomba atómica queda en segundo plano ante el temor de ser culpado de haber perpetrado un ataque contra Japón.

Cabe destacar que aunados a la distinción étnica de Japón con el otro después de la segunda guerra mundial, así como un rechazo a los remanentes del proyecto multiétnico que impulsó a la campaña imperialista, existe otro grupo de personas a quienes los japoneses identifican como *Hibakusha*, es decir, aquellas personas que sobrevivieron a los bombardeos atómicos, las cuales son tratadas como una especie de casta y que también son sujetos de discriminación por parte de los japoneses (Lisa Yoneyama, 1999).

Por esta razón, autores como Itagaki (2015), que han explorado las raíces de la coreano fobia consideran al Gran terremoto de Kanto como un hito en la historia del racismo japonés, devuelven la atención a la predisposición nipona a rechazar todo aquello que escape el entendimiento de lo puramente japonés, lo cual siempre está en función del nacionalismo étnico en boga. A propósito de este racismo, es necesario aclarar que en lo concerniente a los coreanos en Japón las características físicas no funcionaron como elemento de identificación racial, según pudo observarse durante el caos del terremoto.

Se recurrió entonces a la cultura, en su manifestación del dominio de la lengua japonesa en lo relativo a la pronunciación y concomitantemente el acento. Fue este el elemento que dio sentido al discurso de la discriminación racial, que en el caso del terremoto sirvió de indicador para acosar y linchar a los coreanos.

Sin embargo, autores como Lie (2008) discrepan de esta apreciación y argumenta que la pronunciación del idioma no es la única condición, sino que también la forma japonesa de percibir la asimilación cultural, que expresa una predisposición a no ver características japonesas en el otro, cobra un papel importante. Esta percepción se manifestó cuando después de la independencia de Corea en 1945, las relaciones de poder basadas en la etnia fueron preservadas en el tratamiento y percepción de los *Zainichi*. Esto ocurrió con aquellos que después de esa fecha, permanecieron en Japón, quienes fueron señalados como personas que no hablaban bien el japonés sólo por su ascendencia.

De esta manera la línea entre etnia y cultura se vuelve borrosa. Esta cuestión se tratará más adelante en el tercer capítulo, dedicado a la explicación de la construcción de la imagen que Japón tiene de sí mismo. Sin embargo, este antecedente merece ser apuntado con el fin de tener presente que este racismo se engendró en aquel lamentable suceso cuando los coreanos fueron perseguidos y asesinados.

### **2.3.3 Cambio a la migración forzada**

Al inicio de la guerra, operó un cambio en el flujo migratorio de coreanos a Japón cuando el predominio de los militares y sus proclamas nacionalistas lograron enardecer el ánimo de soldados y campesinos en apoyo del expansionismo en la región de Manchuria, colindante con el territorio de la península coreana, acción que demandaba incrementar la producción de armas para la cual era preciso utilizar la infraestructura industrial construida en el norte de Corea y la mano de obra de los coreanos.

En 1939, la necesidad de acopio de armamento y el desplazamiento de efectivos militares japoneses al exterior motivó la proclamación del Acta de Movilización Nacional que

ordenaba el enganchamiento forzado de obreros y la conscripción de reclutas coreanos para ser traídos a Japón y cubrir la falta de capital humano menguado por la guerra en el archipiélago. El plan de movilización obligaba a los coreanos a trabajar en plantas de municiones, minas de carbón<sup>12</sup> y otras formas de trabajo pesado (De Vos y Lee, 1981).

Según las disposiciones de esta política, los trabajadores coreanos habrían de servir durante un periodo de dos años en territorio japonés. Sin embargo, en 1944 esta situación cambió, luego de la aprobación por la Dieta Imperial del Acta de Conscripción de trabajadores coreanos, por la cual todo varón coreano pasó a estar sujeto a los requerimientos de la movilización militar del país (Park, 1965).

<b>AÑO</b>	<b>LLEGADA DE TRABAJADORES LIBRES Y RECLUTADOS</b>
<b>1939</b>	38,700
<b>1940</b>	54,944
<b>1941</b>	43,493
<b>1942</b>	112,007
<b>1943</b>	122,237
<b>1944</b>	280,303
<b>1945</b>	160,427

Fuente: Naimusho, *Keihoukyoku Report*, 1945

<sup>12</sup> Por ejemplo, para finales de la guerra, los coreanos comprendían el 43% de los mineros en Hokkaido (Homukenshusho, 1955). Las minas de carbón eran consideradas como el sitio de trabajo menos atractivo en Japón debido a la casi nula provisión de equipo de seguridad, salarios bajos y en general las pobres condiciones laborales. Asimismo, las prácticas de control sobre los mineros eran similares a las de un sistema feudal, por lo que la retención de la mano de obra era muy difícil ya que muchos japoneses desertaban. Estos problemas se intensificaron por las exigencias de la guerra en el pacífico.

Como se observa en la tabla, aproximadamente 822,000 coreanos fueron enrolados y enviados a Japón como mano de obra y soldados de leva en los campos militares de Japón<sup>13</sup> (Park, 1965).

Pese a sus esfuerzos, el gobierno japonés no conseguiría cubrir del todo su carencia de mano de obra. El reclutamiento involuntario priorizaba suplir la demanda de obreros en el sector industrial y no la asimilación cultural ni la integración social de los coreanos, por lo que muchos de ellos desertaban de su trabajo y escapan a otras zonas de Japón. De acuerdo con las cifras oficiales de Japón, aproximadamente 220,000 obreros desaparecieron una vez que fueron asignados a las fábricas de municiones (Homukenshusho, 1955, p.19 en De Vos y Lee, 1981).

Mucho se ha discutido sobre la responsabilidad del gobierno japonés en atender a los descendientes de los *Zainichi* basándose en la idea de que sus antepasados llegaron como trabajadores reclutados. Generalmente este argumento se usa para denunciar la falta de reconocimiento de Japón de su responsabilidad en las acciones cometidas durante la guerra y la colonia. Sin embargo, al término de la segunda guerra mundial, muchos de estos coreanos llevados a Japón en contra de su voluntad se repatriaron a la península tan pronto se vieron libres (Lee, 1980). Una gran proporción de los actuales *Zainichi* son descendientes de familias coreanas que llegaron de manera voluntaria durante la colonia, más la narrativa de que sus antepasados llegaron contra su voluntad persiste como si esta explicara la totalidad del fenómeno migratorio (Lie, 2008).

---

<sup>13</sup> Si bien la obligatoriedad de enrolamiento en el ejército fue proclamada como obligatoria, hubo entre la población masculina residente en la península quienes de manera voluntaria se inscribieron en las filas del ejército

Esto no exime la responsabilidad del gobierno japonés de haber causado la desestabilización de la economía y vida política en Corea, que, a su vez, creó las condiciones para la movilización masiva de miles de coreanos que llevaron una vida en condiciones precarias.

Cabe entonces, reflexionar si desde un enfoque nacionalista, el efecto de las políticas japonesas en el imaginario del fenómeno *Zainichi*, han generado narrativas que, sin ser del todo antecedente del fenómeno *Zainichi*, han devenido en parte central del discurso. Así la idea de los *Zainichi* como víctimas de un colonizador opresor que los arrancó de sus hogares y condenó a sus descendientes a vivir en la discriminación de la ley y de la sociedad japonesa, es en cierta medida discutible, porque este punto no está presente en la mayoría de los casos. No obstante, este argumento ha servido de pretexto que sustenta el discurso de denuncia hacia las actitudes japonesas (Lie, 2008).

Autores como Shipper (2008) y Lee (2012), han señalado que esta manera de reprochar a Japón su actitud de olvido intencional de sus acciones pasadas, es la forma de resistencia por la que han optado los *Zainichi* para visibilizar ante el mundo sus difíciles condiciones de existencia. En materia de derechos humanos, este argumento se usa también para denunciar la renuencia japonesa a aceptar las vejaciones infringidas a la población coreana durante la etapa de su expansionismo imperialista (Asociación de Abogados de los *Zainichi* coreanos, 2018).

En las opiniones del lado japonés este argumento suele refutarse con cierta cautela y lo califican una exageración y un intento deliberado de los coreanos por victimizarse, lo que da muestra de que son “incapaces de dejar el pasado”. Esta actitud japonesa ha sido criticada

por Itagaki (2015) quien la cataloga de simplista. Esta última observación, hace pensar en la necesidad de revisar el pasado histórico japonés para encontrar en él las bases sobre las que se fundan sus actitudes respecto a esta cuestión, la cual será estudiada con más detenimiento en el Capítulo III.

#### **2.3.4 La frustración de la capacidad defensiva de Japón**

Entre tanto, toca ocuparse del episodio en el que un sector de coreanos que no se mantuvo pasivo, intentó acciones con miras a debilitar la capacidad militar japonesa. La repercusión que tuvieron estos actos constituye un referente que se ha reflejado en el trato dado a los *Zainichi* en la posguerra a consecuencia de las opiniones externadas por ciertos sectores de japoneses que han acusado a los coreanos de haber saboteado los esfuerzos de guerra del país del sol naciente (Shipper, 2008).

En su intento por movilizar al servicio de la campaña de guerra a cuantos coreanos pudiera, el gobierno japonés cometió el error de juntar a los obreros ineducados traídos a Japón de manera forzada, con los estudiantes que lo habían hecho de motu proprio. El contacto de los estudiantes con los obreros propicio un intercambio intelectual en el que los primeros les transmitieron a los segundos las fuertes opiniones críticas que tenían hacia el gobierno japonés, generando en ellos el despertar de un espíritu de rebeldía que yacía latente.

A medida que el panorama de guerra se hacía más sombrío para Japón, se recrudecieron las acciones de rechazo a las medidas militares tomadas por el gobierno. Los coreanos más combativos realizaron actos de sabotaje que minaron la capacidad militar japonesa. De acuerdo con Wagner (1951) estas acciones de sabotaje fueron frecuentes

durante los últimos años de la guerra. La prensa japonesa se quejaba, sin buscar el por qué, los coreanos no estaban cumpliendo con el papel que les correspondía desempeñar en la guerra.

Como una forma de poder afrontar estas actitudes y asegurar la lealtad de los súbditos coreanos al imperio japonés, las autoridades japonesas resolvieron atenuar el trato de inequidad e inferioridad dado a los coreanos permitiéndoles participar completamente en los procesos políticos y reajustando sus salarios en un monto equivalente al que percibía un japonés (De Vos & Lee, 1981). Así, en 1944, el gobierno oficialmente adoptó la “Política para revisar el tratamiento de los coreanos y los *gaoshan*,”<sup>14</sup>. Sin embargo, estas propuestas quedarían sin ningún efecto cuando Japón perdió la guerra, lo que abrió el camino a la liberación de Corea, que entró en un impasse entre los nubarrones de una tormenta que cubrieron al territorio de la península.

#### **2.4 Los coreanos bajo el Supremo Comando de las Potencias Aliadas**

De acuerdo con Lee (1981), a comienzos de la ocupación estadounidense, el Supremo Comando de las Potencias Aliadas (SCPA, de ahora en adelante) no estableció ninguna reglamentación respecto al estatus legal de los *Zainichi*. Esto se debía a que creían que los coreanos serían repatriados. No obstante, la ambigüedad política con la que el SCPA trataba a los coreanos como “nacionales liberados” o “súbditos enemigos” dio pie a confusiones y malentendidos tanto para las autoridades japonesas como para los coreanos.

---

<sup>14</sup> Nombre de los aborígenes de Taiwán.

La implicación del término “nacionales liberados” aparece como un medio para que el SCPA pudiera distinguir entre los japoneses y los que fueran súbditos coloniales como los coreanos o los taiwaneses. Lee argumenta que el SCPA nunca tuvo intenciones de clasificar a los “nacionales liberados” en la misma categoría que los nacionales de las Naciones Unidas que ocuparon el territorio.

Por lo tanto, cuando el SCPA definió el estatus del personal de las Naciones Unidas, nacionales neutrales, y enemigos nacionales, los coreanos ni siquiera fueron mencionados como nacionales de “naciones cuyo estatus ha cambiado como resultado de la guerra”<sup>15</sup> (Lee, 1981, p.76).

Dicho limbo del estatus legal les impedía acceder a raciones suplementarias que el SCPA distribuía a casi todos los extranjeros nacionales en Japón. Asimismo, el SCPA remarcó que la jurisdicción legal sobre los coreanos continuaría siendo ejercida por las autoridades japonesas. El SCPA intenta agrupar en términos legales a los coreanos que permanecieron en Japón con los japoneses sin ninguna indicación clara de un estatus especial para los *Zainichi*.

Cuando el SCPA dio a conocer a través de un comunicado de prensa que los coreanos que eligieron permanecer en Japón serían considerados como nacionales japoneses hasta que fueran reconocidos como nacionales coreanos por un gobierno legalmente establecido en Corea, los *Zainichi* reaccionaron con múltiples protestas en las que denunciaban que el

---

<sup>15</sup> “Definición de los nacionales de las Naciones Unidas, Naciones neutrales, y Naciones enemigas” Directivos, SCAPIN-217, AG 312.4 (31 de octubre de 1945)

tratamiento legal que el SCPA quería imponerles era una forma de prolongar su esclavitud bajo el gobierno japonés (Lee, 1981).

Las protestas llevaron a que el 20 de noviembre de 1946, el SCPA aclarara que “no tenía intención alguna de interferir en los derechos fundamentales de cualquier persona de cualquier nacionalidad con relación a su retención, claudicación o elección de ciudadanía” (*Nippon Times*, 1946, en Lee, 1981). Por lo tanto, el asunto del estatuto legal de los coreanos en Japón fue dejado a discreción del gobierno japonés bajo las políticas delineadas por el SCPA.

En vez de ofrecer ciudadanía a los coreanos en Japón, en 1946 el gobierno japonés los clasificó como *alien* bajo el Acta de Registro de Aliens, y subsecuentemente privándolos de sus derechos de participar en el proceso político.

No obstante, esta situación fue enmendada con la firma del Tratado de Paz de 1952 en el que se estableció que los coreanos que quisieran permanecer en Japón podrían hacerlo en calidad de “extranjeros”. Es decir, el gobierno japonés trataría como extranjeros a los coreanos bajo las leyes japonesas hasta que se oficiara el término de la guerra.

Los *Zainichi* eran registrados bajo la nacionalidad de *Chosen*, el nombre japonés de la península coreana. Pero ante el hecho del establecimiento de dos Estados con diferentes nombres, esta denominación perdió validez jurídica, situación que produjo otro embrollo cuando por presiones estadounidenses, Japón reconoció a Corea del Sur como el Estado que legalmente representaba a todo el país, acción que iba en detrimento de Corea del Norte, y por extensión, de todos aquellos *Zainichi* afines a este Estado, que terminaron reducidos a la condición de apátridas (DeVos & Lee, 1981).

Pese a los tecnicismos legales que marcaban a los coreanos, ellos generalmente se rehusaban a reconocer la aplicabilidad de las leyes japonesas, especialmente a aquellas que exigían el pago de impuestos, ya que su participación política como extranjeros en Japón estaba limitada. Así, los súbditos coreanos quedaron reducidos a la condición extranjeros residentes, situación agravada por la división de Corea que por un lado los dejó sin patria y, por otro, sin poder optar por la naturalización debido al criterio que en ese entonces tenía establecido Japón, basado en el principio jurídico *jus sanguinis* patrilineal para determinar la nacionalidad por nacimiento.

#### **2.4.1 La repatriación**

La tarea de determinar el número preciso de coreanos que fueron repatriados a la península es casi imposible. De acuerdo con el reporte oficial del Ministerio de Justicia en 1951, casi un millón de coreanos volvieron a Corea durante los primeros siete meses después de la rendición de Japón: “Muchos regresaron gracias a un programa de repatriación oficial que fue lanzado por las autoridades estadounidenses de la ocupación. No obstante, el consecuente programa de repatriación del SCPA fue mucho más caótico y no se tienen reportes confiables (Lee, 1981, p.91)”.

No obstante, es de suma importancia matizar que los coreanos que volvieron a Corea descubrieron que las condiciones de vida eran bastantes difíciles y después volvieron a Japón de manera ilegal. Lee (1981) observó que, “Sin importar cuál era el método de repatriación usado por los coreanos *Zainichi*, muchos japoneses esperaban deshacerse de la presencia de los coreanos en su suelo, a los cuales consideraban como una fuente de criminalidad, rebeldía e inquietud política” (p.91).

Como un reflejo de su intolerancia hacia cualquier minoría étnica visible en su suelo, el gobierno japonés ejerció políticas respecto a los coreanos: la renuncia a la posesión de apellidos y nombres coreanos (para adoptar un nombre japonés), así como el uso de la lengua coreana en el espacio público (De Vos y Lee, 1981). No obstante, la obligatoriedad de estas medidas fue abandonada el año 1986, por lo que en la actualidad éstas ya no son requerimiento para la naturalización.

Aunque la obligatoriedad ya no sea necesaria en términos legales, ciertos sectores de la sociedad japonesa se muestran renuentes a aceptar como japonés a un coreano que “se esté haciendo pasar” por un connacional. Como es el caso de la venta en el mercado negro de listas con nombres de *Zainichi* naturalizados, producto de interés para las familias de antiguos linajes o posiciones políticas importantes a fin de evitar relacionarse con un coreano en términos filiales o laborales (Seoum Park, 2012). Este tipo de práctica resalta las barreras de la sociedad japonesa que constriñen la efectividad de cualquier política de asimilación.

Debido a estas dificultades, la otra vía por la que optó el gobierno japonés fue la de la repatriación. No obstante, la subsecuente escisión de los Estados establecidos en las dos partes del territorio de la península coreana delimitadas por una línea divisoria en el paralelo 38°, hizo prácticamente imposible el regreso a la península. Además, bajo las nuevas condiciones de la vida política en Japón se restringió el movimiento de personas entre ambas Coreas y el archipiélago japonés.

Sin embargo, entre 1959 y 1967 las delegaciones de la Cruz Roja de Japón y Corea del Norte por razones humanitarias acordaron el envío de 82,000 coreanos y 6,000 esposas

japonesas a Corea del Norte. Por otro lado, la firma del Tratado de Normalización entre la República de Corea (Corea del Sur) en 1965 les garantizó a los coreanos residente en Japón afines a este país el estatus de residentes permanente en Japón (Ryang, 2005).

Muchos de quienes fueron repatriados a Corea del Sur se vieron marginados al ser utilizados como chivos expiatorios del discurso anti-norcoreano<sup>16</sup>, pues se les señaló como espías del régimen de Kim Il-sung. Incluso a quienes probaban no trabajar de encubierto para el vecino del norte, se les miraba como coreanos inauténticos al no realizar esfuerzos políticos para promover la visión de la Corea del Sur (Lie, 2008). Esta tendencia explicaría el por qué los japoneses asocian a los *Zainichi* de manera más directa con Corea del Norte, su constante amenaza a la seguridad nacional que, con Corea del Sur (Lie, 2008).

Impulsada por políticas socialistas, Corea del Norte pudo establecer el carácter de autodeterminación étnica y de cohesión nacional, lo que dio pie para que desde 1960 comenzara una campaña de repatriación masiva, a pesar de que la mayoría de los *Zainichi* eran oriundos de regiones sureñas de la península, especialmente de la isla Jeju (Morris & Suzuki, 2007).

Al igual que en el caso de los surcoreanos que en primera instancia se vieron atraídos por la mejor calidad de vida en Corea del Norte, los *Zainichi* se verían a sí mismos desilusionados al encontrar que la vida en Corea del Norte no era tan favorable como lo habían contado. Terminaron desencantados y sin posibilidad de dar marcha atrás. De igual manera ocurrió con quienes se repatriaron en Corea del Sur, ya que, toda proporción

---

<sup>16</sup> que busca reafirmar a Corea del Sur como La Corea

guardada, se trataba de la vida en dos sistemas totalitarios que contrastaba ostensiblemente con las condiciones de vida en Japón, a pesar de la discriminación.

Acabadas las campañas de repatriación, la mayoría de los *Zainichi* que permanecieron en Japón eran de segunda y tercera generación, es decir, habían nacido o crecido en ese país, muchos de ellos jamás habían visitado la península, teniendo únicamente una relación imaginada con Choson (Kim, 1978). No obstante, la idea de Choson se mantiene como un ideal y un símbolo de nostalgia, por lo que el sentimiento de nostalgia hacia una Corea que ya no existe se sostiene como algo recurrente en la construcción identitaria de los *Zainichi* (Lie, 2008). Para ellos no existían solamente dos Coreas, sino que existía una tercera: Choson.

En relación con el nombre de Choson, es necesario señalar que esta denominación no es de origen reciente, sino que apareció registrado en los anales chinos del siglo V como el primer reino legendario coreano. Su adopción como nombre de la nueva dinastía instaurada en 1392, provino del general Yi Songgye, su fundador, quien, siguiendo las prácticas de obediencia ritual de las relaciones tributarias, sometió a la consideración del emperador chino los nombres de Choson y el de su solar natal, Hwangyong para denominar a la nueva dinastía; el emperador escogió Choson. Por tanto, posee una vigencia como sentimiento identitario que se expresa más claramente en el nombre oficial de Corea del Norte: *Choson Minchuchuei Inmin Konghwaguk*, palabra que ha sido omitida en la traducción en lenguas indoeuropeas, como en el caso del español: La República Popular Democrática de Corea.

En el caso de la República de Corea, valdría la pena acotar su nombre oficial como una manifestación de un componente identitario, pues *Taehan Minguk*, también entraña una reminiscencia histórica del efímero imperio coreano *Taehan Cheguk*, (1895-1910). El

nombre *han*, fue tomado de *samhan*, las tres ramas de grupos tribales que se asentaron en la parte sur de la península entre el siglo I y III de la presente era. Al considerar los nombres oficiales de ambos se advierte que, en términos identitarios, resultan ser dos referentes con distintas raigambres. Estos matices no se advierten en la escritura en lenguas extranjeras en que ambas partes se enuncian llanamente como Corea.

#### **2.4.2 Fracturas identitarias**

De la información arriba mencionada puede inferirse la manera como las tribulaciones que empezaron a tener los *Zainichi* a lo largo de su historia han incidido en su identidad étnica; un complejo problema difícil de discernir. John Lie (2008) argumenta que la nula distinción entre etnia y nacionalidad que tienen coreanos y japoneses al concebirse mutuamente como una etnia monolítica, no abren un resquicio para encontrar un punto medio que permita la aceptación de una identidad híbrida, lo cual ha constituido el dilema que ha delineado el curso seguido por las narrativas sobre los coreanos en Japón: separatismo o asimilismo. “La persistencia de la discriminación japonesa no permite a los descendientes de coreanos el ser legítimamente japonés o asumir una nueva forma de identidad étnica. La creencia monolítica estipula que ser japonés significa inevitablemente ser étnicamente japonés” (p. 128).

Esta concepción de Corea y Japón como países étnicamente homogéneos ha tenido efectos contraproducentes para ambas partes. La noción de pureza de la sangre fue utilizada como un argumento narrativo frecuentemente invocado por los *Zainichi* para resistirse a la naturalización (Youngmi Lim, 2009). La memoria de su desarrollo histórico y de la experiencia colonial (histórica y la memoria colonial) los indujo a concebir a la naturalización como un acto de traición, por lo que el apego a la nacionalidad coreana se

convirtió en la única forma “legítima” de ser *Zainichi*. Lee (2017) discute que estas dicotomías han simplificado la percepción de la sociedad japonesa sobre lo que significa ser coreano en Japón, al punto de que el conflicto entre ambas identidades preconcebidas en el imaginario nipón ocurre porque la categoría social de *Zainichi* fue creada a partir de actitudes discriminatorias en la sociedad japonesa.

Por su parte, Fukuoka (1993) aduce a que, al ser objeto de prejuicios por parte de la sociedad japonesa, muchos jóvenes *Zainichi* vivían en una confusión identitaria, en la que la categoría social de *Zainichi* les hacía sentir la disyuntiva de encontrarse viviendo como coreano o japonés; este es el inevitable el conflicto interno con el que un joven *Zainichi* crecía.

En términos políticos e institucionales, esta dicotomía en el entendimiento de lo que significaba ser coreano en Japón sirvió de pivote para el desarrollo de organizaciones pro-Corea del Sur y pro-Corea del Norte, las cuales han jugado un rol central en la construcción de un discurso de asimilación y de movilidad social entre los *Zainichi*.

### **2.4.3 La Ley de Registro de Extranjeros**

Pocas medidas han sido tan controversiales para la minoría étnica coreana en Japón como la Ley de registro de extranjeros de 1947, la cual aludía en materia legal y simbólico a la desnacionalización de los coreanos en Japón que permanecieron al final de la colonia, imponiendo un carnet que les acreditara como extranjeros (pese a su asentamiento en Japón) así como el registro de huellas dactilares para los residentes permanentes especiales, quienes en su gran mayoría eran *Zainichi*.

Esto resultó sumamente controversial ya que el registro dactilar era una práctica anteriormente utilizada para el registro de criminales, denotando una posición política hacia

las minorías en el ejercicio de dicha medida, desdibujando las barreras entre los migrantes y los infractores criminales.

El Buró de Inmigración pidió a la Dieta permiso para tomar las huellas dactilares de los residentes extranjeros con el fin de prevenir fraudes (Michael Strausz, 2007). Ante esta comitiva, la respuesta de los residentes extranjeros fue la renuencia, de acuerdo con Hiroshi Tanaka (1995): “Más de 10,000 residentes coreanos (liderados por los *Zainichi* quienes eran la mayor población de extranjeros en Japón) se rehusaron a la toma de huellas dactilares, poniéndose en riesgo de ser multados e incluso arrestados” (pp. 81-82).

Durante los años de 1970 a 1990, la toma de datos biométrico desató una importante serie de protestas en contra del gobierno japonés que resultaron en la abolición de la ley en el año 1993, aunque las protestas iniciaron a cobrar fuerza desde la década de los ochenta. Los protestantes clamaban que el registro obligatorio de datos biométricos denotaba un tratamiento humillante que asumía que los residentes extranjeros eran potenciales criminales y que violaba los derechos humanos de proteger la dignidad para todos (Akemi Nakamura, 2017).

De acuerdo con esta autora: “los *Zainichi* argumentaban que (el registro dactilar) iba en contra de la Constitución japonesa, la cual garantizaba la equidad para *todos* ante la ley; por lo que violaba la Convención Internacional de Derechos Humanos que Japón ratificó en 1979” (p. 150)

El caso del registro de huellas dactilares y la renuencia de la toma por parte de los *Zainichi* es un ejemplo de victoria por parte de una minoría ante el Estado japonés haciendo uso de la presión internacional, las relaciones internacionales y la política comparativa.

De acuerdo con Strausz (2007):

El final de este sistema de registro se debe a que tanto los factores internacionales como domésticos. Internacionalmente, la presión por parte del Estado sudcoreano, basado en un sentimiento de solidaridad étnica con los coreanos en Japón. Domésticamente, se reconoce la acción política de una comunidad *Zainichi* que, poco a poco, se pensaba a sí misma asentada en Japón a largo plazo, apoyándose de gobiernos locales y agencias burocráticas que cuestionaban y ajustaban la manera en que trataban a los residentes extranjeros (p. 655).

Esta conjunción de elementos (propaladas a partir de la renuencia por parte de los *Zainichi* al registro dactilar), dio origen a la abolición de esta medida debido a una convergencia de oportunidades de agencia política que los residentes extranjeros supieron aprovechar, especialmente la tercera generación de *Zainichi*.

## **2.5 Chongryun y Mindan**

Chongryun es la organización de coreanos en Japón afiliados a Corea del Norte, de cuyo gobierno recibe subsidios y otras formas de apoyo económico lo que le permite tener una presencia política y hacer cabildeo en Japón. Mindan, es la contraparte alineada con Corea del Sur. De estas dos organizaciones coreanas en Japón, Chongryun es la que ha realizado una actividad más militante en términos de propagación de identidades discursivas, a través de un conjunto de cerca de sesenta escuelas que sostiene Corea del Norte en Japón. Entre algunas de sus actividades figura disuadir a sus miembros de optar por la adquisición de la nacionalidad japonesa y de contraer matrimonio con personas que no tengan afinidad con Corea del Norte (Ceballos, 2014).

En la otra cara de la moneda, Mindan se mantuvo al margen de las actividades políticas de las comunidades surcoreanas en Japón hasta principios de la década de los setenta. Una vez terminado el gobierno autocrático de Sygman Rhee en 1960 y ya avanzado el régimen dictatorial de Park Chung-hee después de 1961, Mindan comenzó a crecer a partir de los intereses del régimen por posicionarse mejor en la región. “La reticencia del primero se explica por su fiero sentimiento antijaponés y su suspicacia de que la comunidad coreana residente en Japón era proclive al comunismo.” (Lie p. 40, 2008) En el caso del segundo, éste tenía proclividad hacia Japón que lo hacía ver como modelo a seguir por lo que promovió la negociación el Tratado de Normalización concluido entre Corea del Sur y Japón en 1965. “La firma de este documento marcó el declive de Corea del Norte entre la población *Zainichi*” (Lie, p.70., 2008).

Hasta ese entonces, Chongryun fue el grupo dominante. No obstante, en algunos aspectos, sigue siendo todavía el grupo político de una minoría étnica con mayor importancia en Japón, aunque, la disparidad entre las condiciones políticas y económicas entre las dos Coreas han hecho de Mindan, la asociación pro-sudcoreana, el grupo político más grande en número y el menos controversial en cuanto a su interacción con el Estado Japonés.

En respuesta, las carencias de cada organización han sido explotada por el gobierno japonés para mantener el “problema coreano” bajo control. La fragmentación de los coreanos en Japón al final de la segunda guerra mundial resultó ser una coyuntura oportuna para crear los medios efectivos para incapacitarlos y prevenir su participación política como un bloque político étnico con poder electoral, usando un subterfugio legítimo para segregar a los *Zainichi* en todas las esferas sociales (De Vos y Lee, 1981).

Estos autores consideran que, al hilar la experiencia coreana en Japón hasta ese momento, la tendencia japonesa al encarar el problema de la minoría coreana va en dos vías. La primera es reducir el número de coreanos en Japón mediante la repatriación y la deportación. La segunda es convencer a los coreanos de adoptar pautas de conducta japonesas que denoten su capacidad de asimilación cultural, pero a la vez, le niegan su incorporación a la sociedad, es decir, la segregación. La actual sociedad japonesa no tolera la presencia de diferencias étnicas, culturales o lingüísticas (Ceballos, 2014). Si bien, las prácticas sistemáticas del gobierno japonés de repatriar y deportar a los *Zainichi* han quedado atrás, la segunda tendencia aún persiste en la actualidad (Robillard-Martell y Laurent, 2019; Surak, 2019; Visocnik, 2016; Itagaki, 2015; Ceballos, 2014; Lie, 2008; Shipper, 2008).

A lo largo de su historia, Chongryun ha mantenido su postura de preservación entre sus miembros de la etnia, cultura y lengua a través del establecimiento de su propio sistema educativo desde preescolar hasta la universidad (Shipper, 2008), los miembros de Mindan se muestran por lo general más abiertos a la asimilación confiando en que de esta manera puedan de evitar las prácticas discriminatorias de la sociedad japonesa. Es común que los miembros de Mindan tengan dos nombres, uno coreano para fines legales y otro japonés comúnmente usado para interactuar en la cotidianidad de la vida social (Lim, 2009).

Si bien ambas organizaciones son las que mayor peso político y social han tenido en territorio japonés, no son las únicas que han fungido como catalizadores para la organización y acción social. Entre otras formas de adscripción política entre *Zainichi*, existe Mintōren, la

cual se ubica en otro punto del espectro de la relación entre una afiliación de nacionalismo étnico con la península coreana divergente de las de Chongryun y Mindan.

Mintōren (Minzoku Sabetsu to Tata kau Renraku Kyogikai, Consejo Nacional para Combatir la Discriminación a las Etnias en Japón) se presenta como un espacio de convivencia en el que *Zainichi* adscritos tanto a Corea del Norte como Corea del Sur, pero que promueven narrativas que construyen la idea de un Japón multicultural en el que la integración de una etnia asumida y reconocida como coreana se integre al proyecto de nación japonesa (Fukuoka y Tsujiyama, 1992).

Esta es la tercera organización *Zainichi* con mayor número de miembros, y el lobby político que acumularon fue de especial importancia durante las protestas en contra de la Ley de registro de extranjeros, liderando en materia de derechos humanos para conseguir la abolición de estas medidas migratorias.

Hasta ahora, la mayoría de los *Zainichi* de la segunda generación, es decir, aquellos que llegaron o nacieron en Japón durante o poco después de la segunda guerra mundial, encuentran mayor facilidad en la obtención de la nacionalidad japonesa porque pueden comprobar muchos años de residencia en Japón. No sucede así con las generaciones subsecuentes y resulta paradójico que personas de tercera y cuarta generación, de quienes tengan un lazo sanguíneo con algún progenitor japonés, sean quienes enfrenten mayor renuencia para poder obtener la nacionalidad a pesar de ser quienes más se han asimilado a la cultura japonesa (Lee, 2012).

### **2.5.1 La identidad como herramienta política y el rechazo a la naturalización**

Evidentemente, tanto Chongryun como Mindan son organizaciones políticas. Ambos grupos han sido subsidiados por los gobiernos de su país correspondiente y por consecuencia, más allá de ser una simple organización que representa los intereses de sus experiencias históricas (Chapman, 2008).

Si consideramos que los *Zainichi* de tercera y cuarta generación, los nacidos entre 1965 y principios del siglo XXI, quienes ya no tuvieron ninguna experiencia con la península coreana antes de la colonia y concomitantemente sus lazos culturales con cualquiera de las dos entidades políticas ahí asentadas son endebles, muestren un sentimiento de nostalgia hacia una Corea imaginaria que ya no existe pero que se retrotrae a la memoria como consecuencia del rechazo que viven en Japón (Lie, 2008).

En el caso de los partidarios de Chongryun, esta misma emoción resulta más sintomática se proyecta en el momento que sus miembros profieren palabras exaltadas sobre el ideal de una Corea unificada bajo el régimen norcoreano, anhelo expresado por gente que nunca ha estado en la península, y cuya interacción social en Japón está más bien guiada por la percepción que los medios japoneses ostentan sobre el país vecino, percepción que, ante los ojos nipones, reduce a los *Zainichi* a meros sujetos políticos para cumplir con las agendas de estas organizaciones (Shipper, 2010).

Aún aquellos que han sido educados en escuelas social y culturalmente asimiladas como japonesas, en la educación que reciben pueden aparecer formas de discriminación estructural que les impiden tener una participación social completa (Itagaki, 2015). Por ejemplo, aunque los *Zainichi* pagan impuestos, no tienen derecho de participar en la sociedad

civil ni votar en la mayoría de las elecciones importantes. Así acontece en el caso de la prefectura de Ikuno, en Osaka, donde el 25% de los residentes son de origen coreano que no tienen voz ni voto. Los gobiernos locales han hecho esfuerzos por el reconocimiento de su derecho a ejercer el voto, pero todavía no hay una política definitiva al respecto (Lee, 2012).

Sin embargo, el *quid* del asunto radica en que la Ley de Nacionalización japonesa no admite el derecho a una doble nacionalidad y terminantemente exige la renuncia a una segunda nacionalidad. Otro escollo es el engorroso proceso burocrático que somete al aspirante a un profundo escrutinio para medir su grado de asimilación cultural: “Tener la mayoría de edad (que en Japón se cumple a los 20 años); un empleo estable o actividad empresarial que permita tener ingresos suficientes para su propia subsistencia y la de su familia y conocimiento cabal del idioma japonés (escritura y lectura en un nivel bastante elevado)” (p.8).

Como el 60% de quienes presentan su solicitud de naturalización en Japón son coreanos, las políticas de naturalización japonesas podrían tener implicaciones mayores para el futuro de la sociedad japonesa y de la comunidad coreana en Japón, ya que cada vez más *Zainichi* se identifican como japoneses, por lo que es posible pensar en la paulatina invisibilización de las raíces de estas comunidades (Lee, 2012). Chung (2006) señala que el proceso de naturalización casi siempre requiere alguna forma de asimilación política o cultural de Japón. ¿Cómo se muestra la asimilación política o cultural?

Pero el problema no radica en la indeterminación, sino en la ficción de derecho contenida en el llamado que el Estado japonés hace a los *Zainichi* a emprender el tortuoso camino de la nacionalización y la consecuente respuesta de quienes voluntariamente se

someten a seguirlo como un acto de denuncia histórica sobre la ignominia de un pasado colonial que nunca vivieron. Por consiguiente, el tema de la identidad trae consigo una serie de implicaciones que van desde lo político-económico hasta lo psicosocial

## **2.6 Discusión: Identidad *Zainichi***

A lo largo del capítulo se ha expuesto en primer lugar el panorama histórico y social en el que los *Zainichi* echaron sus raíces en Japón, seguido de la exposición de los momentos clave que permitieron la construcción de un imaginario identitario de sí mismos y finalmente, la discusión de los efectos que estas narrativas han tenido en las actitudes japonesas hacia los coreanos.

Del recorrido histórico se desprende la manera como la memoria de la experiencia colonial es el referente principal que define el sentido de lo que significa ser *Zainichi*, un antecedente que no es estático ni monolítico, porque este legado colonial se entrelaza con las condiciones bajo las que acontecieron la liberación, la independencia y el desacuerdo entre las fuerzas nacionalistas coreanas que dieron pie para la desestabilización y división de Corea cuestiones que sirvieron como catalizadores del dilema de identidad, en torno al sentido de pertenencia entre ser coreano o japonés.

Este conjunto de elementos abona a una constante negociación entre las ideologías, las afiliaciones, la memoria colectiva, la etnia, la asimilación cultural, la sociedad y el Estado japonés, a las que se añan las organizaciones políticas, la presión social y los prejuicios no

sólo por parte de Japón, sino también de Corea,<sup>17</sup> que compiten en la determinación *Zainichi* (Chapman, 2008).

Por lo tanto, el asunto de la identidad no puede ser definido como algo preciso y acabado, ni tampoco cual si fuera un ente susceptible de ser referido o señalado en la inmediatez. Se trata más bien de un proceso que en la actualidad atraviesa por una etapa de resignificación, no sólo debido a la brecha generacional entre los *Zainichi*, sino por las actitudes que la actual administración japonesa sostiene hacia ellos y en sus relaciones con Corea del Norte y Corea del Sur, además de las sempiternas tensiones entre ambas Coreas.

En consecuencia, no se puede obviar la identidad *Zainichi* de la historia colonial, cuestión que el gobierno japonés siempre pretende mantener silenciada y que los coreanos explican de manera sesgada mientras que los observadores extranjeros solemos no reconocer su importancia porque ahí se encuentra el meollo que reviste el fenómeno en sí mismo.

Por otro lado, en el caso de coreanos y japoneses, los rasgos fisiológicos no son indicador suficiente de discriminación. La asimilación cultural ha pasado a ser un poco más aceptada en los *Zainichi* de tercera y cuarta generación, por lo que ahondar en la ascendencia o en las afiliaciones políticas de los *Zainichi* se vuelve en el único referente que divide la etnia “coreana” de la japonesa y, con ello, la pertenencia a una nación.

Las consecuencias de la claudicación de las raíces coreanas para obtener la nacionalidad japonesa son meramente simbólicas, sin embargo, para muchos *Zainichi* esto

---

<sup>17</sup> Como aconteció durante el gobierno de Rhee quien abrigó la sospecha de que los repatriados coreanos a Corea del Sur eran espías norcoreanos, lo cual generó su rechazo. (También existía el estigma de los colaboracionistas)

representaría un abandono absoluto a lo que ellos entienden que son, por lo que la autodeterminación cobra relevancia sobre la calidad de vida en este intercambio. La negociación gira en torno a las connotaciones latentes en el proceso socio histórico y no en lo que obedece a las necesidades del individuo (en el caso de los *Zainichi*) o del Estado (en el caso de Japón).

Atrapados en el limbo de la indeterminación, quizá los *Zainichi* hayan encontrado el significado de su etiqueta en algo más allá de las dicotomías, las generalidades y las intenciones de cada institución que les atañe, pero al mismo tiempo les es imposible presentarse a sí mismos, ya sea por acercamiento o distanciamiento voluntario, sin ellas. Al considerar el número de coreanos residiendo en Japón cuyos antepasados llegaron al archipiélago durante el periodo colonial, dicha tendencia de homogeneización étnica se exagera en el caso del imaginario que los japoneses tienen de los *Zainichi*.

Entre las comunidades coreanas en Japón hay diferencias con base en el estatus socioeconómico, orígenes regionales, roles de género y pertenencia generacional, por lo que ciertamente no podemos partir de la idea de que estas comunidades representan un cuerpo social que se cohesiona a partir de sus raíces en la península coreana. Al respecto Lie (2008) menciona que: “En un primer acercamiento, es sencillo concluir que todos los *Zainichi* han sentido un profundo sentido de pertenencia con la gente de la península coreana y desean apasionadamente regresar a su madre patria. Sin embargo, ninguna de estas proposiciones, resultan exactas hoy en día” (p. XII).

Si la identidad *Zainichi* estuviera dotada de los mismos referentes políticos entre pro-Norcorea y pro-Sudcorea, no habría mayor discusión en torno a su nacionalidad, pues esta

dejaría de ser un problema ya que todos habrían buscado nacionalizarse. Décadas atrás, durante las campañas de repatriación y de naturalización masiva, los *Zainichi* habrían pasado como una página más en la historia de las relaciones entre la península coreana y Japón. Sin embargo, la forma en que viven y han decidido vivir está fincada en una constante indeterminación: la de existir como coreanos en Japón ligados a una visión imaginaria de pertenencia a las realidades contemporáneas de lo que hoy representan las dos Coreas.

Una vez explicada la manera de pensar y comprender la situación de los *Zainichi*, se impone la necesidad de buscar comprender a la otra parte de esta historia: los elementos formativos de la realidad social japonesa que han determinado la formación de una conciencia del ser japonés, elementos que se entrelazan con la realidad de los coreanos residentes en Japón y los mecanismos de poder en el trato que recibe la minoría coreana.

Debido a que los *Zainichi* son conscientes de que su identificación étnica los margina en territorio japonés, las contradicciones entre su aculturación japonesa y su estatuto de extranjero son una constante fuente de imaginación identitaria. Como observa Hans Horan (2017) estas contradicciones no son necesariamente congruentes con su nacionalidad, ni su estatuto legal ni sus orientaciones políticas, pues en su incursión multigeneracional en Japón han presenciado constantes cambios en sus comunidades.

En el siguiente capítulo se explorarán las bases del nacionalismo japonés que permiten la explicación de las raíces de donde surge la noción de una nación étnicamente homogénea<sup>18</sup> que ha dado forma a un discurso de nacionalismo étnico que pretende hacer

---

<sup>18</sup> Hay que hacer hincapié sobre que la idea de una etnia homogénea en Japón como ideología es una idea de la posguerra, por lo que la dicotomía homogénea y heterogénea es más bien un cambio de paradigma y no una competencia (Lie, 2008).

tabula rasa del pasado y se niega admitir su responsabilidad de su expansionismo militarista que tuvo el apoyo de su población y fue la causa de la llegada de los coreanos al territorio del archipiélago japonés.

Esto con el fin de poder teorizar sobre cómo la identidad *Zainichi*, interactúa con Japón y su sociedad para así tener las bases necesarias para analizar este panorama en la actualidad. Colocar este análisis en un espectro histórico es indispensable ya que, como es la tendencia japonesa, siempre hay ecos históricos que resuenan en la aparición de sus problemas sociales.

## CAPÍTULO III

### Japón y la otredad

El origen del pueblo japonés ha sido una cuestión recurrentemente debatida en la historia contemporánea de Japón; de ella han surgido distintas controversias que han estado marcadas por la indeterminación, debido a que no resulta fácil establecer el punto de partida preciso sobre la existencia de un pueblo que, en principio, es étnicamente diverso por la convergencia de mongoles, chinos, rusos, malayos, coreanos y los pueblos ainu y *ryukoku* (habitantes de las islas de Hokkaido y el archipiélago de Okinawa), entre otros. No obstante, de entre todos estos componentes étnicos que convergen en formación de la etnicidad japonesa, es en los habitantes de la península coreana donde podría encontrarse una mayor semejanza. “En los primeros registros históricos de Japón (Siglo IV), aparece que predominó un intercambio cultural entre el Japón occidental y el sur de la península coreana, a tal grado que no había mucho que distinguiera a uno del otro” (Sansom, 1958, p. 15, en Mitchell, 1963).

Estos antecedentes se pueden percibir de manera más fehaciente en un hecho ocurrido en 1960, cuando un campesino que realizaba sus labores agrícolas en la villa de Takamatsuzuka, en la isla de Honshu, descubrió accidentalmente un asentamiento con restos arqueológicos que resultó ser una tumba. El estilo de la tumba llamó la atención del campesino, quien no tardó en informar de su hallazgo. Los arqueólogos japoneses que entraron en la cámara sepulcral se vieron fascinados con las imágenes plasmadas en las paredes las que presentaban escenas de la vida social de una nobleza que ataviada con una vestimenta que indudablemente coincidía con los ropajes usados en el antiguo reino Koguryo de la península coreana (De Vos y Lee, 1981).

Este descubrimiento cimbró los cimientos de aquellos discursos nacionalistas empeñados en afirmar el carácter único de la etnia japonesa. Lo que las leyendas habían hecho suponer que podría tratarse de la tumba del Emperador Munbu, cuadragésimo segundo en la línea imperial, en realidad resultó ser la de alguien originario de la península coreana. Pero eso no era lo único, su atuendo y la ornamentación de la tumba no dejaban lugar para dudar de su pertenencia a la realeza. Este hecho, además de significar una afrenta para la ideología hegemónica del Japón mono étnico en boga en esa época, representaba un llamado a reconocer que tanto la evidencia arqueológica como la similitud que presentan las lenguas coreana y japonesa, denotan la probabilidad de un origen común entre los coreanos y japoneses de la era moderna (De Vos y Lee, 1981).

Evidentemente, la incomodidad producida por este descubrimiento radica en la contraposición a la narrativa que impone la concepción del emperador como hijo del sol y concomitantemente la de los japoneses sus hijos, los dos fundamentos que conforman la unicidad del pueblo japonés. Por tanto, la negación fue rotunda porque resulta inadmisibles considerar la posibilidad de que haya habido una presencia coreana en los mitos y leyendas japonesas. Por ser una contradicción que en sí misma representaba una amenaza para el proyecto político del Japón de la posguerra, de ahí que tan pronto se abrió la tumba, ésta fue cerrada.

Pese a esta incomodidad (o tal vez gracias a ella) resulta interesante realizar la siguiente reflexión: si la tumba hubiera sido descubierta antes del final de la guerra, la reacción japonesa habría sido completamente diferente. El descubrimiento habría significado una gran victoria para la ideología del imperio que en su discurso buscaba

promover la visión de un Japón cuyo origen era multiétnico (Harumi Befu, 1990). Lo cual, aunado a la supuesta inmutabilidad de la idiosincrasia japonesa (producto de la contradicción entre las bases culturales propias con el concurso de elementos extranjeros – budismo, confucianismo, cristianismo, liberalismo, etc...), permite dar respuesta a: ¿Qué fue lo que cambió en la era Meiji?

En este sentido, si bien la influencia cultural que Japón tuvo de China, en la que a su vez Corea sirvió de intermediaria, el pueblo japonés logró imprimirle un sello propio a su cultura que le dio un carácter distintivo, y ya en siglo XIX había logrado crear las condiciones que favorecieron su tránsito a la construcción de un país industrializado con una gran capacidad militar. Este expedito cambio contrasta con la situación imperante en China donde no se generó la capacidad de poder enfrentar con éxito el embate extranjero. Al respecto cabe citar un artículo aparecido en el año de 1909 en el periódico *Tokyo Mainichi Shinbun* en el que se escribía lo siguiente:

El mundo solamente podrá conocer la paz cuando todos los países alcancen el mismo nivel de civilización [...] No se puede permitir tal cosa como la existencia de un país con un importante rezago en su desarrollo con respecto a las potencias mundiales.

El Estado moderno de la Renovación Meiji, propagó la noción de las imaginadas raíces étnicas de Japón para empatarlas con la idea de que coreanos y japoneses compartían un ancestro común (Oguma, 2002). El discurso de la heterogeneidad étnica de Japón sirvió de fundamento y justificación ideológica de la campaña imperialista que emprendiera el país del sol naciente, según la cual Japón tenía el deber de llevar la civilización a sus hermanos menos afortunados: los coreanos.

Sin embargo, la derrota de Japón en la segunda guerra mundial trajo una serie de rupturas importantes en la imagen que el japonés tenía de sí mismo (Oguma, 2002). Uno de los cambios más radicales fue la adopción del discurso del Japón **homogéneo** (Lie, 2008), una concepción construida durante la posguerra completamente opuesta al discurso anterior, como un mecanismo para lograr la cohesión identitaria necesaria en un país derrotado. Este punto de inflexión histórica plantea la necesidad de establecer un paralelismo para poder entender el proceso socio histórico de las comunidades *Zainichi* y su construcción identitaria. De acuerdo con Chapman (2008), la reproducción del discurso de Japón como un país étnicamente homogéneo afecta la existencia de los residentes coreanos porque se contrapone a sus ideales como nación.

### 3.1 Lo “japonés” un término indefinido

Para poder teorizar sobre el nacionalismo japonés y los diferentes fenómenos sociales que surgen a partir de su acepción, es importante discutir sobre lo que se entiende por “japonés”. El concepto *nacionalidad* es un constructo artificial en constante cambio que se ajusta a la inclusión o exclusión de diferentes grupos dentro de un Estado a partir de leyes y estatutos (Gellner, 1983). En el caso japonés, hay una distancia considerable entre lo que la ley define como un nacional japonés y lo que la sociedad, o más precisamente el japonés promedio, considera lo que es ser japonés en términos de interacción social (Fukuoka, 2000).

¿Qué es exactamente el concepto “japonés”? o, mejor dicho ¿cuáles son las características sustantivas que dotan de significado lo **japonés** en el imaginario de las personas “japonesas”?

Se suele pensar que la nacionalidad se define como el lugar de origen en términos de dos elementos: la etnia y el lugar de nacimiento. Lo anterior puede ejemplificarse con el caso de los conceptos acuñados en la sociedad estadounidense como chino-americano o afroamericano, en el que el primer gentilicio denota la etnia y el segundo la nacionalidad. De esta manera, para el chino-americano de segunda generación, la acepción de “chino” denotará su pertenencia cultural, mientras que el “americano” connotará su ciudadanía. En el caso del afroamericano, el primer componente hablaría del reconocimiento de un pasado ancestral, mientras que el segundo denotaría el reconocimiento de sí mismo como estadounidense. Es decir, el primer componente siempre denota una relación con una etnia diferente a la de la nacionalidad sin afectar el estatuto legal de ésta.

Para el caso japonés resulta indispensable ir más allá y entender el concepto de etnia formado por dos componentes: el linaje y la cultura. Si aplicamos el razonamiento del ejemplo anterior a los coreanos *Zainichi*, la naturalización conlleva un proceso de aculturación necesario para la adopción de la nacionalidad japonesa. En el imaginario japonés resulta difícil concebir la idea de un “coreano japonés” a pesar de que su arraigo en Japón se remonte a un siglo. Dicho de otra manera, el problema es el de ser japonés (en lo que implica el proceso de aculturación que la naturalización impone) o no ser.

La sociedad japonesa no tolera las identidades ambiguas tales como las de los ejemplos anteriores. En el proceso de negociación social entre Japón y una persona que muestre características que difieran de lo “puramente japonés”, la sociedad responderá de una de estas dos formas: la persona con identidad ambigua será forzada a abandonar las características que se desvían de lo japonés a fin de obligarse a convertirse en tan

“puramente japonés” como le sea posible; la segunda opción es ser simplemente clasificado como **no-japonés**, so pena de residir en el país del sol naciente sin los derechos de membresía que la nacionalidad japonesa confiere (Fukuoka, 2000). Bajo este mecanismo que exalta la pureza de la nacionalidad, el mito del Japón mono étnico persiste pese a lo lejano que la pureza étnica se encuentra de la realidad (Lie, 2008).

De Vos y Lee (1981), hacen un ejercicio comparativo sobre las diferencias en la obtención de la nacionalidad entre las sociedades de tradición europea o estadounidense, y el caso de Japón señalando que: “Colocando a las sociedades en un espectro entre aquellos que en un extremo se encuentran adoptando el concepto de pertenencia social y nacional basados en la ascendencia, y en el extremo opuesto, aparecen las sociedades modernas que esperan que sus habitantes incorporen el concepto de nación a sus lealtades étnicas” (p.31). Aún en la era moderna Japón representa el primer extremo, donde la ciudadanía es meramente una cuestión étnica y la nacionalidad se obtiene a través de un sistema *jus sanguinis*, mientras que, por ejemplo, Estados Unidos representa el ejemplo del segundo extremo<sup>19</sup>, donde la heterogeneidad y la multi etnicidad son parte fundamental de la concepción política e ideológica del país. En contraste, en Japón predomina una hegemonía cultural sobre lo que normalmente se entiende como japonés, por lo que muchos coreanos étnicos se ven forzados a ocultar su herencia cultural y pasar como japoneses con el fin de ser incluidos en la esfera social. Dicha hegemonía parte de un constante ejercicio de resignificación del japonés. Así, no resulta extraño que al identificar a la cultura como un

---

<sup>19</sup> Aunque debe acotarse que, si bien la heterogeneidad y la multiethnicidad están presentes en Estados Unidos, no deja de haber un dejo de discriminación respecto a las etnias no blancas. El caso más abyecto son los afroamericanos.

componente clave de este fenómeno, surge la pregunta de cómo ésta abona a la reproducción del discurso que prioriza al linaje y la nacionalidad como la barrera que divide al japonés del otro.

Sobre esta cuestión hay un vasto acervo bibliográfico genéricamente identificado como las teorías sobre los japoneses, *nihonjinron*, surgidas de una cierta obsesión entre los japoneses en torno a su identidad y la forma como ésta es percibida en el exterior, lo cual induce buscar su verdadera esencia donde quiera que ésta se encuentre y la manera cómo su historia y su cultura, resultan distintas a las del resto del mundo. Estas preocupaciones ya habían sido expresadas desde finales del siglo XIX, cuando un grupo de antropólogos folkloristas y psicólogos sociales buscaron definir el carácter nacional japonés (Romero, 1987).

### **3.2 *Nihonjinron***

Esta corriente dista mucho de constituir una teoría social, más bien resulta ser un movimiento intelectual que se ocupa del estudio del carácter nacional y cultural de lo que significa ser japonés, enfatizando las particularidades de la cultura japonesa como el núcleo narrativo de la homogeneidad étnica.

El acervo de obras que abonan a esta corriente es muy abundante.<sup>20</sup> Debido a esta circunstancia, no convendría intentar una revisión exhaustiva pues implica un esfuerzo que rebasaría los límites de este trabajo, lo que no obsta para señalar la importancia de emprender una revisión a fondo de estos estudios con el fin de sustentar una reflexión más

---

<sup>20</sup> De acuerdo con Befu (1987), entre 1945 y 1978 se publicaron alrededor de 700 títulos, para inicios de la década de los 90, había cerca de mil trabajos. Por lo que es seguro asumir que en la actualidad el número de trabajo ha aumentado considerablemente.

completa sobre las generalidades de este acervo y sus tendencias. Tampoco se pretende aportar otro trabajo al catálogo existente. El propósito de este apartado se ocupará de discutir la naturaleza de la homogeneidad étnica japonesa y la evolución de dicha idea a través de décadas de producción de trabajos sobre *nihonjinron*, centrándose en tendencias y no en estudios particulares.

Como se mencionó anteriormente, hay dos indicadores clave en los cambios del entendimiento de lo que significa ser japonés: 1. La segunda guerra mundial (antes, durante y después) y 2. ajuste a la presión internacional. De acuerdo con estos puntos se pretende explicar cómo las nociones con que Japón concibe su naturaleza étnica guían la interacción que tiene con el otro, que en este caso son los *Zainichi*. Ambos indicadores, además, están intrínsecamente unidos a su relación con la península coreana debido al episodio colonial y la subsecuente independencia coreana.

El análisis de estas tendencias se realizará utilizando como fuentes principales los trabajos de Oguma (2002) y Befu (1990) porque ambos se complementan en su tratamiento de los aspectos cronológicos y en su perspectiva de estudio, lo cual permite generar un diálogo entre estos autores para tender un puente entre las transformaciones más relevantes en el estudio de la identidad japonesa.

Si bien el interés de esta investigación no persigue criticar a fondo la utilidad académica de la corriente *nihonjinron* en su aplicación en la realidad, es importante recalcar que la abrumante cantidad de trabajos que versan sobre la identidad y el nacionalismo japonés representa un punto de quiebre en la constante necesidad de Japón por tratar de explicarse a sí mismo, al grado de que el binomio identidad y otredad se presentan como

una “histeria” en el quehacer de los académicos japoneses (Ian Reader, 2003). Por esta razón, las narrativas de Befu y Oguma sostienen en lo concerniente a la construcción de una identidad japonesa, que ésta se ajusta para responder a su interacción con el exterior, lo cual hace que tanto la era Meiji como la derrota en la segunda guerra mundial sean los antecedentes clave para cualquier discusión sobre la transformación de la hegemonía étnica como unidad de análisis.

El trabajo de Oguma se ocupa de analizar las imágenes que Japón tiene de sí mismo en un periodo que va desde la renovación Meiji (1868) hasta los primeros años después de la segunda guerra mundial. Mientras que el de Befu, se centra en la preocupación que Japón manifiesta respecto a su identidad, lo cual explica la popularidad alcanzada por los textos agrupados en el acervo *nihonjinron* durante un periodo que va desde 1960 hasta la década de los 90, siendo especialmente crítico de la utilidad de estos trabajos como una manera de acatar a la conformidad social de la época.

Con estos antecedentes, el siguiente capítulo expondrá las contradicciones en la aparente tercera y más reciente concepción de la ideología japonesa mostrada en los trabajos académicos del *nihonjinron*, la del Japón multiétnico<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> A diferencia del Japón heterogéneo que hablaba de la etnia japonesa como compuesta de muchos pueblos, el Japón multiétnico asegura la coexistencia de diferentes pueblos en Japón, pero marca una línea entre los que son japoneses y los que no. No se ocupa de entender lo “no japonés” en su esencia, sino que se queda atrapado en esa categoría excluyente.

### 3.3 El Japón heterogéneo: la teoría de la nación mixta

De acuerdo con Oguma, el mito de un Japón homogéneo no es tanto un producto del nacionalismo institucional antes de la guerra, sino un constructo que cobró fuerza discursiva en la posguerra.<sup>22</sup> De hecho, mucha de la evidencia que presenta sobre las imágenes que Japón tiene de sí mismo antes de la guerra, y que actualmente se consideran tabú, fueron públicamente promovidas durante el gobierno Meiji. De acuerdo con Askew (2004, p. 112), “Oguma contra argumenta la afirmación de que los japoneses han creído que son una nación homogénea desde la Era Meiji, examinando como este mito de la posguerra fue establecido y cómo los súbditos de los países colonizados eran tratados en la literatura de la preguerra.”

Si bien el mito del Japón homogéneo cobra fuerza en el periodo de la posguerra, los japoneses creen que esta idea se gesta durante la era Meiji. Sin embargo, es ampliamente aceptada la discusión de Oguma (2002) de que el mito de la homogeneidad debe ser entendido en el contexto en el que se debate. En el caso de la posguerra, Japón busca reconstruir la imagen que tiene de sí mismo en tiempos de la reducción de su esfera de influencia geopolítica, trayendo a colación el mito como una manera de generar un sentido de identidad y de pertenencia tras la derrota y la posterior ocupación del Comando Supremo de las Potencias Aliadas (SCPA).

En contraste, y como antecedente de la fractura de la identidad japonesa, durante el periodo de la expansión imperialista, cuando el gobierno buscó extender la autoridad japonesa sobre sus colonias de ultramar, el principal argumento en el discurso de la

---

<sup>22</sup> Noción que John Lie retomaría como el núcleo de su explicación de la discriminación hacia los Zainichi.

identidad japonesa se centró en lo que Oguma (2002) llama la teoría de la nación mixta, que sugería que los japoneses eran un producto de diversas etnias y culturas.

La teoría de la nación mixta surge en combinación con la idea de un distintivo Estado nacional a principios de la Era Meiji, cuando los japoneses luchaban con la inequidad industrial y militar en su relación con las potencias europeas y las inseguridades surgidas de ellas (Reader, 2003). En este periodo de construcción de una imagen ante el mundo, los debates sobre la identidad estaban profundamente entrelazados con las percepciones hacia las potencias occidentales, el resto de Asia y las minorías dentro de Japón, construyendo narrativas similares a las que observaba en sus referentes europeos.

Sobre este último punto, de acuerdo con Ernest Gellner (1983) los Estados premodernos rechazaban el lazo entre gobernantes y gobernados; los primeros ostentaban sus puestos por linaje o por la gracia de su divinidad. En contraste, los Estados modernos lo acentúan. Esto se debe a la alta demanda de la legitimidad política a través de la democracia y las presiones del sistema internacional, volviéndose en tanto una causa como una consecuencia, promoviendo así una u otra forma de nacionalismo, frecuentemente haciendo hincapié en la uniformidad étnica y racial entre la población. Esta concepción del nacionalismo en la construcción de los Estados modernos durante los siglos XVII y XIX, encontraría eco en Japón a finales del siglo XIX.

No obstante, tenemos que considerar que el trabajo de Gellner dota de sentido a un nacionalismo referente a un modelo de Estado euro centrista, por lo que su explicación resulta insuficiente para la comprensión de las particularidades indispensables del

nacionalismo en la formación del Estado japonés Moderno, siendo necesario matizar citando a Lothar Knauth (1992):

Cuando la búsqueda de la 'singularidad cultural japonesa' señaló como origen al *tennoo*, el objetivo de la lealtad, enfatizado en la tradición confuciana china, pasó a la Casa del *tennoo*, epítome de lo japonés. El concepto de piedad filial también se transformó y puso su acento en la devoción a los padres del bienestar nacional, bienestar del cual se beneficiaba cada familia. De esta manera el *tennoo* se convirtió en el 'superpadre' de este supuesto Estado-familia. Es de hacer notar que en el este de Asia "Estado" se escribe con la combinación de dos caracteres chinos que significan 'país' y 'casa' (*kokka* en japonés) (p.18).

Si bien durante la era Tokugawa, la política del *sakoku* (país cerrado) permitió a Japón mantener un gobierno estable por más de dos siglos, con la derrota de China en 1842, la élite japonesa se percató de las intenciones expansionistas de Europa y Estados Unidos impulsadas por los apabullantes avances en el transporte marítimo producidos por la Revolución industrial y los idearios de un moderno Estado-Nación.

Para decirlo con las palabras de Knauth:

...Así... los conceptos de soberanía del territorio nacional y de la administración por militares burócratas, el último de los cuales había conseguido ya que las órdenes formuladas con precisión desde el centro del poder fuesen ejecutadas con rapidez y exactitud en la periferia [... con el advenimiento del gobierno Meiji] los privilegios feudales por estamento fueron eliminados y los samuráis, así como el resto de la población, fueron convertidos en súbditos comunes... El nuevo Estado requería de un tipo de burócrata que debiera su lealtad al *tennoo* y no al señor feudal (pp.20-21).

A este respecto merece acotarse que a pesar de que en la renovación Meiji el legado de los Tokugawa fue calificado de retrógrado, debe reconocerse que hizo dos importantes aportaciones a la construcción del moderno estado japonés: el concepto de soberanía territorial y la formación de un eficiente aparato administrativo.

### **3.3.1 La ideología de la conquista**

La teoría de la nación mixta permitió a Japón imaginar antecedentes culturales, étnicos, religiosos y lingüísticos con otras naciones asiáticas a las que buscaba someter, tal como fue el caso de la colonia coreana. Retomando a Holsti (2004) en su explicación del colonialismo como institución internacional obsoleta, la legitimidad ideológica en las acciones de conquista y colonización de un pueblo hacia otro eran dependientes de la capacidad del Estado de convencer a su pueblo de la necesidad de hacerlo. Holsti argumenta que “Las políticas de poder necesitaban validación, y dicha validación necesitaba dimensiones morales y éticas. Los poderes negociaban tratados, dirigían campañas militares y negociaban con otras naciones, pero también operaban bajo un complejo sistema de creencias acerca de lo que era apropiado y justificable” (p. 248).

Una de las características más prominentes que los japoneses observaron en las potencias europeas, fue que ellos poseían colonias en otros países y que éstas eran explotadas para el incremento económico del país dominante (Mutter, 2004). En su afán por desarrollarse y mantenerse a la par con las potencias occidentales, era necesario contar con colonias también, por lo que la búsqueda de prestigio y estatus de potencia mundial se volvieron parte del proyecto del país del sol naciente. Según Mutter (2004, p. 2), “Los japoneses se veían a sí mismos como los protectores naturales del continente asiático.”

Obedeciendo a esta necesidad, la teoría de la nación mixta permitió argumentar que, como el origen étnico entre coreanos y japoneses era compartido, Japón, un país desarrollado económicamente y con mayor poder militar, tenía legitimidad para asimilar a los coreanos en la amplia esfera cultural japonesa para que éstos pudieran beneficiarse del desarrollo. Según esta visión, la anexión de Corea no representó tanto un acto de conquista, fue más bien un acto benevolente de parte del “hermano exitoso” que regresa a casa a compartir sus riquezas con la familia (Mitchell, 1961).

A medida que Japón expandía su imperio, los apologistas de la campaña militar nipona fueron capaces de construir más teorías para legitimar la expansión.<sup>23</sup> Sobre este proceso, Oguma (2002, p. 110) apunta que Japón estaba “luchando en contra de la discriminación al unir a todos los pueblos asiáticos bajo el ala del amor fraternal.” No obstante, la propagación de la teoría de la nación mixta, en combinación con el mito primordial japonés sobre su ascendencia divina, omitían la implicación de que otros grupos étnicos componentes en la mezcla que dio lugar a lo “japonés” también eran descendientes de los mismos dioses, y que, por lo tanto, debían ser reabsorbidos dentro de un imperio gobernado bajo la tutela de éstos: “entre más crecía el territorio japonés, más aumentaba el número de descendientes de los dioses” (p.112.).

Con el fin de la guerra y la pérdida de territorios de ultramar, Japón dio un paso atrás en su visión de la nación mixta y transitó hacia el nuevo mito de la homogeneidad que permitió marcar la línea entre Japón y el otro, confiriéndole el carácter de país único (Oguma, 2002). Este mito (que en sí representó un cambio de paradigma) permitió a Japón

---

<sup>23</sup> Tales como unir todos los pueblos y culturas que supuestamente componían la etnia japonesa bajo la bandera de la asimilación mutua (Oguma, 2002).

desarrollar un mecanismo de defensa en contra del mundo exterior como una manera de lograr la cohesión nacional y cultural para encarar un momento de debilidad en la política nacional del ahora derrotado imperio (Reader, 2003).

Hubo quienes simplemente aceptaron la nueva realidad deliberadamente construida por la imposición de las reformas promovidas por las fuerzas de ocupación estadounidenses, pero también se dieron casos entre aquellos que de manera reactiva se dieron a la tarea de buscar una serie de significados para poder reinterpretar lo que significaba ser japonés a pesar de la derrota.

### **3.4 El mito del Japón homogéneo**

En ambos casos, el cambio hacia el paradigma de una visión homogénea de la nación japonesa sirvió de acicate para que Japón pudiera entenderse a sí mismo y presentarse ante el mundo, lo cual evidenciaba la idea de que la teoría de la nación japonesa “oscilaba cuando la relación de Japón con el mundo exterior cambiaba” (Oguma, 2002, p. 347). Se advierte entonces una tendencia en la autodeterminación de Japón que pareciera denotar que el móvil detrás de cualquier acepción de ser étnicamente homogéneo o heterogéneo consiste en reafirmar la superioridad de lo japonés, ya fuera por su pureza étnica o por su singularidad cultural. Es decir, según la narrativa, Japón estaba dotado de un patrimonio cultural sin parangón con otra nación, o bien porque el hecho de ser una nación de “sangre mixta” permitía tener la capacidad de transformar y conducir al acenso de otros.

Las narrativas de homogeneidad étnica también conllevaban una connotación de superioridad y valor en referencia a las personas de otras naciones, los cuales eran denominados étnicamente como “el otro”. Dichas narrativas proponían un nuevo orden de

*pureza* étnica y que no existiría en la consciencia japonesa hasta el final de la segunda guerra mundial, cuando empezó a servir como un instrumento de cohesión interna que legitimó el rechazo a lo coreano y a todo lo que no fuera puramente japonés. Esta situación era tan prominente en cómo el japonés se concebía a sí mismo, que la discriminación se extendió a los niños con ambos padres japoneses, pero que habían nacido y vivido en el extranjero.

### **3.4.1 Japón y la derrota**

Era la tarde del 14 de agosto de 1945 cuando después de que en Okinawa se había perdido la última batalla y Hiroshima y Nagasaki, otrora logros de la modernización de Japón, habían quedado convertidos en una negra mancha que habrá de perdurar para siempre en la memoria histórica de la humanidad, en esa misma noche, mientras en el resto del mundo se intentaba imaginar el alcance del poder de armas tan destructivas, en Japón acontecía algo jamás imaginado: la rendición y la vergüenza que ésta trajo consigo (Feifer, 2001).

En este aciago momento sonó una voz nunca antes escuchada por el pueblo japonés.<sup>24</sup> A través de la radio, Hirohito, el divino emperador Showa de los japoneses, símbolo del espíritu japonés y la superioridad nacionalista que dirigió la campaña de expansión, hacía el llamado a su pueblo a “soportar lo insoportable y sufrir lo insufrible”.<sup>25</sup> En otras palabras, vivir con la vergüenza de la derrota.

Este mensaje de derrota moral provocó un profundo golpe a los japoneses, quienes tras años de adoctrinamiento en el que se les inculcó la supremacía militar de Japón y la inevitabilidad de la victoria (Bix, 2015), de pronto comprobaron amargamente que estas

---

<sup>24</sup> La asunción de la naturaleza divina del emperador no permitía que el pueblo tuviera contacto directo con él.

<sup>25</sup> Discurso original, recuperado de <https://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/hirohito.html>

creencias habían sido refutadas en tan solo cuatro minutos, el tiempo que duró el mensaje transmitido por la radio. Así, de súbito se constató que la propaganda japonesa había quedado en duda: jamás se escuchó la borrasca del viento divino que arrasaría al enemigo, como antes aconteció durante la frustrada invasión de los mongoles (Mie, 2014). Esta vez el viento protector no sopló y ahora los enemigos surcan los litorales del país del sol naciente obligándolos a aceptar el poderío de las condiciones impuestas por las fuerzas aliadas (específicamente, Estados Unidos). Este Japón, dubitativo, incierto y sin rumbo, terminó por aceptar sin reparo su situación de país derrotado, la que después sería considerada como el “regalo de la democracia”. Pero para asegurar esta democracia, se dio una *ruptura* de la democracia en sí, pues fueron las potencias aliadas quienes se encargaron de la organización política del nuevo Japón.

De acuerdo con Yoneyuki Sugita (2003), esta contradicción y el ambiente sociocultural generado a partir de la ocupación estadounidense, afectaron profundamente a Japón. Ser japonés, significaba el cumplimiento de una serie de deberes que contribuían a alcanzar la gloria de la Nación, en otras palabras, un deber hacia el propio nombre como japonés. La incapacidad de sostener esta narrativa devino en el replanteamiento de la cuestión de su propia existencia, ya que ésta era inseparable de la Nación. Las políticas que los estadounidenses adoptaron durante la ocupación jugaron un rol importante en el replanteamiento del nacionalismo japonés como un asunto secular, con el propósito de erradicar cualquier sentimiento expansionista de las narrativas nacionalistas en la esfera pública japonesa (Mark Mullins, 2012).

Pese a que había algunos apologistas que se aferraron a la ideología de la preguerra, la idea de Japón como una tierra sagrada de los dioses se esfumó de toda alusión pública junto con las narrativas gubernamentales, predominantes en otros tiempos (Saaler, 2016). Si bien muchos de los preceptos que hacían apología del imperialismo desaparecieron de los discursos nacionalistas, el nacionalismo japonés se transformó para adaptarse al nuevo mundo surgido después de la derrota.

Tras la derrota, las relaciones de poder entre el Japón derrotado, los vencedores triunfalistas y los liberados pueblos coloniales cambiaron de manera drástica, no sólo en lo político, sino también en la forma cómo se explicaban los unos a los otros. En esos momentos de reubicación del lugar que el japonés tenía en el mundo se imponía la necesidad de construir nuevas teorías y perspectivas adecuadas a esta nueva situación, las que al mismo tiempo permitieran afirmar la moral japonesa como un mecanismo de cohesión nacional y autodeterminación cultural (Oguma, 2002).

La reconstrucción de la ideología japonesa que tan afanosamente buscaba la literatura *nihonjinron* durante la posguerra aspiraba a la recuperación de un sentido de identidad y orgullo entre los japoneses después de la derrota del imperio y la consecuente ocupación del archipiélago por el ejército estadounidense y en esta empresa se comenzó a poner énfasis en hacer más visible la presencia del otro, y ése era justamente el residente coreano (Ueda, 2008).

### **3.4.2 El Japón de la posguerra: cambio a la homogeneidad**

El cambio logrado revistió un carácter radical que rompió con aquellas teorías construidas para justificar el expansionismo colonial. Los japoneses de la posguerra buscaban su

identidad en la reafirmación del espacio moral como base de la construcción identitaria de su pueblo (Taylor, 1996). Así fue como construyeron una moralidad basada en deberes,<sup>26</sup> en la que la participación grupal determinaba el carácter de lo que significaba ser japonés en la sociedad, implicando un carácter moralista de la etnia japonesa, pero al mismo tiempo este sentido de pertenencia fincado en los vínculos sanguíneos en línea directa con el país del sol naciente. De esta forma, el juicio moral favorable<sup>27</sup> estaba relacionado, a su vez, con el linaje y la cultura

Estas imágenes “crecieron con mayor fuerza en la medida en que la economía japonesa crecía a pasos agigantados” (Oguma, 2002, p. 316). Es aunado a este proceso que la supremacía de la teoría de la nación homogénea sirve como mecanismo de cohesión grupal para guiar la construcción de la identidad japonesa, delegándola a un discreto, pero poderoso mecanismo de nacionalismo étnico. El caso más evidente de esta situación en los *Zainichi* se encuentra en quienes pertenecen a la tercera generación, los nacidos en un Japón que crecía y se expandía económicamente al punto de posicionarse como una de las economías más fuertes del mundo (Horan, 2017). A pesar de que el discurso del Japón homogéneo y su nacionalismo étnico les excluían de una participación equitativa en sociedad, los beneficios del crecimiento económico de Japón se extendieron a ellos. Fue durante este periodo cuando Japón buscó con mayor ahínco promover su idea de identidad aparecida en los textos sobre

---

<sup>26</sup> Dworkin explica que los códigos basados en deberes “están en función de la calidad de las acciones individuales, con la conformidad de la acción individual respecto de un código de conducta apropiada” (en Shweder, 1991, p.168). El código toma precedencia sobre los individuos, sus deseos, apetitos o hábitos. Este tipo de códigos aparecen con frecuencia en la fundación de culturas asiáticas. En una cultura basada en deberes, el individuo debe conformarse de acuerdo con el código, fungiendo como guía del cómo las personas deberían vivir, adhiriéndose al principio de que uno no es libre de desviarse del plan o de llamar a otros a hacerlo.

<sup>27</sup> Todas las acciones de los individuos serán juzgadas moralmente en la medida en que contribuyan a la realización de las metas (D’Andrade, 1984).

*nihonjinron* y discutida en los medios de difusión masiva y las universidades que asentaban la esencia de la etnicidad japonesa (Befu, 1990); el resultado fue la creación de una otredad étnica que se tradujo en la intensificación de acciones discriminatorias en contra de los residentes coreanos.

La reacción de los *Zainichi* de tercera generación fue mostrarse a sí mismos como japoneses ante la sociedad con el fin de poder pasar desapercibidos en el marco de la otredad, una práctica social que, en su contradicción, generó problemas de identificación con sus mayores (primera y segunda generación).

### **3.5 En busca de la identidad: la reinstauración de símbolos**

Al igual que Oguma, Befu (1990) observa en el *boom* de la literatura *nihonjinron* la búsqueda desesperada de una especie de nacionalismo cultural que, por su carácter moral de determinación identitaria, es considerada como precepto religioso por algunos autores, y que además busca la hegemonía cultural<sup>28</sup> “que no admite diferencias entre las diversas regiones de Japón, y mucho menos las externas al archipiélago, para enfatizar dicha hegemonía” (Befu, 1990, p.71). Este autor argumenta que mucha de la literatura *nihonjinron* gira alrededor de la discusión sobre los símbolos japoneses, sobre los cuales el gobierno busca llevarlos de vuelta en la esfera pública como símbolos de identidad nacional. De acuerdo con Reader (2003):

Las controversias alrededor de estas instituciones, ya sea en la forma de debates sobre las responsabilidades de la guerra y la subsecuente legitimidad del emperador, el estatus de la

---

<sup>28</sup> Entendiendo a la cultura como medio de organización de la realidad a partir de la moral (Shweder, 1991).

bandera nacional, o el sostenimiento del panteón de Yakusuni como monumento a los muertos de la guerra (incluyendo criminales de guerra ejecutados por las potencias Aliadas), han resultado problemáticas a la hora de intentar buscar el consenso en relación a la legitimidad de las imágenes alrededor de las cuales un sentido de unidad o consciencia puede ser enmarcado (p. 31)

Esta falta de consenso para enmarcar un imaginario colectivo ha creado lo que Befu llama un “vacío simbólico”. Es por este vacío simbólico que la literatura “ha entrado en una situación parecida a la del nacionalismo de la posguerra que busca definir la nueva identidad de Japón en la impecabilidad de sus símbolos” (Befu, 1990, p.101).

Si bien en la práctica no se entona el himno nacional en las ceremonias públicas, ni hay un culto a la bandera y los templos shintoistas no tienen el patrocinio gubernamental, la cuestión de fondo es el propósito deliberado de los gobiernos japoneses de rendir culto de manera pública a los jefes militares condenados por crímenes de guerra. Esto es lo que resulta inadmisibles de parte de un gobierno que supuestamente representa a toda una nación. Sin embargo, la tendencia cambió con la retórica nacionalista durante el gobierno de Abe, en la cual los símbolos como la bandera, la denominación de la nueva era Reiwa por ser el primer caso en el que la fuente es la literatura japonesa y no la china como tradicionalmente se estilaba,<sup>29</sup> y la revisión<sup>30</sup> del artículo 9 de la Constitución que impide a Japón tener un ejército, la excepción son las llamadas fuerzas de autodefensa.

---

<sup>29</sup> Hasta antes de Reiwa, los nombres de las Eras provenían de la literatura china.

<sup>30</sup> Abe no fue el primero ni el único primer ministro en perseguir este propósito. Lo han hecho varios de sus antecesores. Ya lo había intentado Koizumi y no logró la aprobación de su propuesta. Abe concluyó también su gobierno sin haberlo logrado. Debe tenerse cuidado con estas generalizaciones porque evidentemente la voluntad popular no parece aceptar tales intenciones

### 3.6 Nacionalismo étnico

Anthony Smith (1986) menciona en su trabajo sobre el origen étnico de las naciones la importancia de hacer una distinción entre el nacionalismo cívico y el étnico,<sup>31</sup> siendo el segundo el que permite establecer una relación de continuidad entre la etnia y la nación al asumir que la etnia engloba una serie de rasgos compartidos que son históricamente significativos y que devienen en ideologías de construcción de una imagen del individuo con referencia a su nación. De acuerdo con Gayo (2001):

La cultura nacionalista étnica implica una concepción comunal del grupo nacional, donde aspectos históricos y culturales compartidos —como la lengua, las tradiciones, y los mitos sobre una comunidad originaria— son enfatizados como criterios de pertenencia y de identidad social. Esta representación del grupo reforzaría la distinción entre la endogamia nacional y otras comunidades, estableciendo unas fronteras más rígidas e impermeables y criterios de pertenencia adscriptivos (y así exclusivos) para el grupo. En consecuencia, resultaría más difícil tanto mantener simultáneamente distintas identidades, puesto que se tiende a percibir éstas como mutuamente contradictorias, como integrar miembros de exogrupos en el grupo endogámico (p. 262).

Como se revisó en el apartado anterior, en el caso japonés dichas narrativas se exacerbaban al punto de que el sintoísmo se convirtió en la religión estatal desde el gobierno Meiji hasta mediados de la Era Showa en 1945, legitimando al *tenno* como padre indiscutido del pueblo japonés. Por lo que no resulta una exageración la ruptura ontológica que el

---

<sup>31</sup> Al igual que con la teoría de Gellner, hay matices referentes al nacionalismo étnico en Japón que vale la pena recuperar, no obstante, este tema se abordará a fondo en el capítulo cuatro.

japonés tenía sobre sí mismo, al quedar en entredicho las creencias en la superioridad de Japón por su linaje imperial eterno y la infalibilidad del *tenno*.

La influencia de los preceptos religiosos en la construcción de la Nación no es única del caso japonés. Anthony Smith (1995) ha enfatizado el rol de la mitología en el establecimiento de las identidades étnicas, pues éstas contienen los rasgos distintivos de cada individuo que le permiten identificarse con los otros en referencia a algo primordial que les une. Mas las grandes transformaciones del siglo XX concluyeron en la desmitificación de las narrativas nacionales, al menos en su institucionalización. Para ello, era indispensable la racionalización de la Historia como una disciplina académica.

Sin embargo, en las últimas décadas, el resurgimiento del nacionalismo japonés en su vena más tradicional, se ha vuelto un tema de constante debate. Muchas de las narrativas referentes al simbolismo japonés de principios del siglo XX que se pensaban extintas de la esfera pública japonesa volvieron a cobrar relevancia encabezadas y oficializadas en la figura del entonces primer ministro Shinzo Abe, quien encabezaría un movimiento de revisionismo histórico que serviría como catalizador de la reinvenición del nacionalismo japonés.

En la esfera social este tipo de ideología exagera la necesidad de mirar a la historia para reinterpretarla de manera tal que los discursos étnicos (y por asociación nacionalistas) sostengan una serie de características exclusivas de la membresía de la nación, lo cual, en el caso japonés, implica desenterrar los símbolos que cayeron al final de la guerra, en aras de un nuevo movimiento de literatura *nihonjinron* que apunta a la existencia de un Japón multiétnico que absorbe todo dentro de su esfera de lo *japonés* pero sin permitir una diferenciación entre la etnia y la nación.

Esta última cuestión es clave para la discusión del presente trabajo de tesis, por lo que el siguiente capítulo abordará las implicaciones del *nihonjinron* en la actualidad, una renovada construcción de nacionalismo étnico y su papel para con los *Zainichi*.

### **3.7 Discusión: *Nihonjinron* y el otro**

El nacionalismo japonés surge como un constructo que se encuentra en constante rediseño. Las diferenciaciones étnicas que aparecen en el centro del carácter japonés son el constante referente para entenderse a sí mismos. Si las nociones de etnia y nación son inseparables en la naturaleza secular del pueblo japonés, poco se puede argumentar en su interpretación del otro sin reducirlo a lo “no japonés”.

El discurso del Japón heterogéneo fue el discurso predominante durante la preguerra como un elemento aglutinador que sirviera para apoyar el expansionismo militar japonés en Asia. Sin embargo, éste terminó por actuar en contra del pueblo japonés una vez que se rompieron los designios expansionistas, por lo que después de la derrota en la segunda guerra mundial ya no hubo lugar para la diferenciación entre el mito primordial, que dotaba de significado a la nación y la etnia. De esta manera, la derrota de la nación implicaba a su vez la desgracia de la etnia. Esto llevó a Japón a buscar la reafirmación de su carácter único a manera de hacer sentido de la Nación durante y después de la ocupación del SCPA, por lo que la admisión del otro resultaba en algo difícil de negociar en la nueva reorganización de la nación japonesa.

Producto de esta necesidad, la literatura *nihonjinron* encontró un auge importante en su explicación y reinención de la idea de nación con base en la etnia. Pronto, estos discursos abonaron a las tendencias políticas de los partidos políticos japoneses, quienes describían

una invención-mezcla entre nacionalismo y etnia para prescribir lo “japonés”, y cómo lo que no podía identificarse como “étnicamente japonés” no tenía cabida en el concepto de nación que tan cuidadosamente habían construido.

En medio de las tensiones políticas en Asia del Este, esta tendencia resulta inquietante, pues muchas heridas infligidas durante la guerra aún siguen abiertas, ya que Japón se ha visto renuente a aceptar su responsabilidad en algunas de ellas. Durante los primeros años después de la guerra, la postura era la evasión a las acusaciones, cediendo a la presión internacional cuando esta se volvía objeto del discurso en los partidos opositores, pero sin emitir una postura determinante al respecto. Pareciera que Japón mantiene esa caja siempre abierta para ajustar los intereses de la sociedad a las pretensiones políticas, siempre contenidas en la cuestión de la etnia.

Es importante reconocer que como la literatura *nihonjinron*, en su ontología, es autocontenida (como cualquier discurso de identidad nacional) siempre está imbuida de tensiones dualistas (el yo y el otro). Incluso si la literatura *nihonjinron* busca llenar el vacío simbólico, lo hace en referencia a la distinción de lo japonés de lo que no es, entre la inquietud y la contención de la identidad, esto en aras de una hegemonía cultural (Oguma, 2001).

Como se planteó a lo largo del capítulo, el concepto de *lo japonés* ha sido moldeado una y otra vez para promover el entendimiento de lo que constituye al ciudadano japonés tanto en lo legal como en lo social. Si bien en los *Zainichi* la determinación étnica es importante a la hora de la constitución de una identidad con base a su pasado colonial y la inmanente memoria de Choson, la conceptualización de otros pueblos en Japón como los

Ainu y los pobladores de Okinawa es casi imposible dentro de la esfera de análisis del Japón homogéneo.

No obstante, durante los últimos años, el gobierno de Abe llevó a cabo cambios significativos en la narrativa de lo *japonés* de manera tal que en 2016 sus políticas abrieron paso a la noción de un Japón multiétnico (diferente del étnicamente heterogéneo), en el que se pretende volver a Japón un país más inclusivo a partir de la acepción de una variedad de etnias en su suelo, pero que no necesariamente comprenden lo que legal y socialmente significa lo *japonés*.

En el siguiente y último capítulo, se discutirá la cuestión relativa a la narrativa sobre un Japón multiétnico que sugiere la propuesta del gobierno de Abe, en cuyo núcleo no pretendía asimilar a los grupos exógenos a lo japonés, sino distorsionarlo de manera tal que los grupos minoritarios se invisibilizaran en aras de un renovado nacionalismo étnico.

## CAPÍTULO IV

### **¿Japón Multiétnico? Una discusión sobre la actualidad de los *Zainichi***

Según escribió Anthony Smith (1996) la historia ha sido siempre el motor de la construcción del nacionalismo y de la noción misma de nación y opera como catalizador de los relatos que se reproducen de manera oficial. Así, los gobernantes revisan y replantean los fundamentos del Estado-nación para ponerlos en consonancia con las necesidades de los tiempos. Las definiciones más antiguas del nacionalismo demuestran la centralidad de la Historia como elemento principal en la construcción del concepto de nación (Mill, 1958).

Desde el siglo XIX, historiadores alrededor del mundo se han encargado de construir narrativas históricas que apunten a las raíces particulares de su nación en un intento por reforzar su legitimidad (Smith, 1995). Estos esfuerzos políticos llevaron a la fabricación de mitos que dotaron de un carácter divino a sus concepciones de nación con la intención de concientizar a los pueblos sobre la antigüedad de la Nación (Saaler, 2016).

#### **4.1 Revisionismo Histórico**

Al revisar la literatura *nihonjinron* parece imposible concebir al Japón contemporáneo sin tener siempre presente el contexto histórico de las acciones imperialistas, discriminación y barbarie acometidas en la región asiática. A partir de esta información los discursos políticos suelen reinventar de manera distorsionada las referencias a estas acciones acaecidas. Tal variedad de interpretaciones ha generado conclusiones controvertidas, o para decirlo de mejor manera, a la ausencia de una conclusión terminante, haciendo que este pasado ominoso permanezca como un capítulo inconcluso de la historia política japonesa.

Por esta razón no resultan de ninguna manera impropias las reacciones de disgusto que China y Corea del Sur, los vecinos más cercanos a Japón, así como de otros lugares del Sureste de Asia manifiestan cada vez que llegan a sus oídos, nuevas versiones edulcoradas de las acciones japonesas perpetradas durante la segunda guerra mundial. Un caso recurrente puede ejemplificarse con lo ocurrido a principios de los años noventa, cuando se hizo una enésima revisión de los libros de texto de historia, donde las agresiones japonesas en China, son presentadas como un proyecto de liberarla del colonialismo occidental. De esta manera se magnifica la idea de un Japón heroico, sin hacer referencia alguna a las atroces masacres acometidas por la soldadesca nipona (Bix, 2015).

Durante esta misma década hubo una proliferación de discursos políticos que denostaban las visiones autocríticas de la guerra y exigían que se limpiaran las manchas del pasado en la narrativa moderna de Japón, pues en la opinión de sus autores, no puede calificarse la participación japonesa en la guerra en el Pacífico como un acto de agresión, sino que realmente se emprendió en pro de la defensa de los pueblos asiáticos (Saaler, 2016).

Uno de los adalides de este movimiento de revisión histórica fue el entonces joven parlamentario Shinzo Abe, quien de acuerdo con Saaler (2016) jugó un rol importante como uno de los organizadores del Comité de Examinación de la Historia, cuyo principal objetivo era la reinterpretación de los crímenes de guerra<sup>32</sup> que habían expuesto ante los ojos del mundo que Japón luchó una guerra de agresión.

---

<sup>32</sup> Entre los juzgados por estos crímenes, se encontraba su abuelo, Nobusuke Kishi, quien formó parte del gobierno ficticio de Manchukuo en el Noreste chino, tristemente célebre por sus brutales acciones de gobierno, quien fue exonerado. Más adelante sería el primer ministro que apoyó la revisión del tratado con Estados Unidos, en 1960 y provocó una grave crisis política.

Pese a que estos pronunciamientos no representan la totalidad del sentimiento de la sociedad del Japón contemporáneo, resulta que los argumentos del revisionismo histórico promovido por Abe adquirieron una inusitada fuerza en la esfera pública en años recientes. De acuerdo con Saaler (2016), la explicación se encuentra en que muchos de sus autores han sabido utilizar el apoyo otorgado por los partidos conservadores en el poder, para publicar libros y artículos en los que se hace eco del contenido de las versiones propaladas por el Comité de Examinación de 1995. De hecho, muchas de las figuras que han acometido estas tareas están directamente vinculadas a Shinzo Abe.

De esta manera se observa que las manifestaciones nacionalistas contemporáneas han transitado de una evasión pasiva a la afirmación agresiva de una verdad histórica que obedece a los dictados de un poder gobernante que con base en estas narrativas ha propuesto importantes reformas en materia de seguridad nacional, migración y economía en Japón (Envall, 2018).

Ante esta situación se hace necesaria la insistencia en no quitar el dedo del renglón de los hechos acontecidos durante la guerra como es el caso del número de mujeres de solaz y esparcimiento o esclavas sexuales coreanas que fueron forzadas a servir a los miembros de las fuerzas armadas imperiales japonesas acantonadas en Asia, por largo tiempo ignoradas, sobre las que hoy se conoce una abrumadora evidencia de que esta práctica fue bastante común, en detrimento no sólo de mujeres coreanas sino también chinas y filipinas (Cortazzi, 2015).

Por tanto, es importante señalar que dichas acciones no deben borrarse de la memoria colectiva del pueblo nipón porque de ser así, no sólo se invisibilizan los crímenes

de guerra ante el mundo, sino también se inhibe la reflexión que los japoneses deben hacer sobre tales hechos nocivos.

Lo anterior no significa que las posiciones nacionalistas del gobierno de Abe hayan abrigado propósitos de expansión, pero plantean la duda de que, en cierto sentido, parecía seguir pasos similares hacia esa dirección, tal vez buscando ejercer una mayor concentración de poder en el archipiélago. Nadie puede eludir el hecho de que esas tendencias han sido útiles a los gobiernos conservadores para legitimar el antagonismo con el “otro” sobre todo si ese otro ha estado por generaciones asentado en su territorio. Por tanto, resulta evidente que bajo la administración de Shinzo Abe, las tendencias ultranacionalistas tuvieron auge, un fenómeno que en el mundo actual empieza a ser común en otros países donde los partidos conservadores han ganado poder (Surak, 2019).

#### **4.2 Multiculturalismo en Japón**

En este acápite se analizará el aspecto relativo a la tendencia hacia el multiculturalismo, una cuestión que muestra cómo, a pesar de todo, Japón no puede sustraerse de lo que acontece en otros lares del mundo. Si bien la constante reinención del nacionalismo japonés apunta a una suerte de homogeneidad de su sociedad basada primordialmente en las características étnicas, hoy en día pareciera que éste transita hacia el terreno de lo multicultural tal como acontece en otros lugares del mundo.

El multiculturalismo es un concepto relativamente nuevo en Japón. Su extracción europea y sobre todo estadounidense requiere tener presente su origen ajeno, por lo que autores como Stephen Nagy (2012), advierten que, si se pretende hablar de

multiculturalismo en Japón, es importante reinterpretar sus preceptos y acepciones para ponerlo en el contexto del desarrollo histórico japonés.

La importación de conceptos eurocéntricos para la interpretación de fenómenos acaecidos en Asia del Este, particularmente en lo referente a las especificidades relativas a la determinación de lo *japonés*, encuentra muchos puntos ciegos a la hora de compararlo con otros países.<sup>33</sup> Por ello, pensar a Japón en términos multiculturales corresponde más a un proceso en el que Japón se vuelve más consciente del fenómeno de la globalización que lleva al gobierno a promover una idea de Japón acorde con los requerimientos de la opinión internacional, y no a un flujo migratorio en el que Japón se mantenga como país destino como fue el caso de las potencias europeas (Graburn & Ertl, 2008, en Nagy, 2012). De acuerdo con Horan (2017): “La idea del multiculturalismo, como tal, es integral para la imagen de un ‘Japón Internacional’ como un jugador importante en el mundo globalizado. También da la impresión de que la diversidad es algo nuevo para Japón, pese a que la realidad prueba lo contrario” (pp. 13-14).

En este punto radica la importancia de considerar la exploración del desarrollo de lo *japonés* desde la literatura *nihonjinron*, pues, como lo expresa Horan, pareciera que la diversidad en el discurso del Japón homogéneo es un fenómeno novedoso fruto del proceso de la globalización. No obstante, según se ha apuntado en esta tesis, podemos remontarnos a una serie de ejemplos que van desde el descubrimiento de la tumba de Takamatsuzuka, la

---

<sup>33</sup> Desde siempre, los japoneses han mostrado ser muy sensibles respecto a la opinión extranjera, sobre todo de la europea y estadounidense no así la de los asiáticos, en particular sus vecinos inmediatos China y Corea (Norte y Sur).

movilización de súbditos coreanos al archipiélago japonés, y la presencia de los pueblos Ainu y Ryukoku,

En el caso de estos pueblos, debe partirse de que ambos grupos vivían en los extremos norte y sur de Japón, separados del resto de los habitantes del archipiélago, los primeros empezaron sus contactos con el gobierno central de Japón entre los siglos XI y XII cuando se incrementaron las transacciones comerciales, y fue hasta la era Meiji, en 1879, cuando se formalizó la hegemonía sobre el pueblo ainu, iniciando un proyecto de colonización/asimilación que en su decurso planteó la contradicción entre exclusión e inclusión dentro de la sociedad japonesa, como después aconteció con los coreanos. Los segundos vivieron en el reino de Ryukyu que desapareció en 1890, año en que empezó el proceso de asimilación a Japón, de una manera similar.

De lo anterior se infiere que Japón nunca ha sido étnicamente homogéneo, por más que en sus reinenciones nacionalistas se asuma como tal. El problema con la invención del mito de la homogeneidad es que invisibiliza tanto el proceso histórico que comprende el recorrido de diferentes etnias y culturas conviviendo en el territorio japonés, relegándolos a un fenómeno nuevo y cuya aparición se explica a partir del crecimiento del mercado internacional (Kevin Doak, 2007). Por tanto, la crítica hecha por los estudiosos de la transformación de lo *japonés* gira en torno a la explicación que afirma que, desde sus orígenes, Japón siempre ha sido multiétnico, con la reserva de que tales consideraciones deberían entenderse desde la invisibilidad sistemática de los grupos minoritarios, y no como el esfuerzo deliberado de connotar un Japón étnicamente heterogéneo como el de la preguerra que guio la campaña imperialista como una bandera ideológica.

Debe entonces entenderse que, desde la visión de la historia colonial japonesa, los debates entre la asimilación y la coexistencia son vistos con recelo, ya que dicho pasado histórico complica la credibilidad de un plan de coexistencia multicultural, porque directamente cuestiona la noción de ciudadanía, etnia y nacionalidad, especialmente en el contexto de una identidad nacional homogénea (Burgess, 2010). Cabría preguntarse entonces ¿cuál es el futuro de las minorías étnicas en el actual Japón? Si el gobierno de Abe promovió una narrativa donde el revisionismo histórico que exacerbó un nacionalismo étnico ¿Qué lugar les reserva a los *Zainichi*? Si la tradición en política exterior japonesa es ceder a la presión internacional y la globalización cuela su interpretación del mundo sin barreras ¿Qué estrategias se adoptaron durante la administración de Abe?

#### **4.3 El Camino hacia un país hermoso, el nacionalismo étnico de Abe**

En 2006, durante su primer periodo como primer ministro de Japón, Abe publicó el texto "*Utsukushii kuni e*" ("Hacia un País hermoso"), en el que expuso sus intenciones y ambiciones políticas hacia la sociedad. Este escrito puede ser considerado como un manifiesto de lo que sería la ideología que, a la manera del timonel de un barco, conduciría a Japón hacia una nueva forma de entenderse a sí mismo, que no es otra que la reiteración del concepto trillado de lo *japonés*, con lo cual vino a complicar más la situación de las minorías, especialmente la de los residentes coreanos en Japón. En esta obra Abe dejó muy en claro su visión sobre la defensa nacional, la economía, la seguridad social, el bajo índice de natalidad y el envejecimiento de la población, estas cuestiones lo llevan a reinterpretar el nacionalismo revestido de políticas conservadoras y proteccionistas.

#### 4.3.1 De *minzokushugi* a *kokuminshugi*

Según Horan (2017), la razón de que la definición de nacionalismo tenga un impacto tan grande en la construcción de lo *japonés*, radica en que implica el planteamiento de condiciones que le pudieran permitir a un individuo ser considerado japonés en caso de que se abandone el sistema de *jus sanguinis*, en el que se considera a la raíz étnica como base de la nacionalidad. A esta forma de nacionalismo se le conoce como *minzokushugi*.

La forma de nacionalismo que Abe propuso era el *kokuminshugi*, en japonés *kokumin* pueblo o nación, lo cual pone énfasis en la relación entre el Estado y lo nacional. Por lo tanto, *kokuminshugi* resulta ser el nacionalismo cívico, con lo cual se “propone que la ciudadanía se entienda a partir de la identificación con los símbolos japoneses tales como la bandera o el himno nacional” (Doak, 2007, p. 271). Horan (2017) hace hincapié en que esta noción de nacionalismo cívico representa el cambio crucial en el nacionalismo de Abe, porque establece que la asociación del individuo con la nacionalidad deje de ser entendida en términos biológicos y se reemplace por la relación directa con el Estado, lo cual representa la posibilidad de permitir la integración de personas que orbitan fuera de lo *japonés* en el Estado-Nación, y de esta manera dar una posible respuesta al problema del envejecimiento de la población japonesa y su bajo índice de natalidad.

Sin embargo, es importante advertir que este libro fue publicado en 2006, cuando Japón entreveía su conversión en la segunda potencia económica del mundo, después de Estados Unidos. Más tarde fue reeditado en una versión actualizada en 2017, en el que China está más cerca de ocupar ese lugar. De tal manera, las políticas de un nacionalismo cívico obedecen a la necesidad de salvaguardar la economía japonesa y no a un interés genuino de

volver a Japón un país que busque construir una sociedad en la que se admita una separación entre la etnia y la nacionalidad:

Cuando Abe propuso el cambio de definición de *minzokushugi* a *kokuminshugi* este último es visto desde el concepto de lo *japonés*, por lo que la propuesta de definición es otro paso en la cambiante narrativa de inclusión y exclusión en Japón. No obstante, si bien a primera vista el entendimiento de *kokumin* parece ser más inclusivo, esto ha generado debate sobre si las relaciones de un individuo con el Estado y la bandera deberían ser los únicos requisitos que lo califiquen como *kokumin* (Horan, 2017. pp. 24-25).

Con grupos minoritarios como los *Zainichi* o los ainu, que nacieron y crecieron en Japón y han estado lejos de su inclusión en el concepto del *kokumin*, cabe preguntarse entonces si la claudicación a una identidad cultural que esté fuera de lo *japonés* no dificultaría la obtención de la ciudadanía japonesa (Burgess, 2010). En otras palabras, si acaso es posible conservar dentro del concepto de *kokumin* la herencia cultural coreana, la nostalgia por una Corea imaginada, las tradiciones y los usos y costumbres que como minoría segregada han construido. Se podría argumentar que, con el cambio a un nacionalismo cívico, enfatizando la lealtad hacia el Estado, Abe abandonó a los *Zainichi* y a otros grupos minoritarios en el archipiélago, cuyas identidades complican la validez y ejecución de su proyecto de nacionalismo.

El punto ciego del nacionalismo cívico de Abe, entendido desde su revisionismo histórico, es que utiliza una reinterpretación de los hechos para construir una narrativa que defina lo *japonés* desde la relación con el Estado, dejando de lado otros aspectos más importantes que se escapan a la construcción del Japón contemporáneo tales como la identidad, un constructo independiente de lo cívico, con dimensiones sociales, culturales e

históricas. Por lo que concatenar la nacionalidad en términos cívicos crea una situación de exclusión y xenofobia hacia los coreanos residentes en Japón. Morris-Suzuki (2017) afirma que:

La nueva concepción del nacionalismo de Abe asume que el fenómeno del nacionalismo puede ser dividido fácilmente en las variables “étnico” y “cívico”, el segundo siendo moralmente superior al primero. Pero la visión maniqueísta en la que existen dos tipos de nacionalismo, uno bueno y otro malo, el étnico ha sido criticado por muchos académicos, quienes señalan que las nociones de raza, cultura, tradición y ciudadanía que revisten al nacionalismo son demasiado complejos para descomponerlos en esta simple fórmula (p. 3).

Al transformar la narrativa del nacionalismo a lo que en apariencia representa un desprendimiento del componente étnico, es posible pensar en la desaparición de las barreras de lo *japonés* como una estrategia política de Abe para configurar su “país hermoso”. No obstante, considerando la lealtad nacionalista que muchos *Zainichi* no profesan ante el Estado japonés, el *kokuminshugi* de Abe parece tratarse menos de la inclusividad y más sobre el intento de remover de la identidad japonesa los escollos de la culpa y la memoria de las atrocidades cometidas durante la colonia, una constante en la visión de Abe de su propia historia política respecto a la segunda guerra mundial (Horan, 2017).

Para concluir este punto, retomaremos la noción con la que se avisaba el multiculturalismo a principios de este capítulo. Si sólo se mira al Japón contemporáneo, los esfuerzos por parecer más “inclusivo” terminan por invisibilizar a las minorías en Japón. Es importante entender el contexto histórico que llevó a estas comunidades a ser excluidas de la esfera de lo *japonés*.

#### 4.4 Discusión: Los *Zainichi* en el Japón Multiétnico

Partiendo de lo anteriormente expuesto con relación a la fluidez del concepto de lo *japonés* y su impacto en la construcción del nacionalismo, desde la concepción imperialista del Japón étnicamente heterogéneo, pasando por el mito del Japón homogéneo hasta la reciente narrativa de un Japón multiétnico como mecanismo que, paradójicamente, devuelve la lealtad hacia el Estado como otra forma de nacionalismo, es pertinente hacer un análisis colocando a los *Zainichi* en el centro.

Convendría hipotetizar si el cambio a un nacionalismo cívico en la narrativa de Shinzo Abe, lejos de dotar a la sociedad japonesa de un carácter más inclusivo en términos étnicos, quizá busque crear las condiciones para atraer mano de obra extranjera con el fin de cerrar las brechas marcadas en el ejercicio de prospección económica mencionado, provocadas por el bajo índice de natalidad y el envejecimiento de la población, dejando a los *Zainichi*, quienes han vivido en territorio japonés en comunidades imaginadas basadas en una idea de su propia identidad, excluidas de este nuevo entendimiento de lo *japonés*, que impele erradicar de la memoria las comunidades coreanas y el pasado colonial de Japón.

Analizando con lente constructivista desde el cual la intencionalidad de la sociedad es co-constituyente del Estado, la idea de un Japón multiétnico concibe que en el país coexiste una variedad de grupos étnicos que para poder formar parte de lo *japonés* deben profesar lealtad hacia los símbolos nacionales japoneses, lo cual significaría despojar a los *Zainichi* de la posibilidad de entenderse en términos legales como japoneses sin menoscabo de su herencia étnica. En este sentido, el Japón multiétnico plantea una distinción entre quienes son étnicamente japoneses y quienes no. El cambio de *minzokushugi* a *kokuminshugi* coloca

entonces otra pregunta en la mesa: ¿Cómo definir lo que ya formaba parte del *kokumin* antes de este nuevo entendimiento del nacionalismo?

Si retomamos el planteamiento de Fukuoka (2000) en el que la etnia y la nacionalidad están intrínsecamente ligadas en el imaginario de lo japonés, volver al nacionalismo en una cuestión cívica reafirma que es imposible profesar una herencia étnica diferente a la del lazo sanguíneo japonés. Por ejemplo, en el caso de Estados Unidos (cuyo sistema de obtención de la nacionalidad es el *jus solis*), la cultura, la etnia y el linaje son irrelevantes para la obtención de la nacionalidad (pese a la discriminación abyecta en el tratamiento de grupos minoritarios). La narrativa de la multietnicidad en este caso opera a favor de la visibilidad de los diferentes grupos que componen el entendimiento de lo que es ser *estadounidense*. En este caso, la concepción de un país multiétnico exige un reconocimiento de la variedad de culturas que lo componen, incluso en la constante lucha contra la discriminación encuentran refugio en la ideología nacionalista que subyace a en la construcción del Estado.

Sin la misma base legal de partida, como sucede con los coreanos en Japón y su particular relación con el pasado colonial japonés, en el nuevo nacionalismo japonés que busca extender esa brecha, los *Zainichi* son excluidos de un tratamiento equitativo en la esfera tanto política, como social. La sociedad japonesa no reproduce este discurso como un mecanismo de acción política para la inclusión de las minorías étnicas, sino por el contrario, constituye una narrativa que en el fondo busca excluirlos. Debido a que la construcción ideológica del Japón multiétnico de Abe aparece el nacionalismo étnico encubierto por el disfraz de un nacionalismo cívico, este representa un proyecto de nación a todas luces

conservador, en el que más bien pretende construir una narrativa vertical que permita dar otra vuelta a la rueda de la identificación de lo *japonés*.

No obstante, como hemos planteado en el segundo capítulo, la relación de los *Zainichi* ante este distanciamiento es bilateral, una forma de segregación que construye comunidades entre ellos basadas en sus vínculos imaginarios con la península coreana. Por lo que la acentuación de la otredad en el grupo endogámico se vuelve, incluso, reaccionaria (Gayo, 2001). Al respecto, Itagaki (2015) argumenta que los grupos conservadores en Japón refieren a la renuencia de la obtención de la nacionalidad de los *Zainichi* (es decir, la claudicación de la etnia y la profesión de la lealtad cívica al Estado) como una acción política encaminada a servir de lobby a ambas Coreas.

El abuso de las diatribas y el acoso a las minorías en Japón y a los extranjeros parece ser la consigna que anima al sector de grupos conservadores. El grupo reaccionario más reacio a las políticas de Abe es el llamado Asociación Civil contra los Privilegios de los Residentes Coreanos (*Zaitokukai*), fundado en 2007, que tomó fuerza durante la administración de Abe debido a su percepción de que el cambio del discurso del Japón homogéneo al de una coexistencia multicultural representa una amenaza al futuro de Japón (Morris-Suzuki, 2017; Shibuichi, 2015).

Paradójicamente, la desconexión entre los miembros del *Zaitokukai* y la realidad de las minorías coreanas, omiten que el cambio al Japón multiétnico de Abe termina por exacerbar el nacionalismo étnico y por abandonar a los *Zainichi* en un limbo legal aún más complejo. El asunto con *Zaitokukai* es que lucha por que los coreanos sean tratados como

extranjeros, que no reciban ningún trato especial del gobierno tal como la Residencia Especial Permanente (Robillard-Martell y Laurent, 2019).

A pesar de que se trata de un grupo xenófobo militante, el *Zaitokukai* no ha utilizado tácticas que consistan en atentados de ataque físico, pero sí promueven un discurso de odio hacia los *Zainichi*; además de promover de manera ostensible la imagen de un Japón proteccionista. Al respecto, Shibuichi (2015) observa que el *Zaitokukai* insiste en oponerse “a dar un trato privilegiado a los residentes extranjeros reiterando que sólo los ciudadanos japoneses constituyen el único grupo que puede aspirar al derecho a la protección del Estado y la sociedad” (p. 720). Este asunto reviste un particular interés cuando se observa la manera como los políticos y grupos radicales se comportaron, durante el gobierno de Abe. Cabe señalar que, muchos de los estereotipos de criminalidad atribuidos a los coreanos, han tenido un efecto en la identidad *Zainichi*, manifestado en la conducta de algunos hombres *Zainichi* que han visto en estos estigmas un elemento positivo que los lleva a asumirse como el “chico malo” y, por tanto, la asumen como un elemento propio de la identidad *Zainichi* contemporánea (Wagatsuma, 1982, en Robillard Martell y Laurent, 2019).

Durante mi estancia de investigación en Asia tuve la oportunidad de hospedarme en el barrio coreano de Tsuruhashi, Osaka, donde normalmente la asociación *Zaitokukai* suele expresar sus manifestaciones contra los coreanos. El 29 de octubre de 2019, ocurrieron varias reuniones organizadas para denostar las conversaciones entre Abe y el presidente sudcoreano, Moon Jae-in, con vistas a la renegociación de la remoción de la lista blanca de exportaciones que Japón había impuesto a Corea del Sur. En la opinión de estos grupos conservadores, dicho acercamiento representaba un amago que buscaba dar marcha atrás a

las políticas proteccionistas en medio de las tensiones comerciales con Corea del Sur. Si bien la tirantez ha sido la tónica predominante de las relaciones entre los gobiernos de Japón y Corea del Sur, resulta importante recalcar que las protestas del 29 de octubre, tuvieron lugar en uno de los barrios con mayor número de residentes de ascendencia coreana, muchos de los cuales tienen la nacionalidad japonesa.

Este tipo de manifestaciones pareciera indicar la noción de que los *Zainichi* son un lobby político de las Coreas o bien, la simple muestra de rechazo a lo coreano como una forma agresiva de protección al país del sol naciente. Esta consideración es importante, porque las tensiones en el ámbito de la política exterior tienen repercusiones en el comportamiento reaccionario hacia comunidades cuya única relación con Corea del Sur es la de una identificación imaginaria. Dicho de otra manera, aunque las comunidades coreanas residentes en Japón no tienen injerencia en las relaciones políticas entre ambos Estados, resultan ser el blanco para descargar el descontento de los grupos radicales.

Algo que considero de particular interés en mi experiencia como observador de estas protestas, fue el carácter proteccionista contenido en el repertorio de las acciones y consignas expresadas por los manifestantes de la *Zaitokukai*, que muestra una obstinación en volver al pasado evocando símbolos nacionalistas que han sido reinterpretados con el propósito de construir una nueva narrativa del ayer imperialista de Japón. Ahora aparecen automóviles tipo miniván negras con banderines y estampas del estandarte del radioso sol naciente, símbolo ubicuo durante la campaña imperialista en Asia.

Estos automóviles circulaban en las calles aledañas a la estación Tsuruhashi mientras por altavoces clamaban abiertamente el rechazo a la permanencia de los residentes coreanos

en Japón. Asimismo, aludían al supuesto beneficio que recibían por parte del Estado, según lo mostraba el acercamiento entre Abe y Moon, que no dejaba duda de que Corea del Sur era el único beneficiado del intercambio comercial entre ambos países.

De acuerdo con la visión de Charles Tilly (2005), los repertorios de contención social son aquellas herramientas u objetos (pancartas, símbolos), así como acciones de protesta (manifestaciones, marchas, huelgas de hambre, etc.) utilizadas en una manifestación, las cuales responden a un contexto específico. En el caso de las manifestaciones de protesta de *Zaitokukai*, el repertorio podría informar sobre la manera en que se conduce la coexistencia entre el Japón homogéneo (rechazo a la otredad) y la invisibilidad de los *Zainichi* en una supuesta narrativa de un Japón de coexistencia multiétnica. Si bien ambas narraciones se presentan como diferentes, en su raíz subyacen el nacionalismo japonés de la actualidad y la influencia que ejercieron las políticas de Abe.

Si la estructura es capaz de recrear estas narrativas en un contexto de retroalimentación con el agente, el discurso nacionalista se vuelve en un mundo intencional que, a la par que se va ganando terreno político, reproduce un sentimiento neoconservador como parte de la identidad japonesa en la actualidad.

Estas políticas revisten interés en una coyuntura en la que el crecimiento económico de China y de la industria cultural sudcoreana, aunada a la supuesta amenaza nuclear de Corea del Norte, encuentran en el proteccionismo la vía de respuesta que mejor podría garantizar la estabilidad de Japón en un escenario en el que la economía japonesa apunta hacia la recesión. Resulta evidente el funcionamiento del nacionalismo étnico como discurso

ideológico que permite identificar el concepto de lo *japonés* y al mismo tiempo sirve de instrumento político para el sostenimiento del Estado.

Tomando el caso de los *Zainichi* como ejemplo de las tensiones de reacción nacionalista, cabe preguntarse si el panorama de un Japón multiétnico no es en sí mismo una nueva forma sistemática de continuar afirmando que la unicidad de lo *japonés* no admite que esté fuera de la norma. La que en un escenario de nacionalismo cívico como el propuesto por Abe se refiere a la lealtad al Estado.

Si concebimos al nacionalismo japonés como un objeto intencional construido por un grupo para legitimar sus ideologías neoconservadoras, cabe preguntarse en qué tipo de sociedad quiere convertirse la japonesa en albores de un decrecimiento socioeconómico, y si acaso estas prácticas no van en detrimento de un proyecto viable para el sostenimiento de Japón.

Japón plantea acciones de atracción de mano de obra calificada para su territorio, pero sigue sin ofrecer oportunidades de vida equitativas para los *Zainichi* a menos que se asimilen y presenten tal cual el nacionalismo cívico demanda. Virar la atención hacia una fachada de nacionalismo multiétnico hacia afuera sin antes detenerse a mirar hacia adentro, hacia las comunidades que han estado atrapadas en un limbo legal e identitario no augura un futuro equitativo para los coreanos en Japón y, quizá, otros grupos de ascendencia étnica que divergen de lo “puramente japonés” según opere el nacionalismo étnico.

El sentimiento neoconservador ha disparado el proteccionismo hacia los migrantes, algo de por sí latente en la cultura japonesa, pero que se acentúa sobremanera cuando la existencia y práctica de grupos xenófobos en Japón retoman el discurso construido a partir

del revisionismo histórico de Abe en el que el papel de los coreanos siempre aparece como aquel que más incomodidad causa.

El nacionalismo japonés se torna entonces en una guía normativa (si bien social y no jurídica) para juzgar las acciones en torno a la preservación y protección de la cultura ante el *otro* coreano, y por lo tanto en la toma de decisiones por parte de la estructura, algo que se ve reflejado en que cada día el Partido Liberal Democrático sigue cimentando su poder como cabezas de Estado.

## CONCLUSIONES

Hemos hecho apenas un breve recorrido por la historia de uno de los fenómenos migratorios cuya actualidad legal y social se nos presenta como una situación de manifiesta desigualdad en la que han convergido una cauda de acontecimientos históricos de tono dramático, en la que a la evocación nostálgica del antiguo reino Choson se añade la infausta memoria del pasado colonial que se sostienen como una línea que atraviesa a los *Zainichi*, en un sentido contrapuesto de alejamiento o reafirmación.

Ha pasado más de un siglo desde que la movilidad social producto de la colonización desarraigó a los coreanos de su solar natal y los trasplantó en una tierra en la que han vivido cuatro diferentes generaciones, transitando de su condición de súbditos del emperador de Japón, a una condición de apátridas y finalmente a permanecer en Japón en calidad de residentes extranjeros. Durante todo este proceso su existencia se ha debatido entre el dilema de mantener sus raíces étnicas y contemporizar con la sociedad japonesa la que, por su lado, se muestra renuente a la convivencia con extranjeros. Sin embargo, la tendencia parecería apuntar a que la herencia étnica sea relegada al olvido. Tal cual advertía Tei Taikin en 2001, la nacionalización sería la vía para garantizar una mejor forma de vida para los *Zainichi*. En su trabajo escribía que, ante las desventajosas condiciones de vida como residente extranjero en Japón, así como los prejuicios sociohistóricos arraigados en su etnia, la mejor opción era optar por la opción de la nacionalización.

No obstante, Tei también traía al frente que la invocación a la memoria persiste debido a que la misma asimilación a lo *japonés* nunca termina de completarse, pues por más que se quiera pasar como japonés, el propósito de desentrañar la ascendencia coreana

termina por volverse en un impedimento difícil de evitar. Por tal razón, esta obstinación se mantiene porque todavía un *Zainichi* que se precie de serlo, mantiene una lealtad a la tierra de sus ancestros, ya sea por su afiliación a cualquiera de las asociaciones que lo representan, Chongryun o Mindan, o en su defecto, a la imborrable memoria de Choson un país imaginado que, a pesar de su inexistencia, es la fuente del arraigado sentimiento de nacionalismo étnico en el que subyacen sus referentes identitarios. Por tanto, mientras Japón siga segregando a los residentes extranjeros que habitan en su suelo a través de la aplicación de estrictas políticas de nacionalización, esta memoria persistirá como una forma de resistencia, la que tal vez, pudiera ser la forma más fundamental de la identidad del *Zainichi*.

La discriminación a la que los *Zainichi* se han enfrentado a lo largo de su historia parece seguir la misma pauta de siempre, la continua adaptación a las transformaciones que al discurso de lo *japonés* le resulten más convenientes, preparando así una narrativa reaccionaria hacia el otro. A este respecto debe considerarse que el nacionalismo japonés se inscribe en una narrativa en las que se asientan las bases ideológicas expresadas en políticas y leyes que rigen la vida social de los *Zainichi* en su interacción con el Estado, una institución que es el reflejo de una sociedad, que manifiesta en su actuar cotidiano conductas discriminatorias que, en casos extremos, se expresa en acciones hostiles emprendidas por los grupos radicales.

Esta discriminación sistemática ha tenido la aquiescencia de los gobiernos conservadores como fue el caso del encabezado por Abe y promete ser también el del recientemente electo 99º Primer Ministro de Japón, Yoshihide Suga, personaje cercano a las posiciones reaccionarias de su predecesor lo que augura la continuidad de muchas de las

políticas de Abe. De ser así, el futuro de las comunidades coreanas en Japón podría encontrar un nuevo punto de quiebre en el que las condiciones sociales y legales para una vida mejor revistan una desventaja y hagan que el sostenimiento de la Residencia Especial Permanente y la naturalización se vuelva una necesidad.

Lo anterior no implica pensar en una situación en términos de pasividad o con una connotación de opresión de manera abierta. Después de todo, las comunidades coreanas en Japón han subsistido por varias generaciones, interpretándose a sí mismas, teniendo como referentes su relación con el Estado japonés y sus raíces en Corea. De tal manera puede afirmarse que si alguien sabe negociar con las condiciones del país del sol naciente son ellos.

Por el momento, la idea del Japón multiétnico de Abe persiste y resulta prematuro vislumbrar si el gobierno de Suga reforzará estas políticas o, por el contrario, procederá dar un giro más a la rueda de lo *japonés*, aunque las afinidades políticas entre ambos parecieran indicar que será el primer caso. Si los *Zainichi* se encuentran en una encrucijada en el que la etnia, la cultura y la nacionalidad no pueden ser distinguidas por Japón, quizá la situación se vuelva cada vez menos favorable para quienes se mantengan en el espectro de la otredad. De tal manera que cabe reflexionar si acaso los *Zainichi* no se encuentran entre el relegamiento al olvido, la inmanente memoria histórica coreana, y una afinidad hacia un nacionalismo étnico.

¿Qué aguarda el futuro para la minoría étnica coreana en Japón? Tal vez ante la necesidad de subsistir en un clima político lleno de tantas diatribas como el de Japón y la península coreana, no quede más remedio que ceder ante el proceso de naturalización. No obstante, la exigencia al país del sol naciente para atender de manera más históricamente

sensible a esta minoría étnica queda sobre la mesa. En tanto que la vida de los *Zainichi* siga operando bajo la sombra de la precariedad, y Japón mire hacia otra dirección que no sea la de su intrincado pasado imperial, el reconocimiento de este grupo, así como otras minorías étnicas en Japón, habrá de continuar como objeto de discusión entre los círculos académicos y políticos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abe, S. (2006). *Utsukushi kuni e* [Hacia un país hermoso]. Bungei Shunju, 2006.
- Askew, D. (2001). Oguma Eiji and the Construction of the Modern Japanese National Identity. *Social Science Japan Journal*, 4(1), 111-116.
- Baldwin, F. (1979). Participatory Anti-Imperialism: The 1919 Independence Movement. *The Journal of Korean Studies*, 1, 123-162.
- Beasley, W. G. (1976). *The Meiji Restoration*. Stanford University Press.
- (1987). *Japanese Imperialism, 1895-1945*. Oxford: Clarendon Press.
- Befu, H. (1987). *Ideorogii toshite no Nihon Bunkaron* [La cultura japonesa como ideología]. Kyoto: Shisō no Kagakusha.
- Befu, H., Kazufumi, M. (1990). Empirical Status of Nihonjinron: How Real is the Myth?, in *Rethinking Japan*. Editado por Adriana Boscaro, Franco Gatti y Massimo Raveri. New York: St Martin's Press, pp.124-33.
- Bix, H. (2015). Showa History, Rising Nationalism, and the Abe Government. *The Asia Pacific Journal. Japan Focus. Volume 13, Issue 2, N. 4*.
- Borton, H. (1955). *Japan's Modern Century*. The Ronald Press Co., 1955.
- Burgess, C. (2010). The 'Illusion' of Homogeneous Japan and National Character: Discourse as a Tool to Transcend the 'Myth' vs. 'Reality' Binary, *The Asia-Pacific Journal*, 9-1-10.
- Cabinet Office, Government of Japan. (2010). *Survey on Foreign Residents*.

- Ceballos, K. (2014). *Zainichi Korean: The issue of Identity. Hankuk University of Foreign Studies, Global Cultural Contents.*
- Chapman, D. (2008). *Zainichi Korean Identity and Ethnicity.*
- Cheng, L., Bonacich, E. (1984). *Labor Migration Under Capitalism.* Berkeley.
- Cho, Y. (2016). *Koreans in Japan: A Struggle for Acceptance.* Law School International Immersion Program Papers, No. 2 (2016).
- Chon, C. (1972). *Chongyeon Yonkuu* [Un estudio sobre Chongnyeong] Koryo University Press.
- Chung, E. (2006) *The Korean Citizen in Japanese Civil Society.*
- Conroy, H. (1956). *Chosen Mondai: The Korean Problem in Meiji Japan. Proceedings of the American Philosophical Society.*
- Cook, H. F. (1972). *Korea's 1884 Incident: its background and Kim Okkyun's Elusive Dream.* Seoul, Taewon.
- Cortazzi, H. (2015). *Japan's Prickly Revisionists. The Japan times*, recuperado en: <https://www.japantimes.co.jp/opinion/2015/04/14/commentary/japan-commentary/japans-prickly-revisionists/#.XojLG4gzblU>
- Cummings, B. (1981). *The Origins of the Korean War: Liberation and the Emergence of Separate Regimes, 1945-1947.* Princeton.
- D'Andrade (1984). *Cultural meaning systems.* En Shweder, R. A., y Robert, A. (1984). *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion.* New York: Cambridge University Press.

- De Vos, G., Lee, C. (1981) *Koreans in Japan: Ethnic conflict and Assimilation*. University of California Press.
- Doak, K. (2007). A History of nationalism in Modern Japan: Placing the People. *Handbook of Oriental Studies*. Ed. M. Blum, R Kersten and M.F. Low. Vol. 13. Leiden: Brill, 2007.
- Duncan, B, J. (2009). Confucianismo: el sistema tributario y las relaciones sino-coreanas. *Revista de Relaciones Internacionales*. Núm. 103, enero-abril de 2009, pp. 155-170.
- Duus, P. (1988). *The Abacus and the Sword. The Japanese Penetration of Korea, 1895-1910*. University of California Press, pp. 30-31,
- Ebrey, P., Walthall, A. (2006). *East Asia: A Cultural, Social & Political History*.
- Envall, H. (2018). The 'Abe Doctrine': Japan's new regional realism. *International Relations of the Asia-Pacific Volume I*, pp. 1-29.
- Feifer, G. (2001). *The Battle of Okinawa: the blood and the bomb*. Guilford, CT: Lyons Press.
- Fukuoka, Y., Tsujiyama, Y. (1992). Mintohren: Young Koreans Against Ethnic Discrimination in Japan. Traducción de John G. Russell. *The Bulletin of Chiba College of Health Science*, Vol.10, No.2.
- Fukuoka, Y. (1993). *Zainichi Kankoku-Chosenjin: wakai sedai no aidentiti* [Coreanos *Zainichi*: Identidades de las generación joven]. *Chuo Koron*
- (2000). *Lives of Young Koreans in Japan*. Trans Pacific Press.

- Gayo, M. (2001). El origen de las naciones y los nacionalismos en la obra de Anthony D. Smith y el papel de la política: Una perspectiva diacrónica. *Revista de estudios políticos (Nueva época)*. Número 114. Pp. 251-276.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*.
- Graburn, N., Ertl, J., y Kenji R. (2008). *Multiculturalism in the New Japan: Crossing the Boundaries Within*. Oxford: Berghahn Books.
- Henderson, G. (1973). "Inmigrants, Ruthlessness and Development Shock", en Nahm Andrew C. (ed.) *Korea under Japanese Rule*, Kalamazoo, Center for Korean Studies, Western Michigan University.
- Herrera, R. (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. Siglo XXI editores.
- Holsti, J.K. (2004). *Taming the Sovereigns: Institutional Change and International Politics*. Cambridge University Press.
- Homukenshusho [Ministerio de justicia] (1955). *Zainichi Chosenjin shogu to suii to genjo* [El desarrollo del estatus de los residentes coreanos en Japón y su situación actual]. En De Vos, G., Lee, C. (1981) *Koreans in Japan: Ethnic conflict and Assimilation*. University of California Press.
- Horan, H. (2017). *The Politics of Japanese Nationalism: how Shinzo Abe's kokuminshugi is redefining Japanese "Japaneseness"*. Leiden University
- Itagaki, R. (2015). The Anatomy of Korea-phobia in Japan. *Japanese Studies*, 35:1, pp. 49-66.
- Kang, M. (2005). *A History of Contemporary Korea*. Brill/Global Oriental.

- Kanto Daishin to chosenjin [El terremoto de Kanto y los coreanos], (1963).
- Kapferer, J. (1990.) Rumors: Uses, Interpretations, and Images. *New Brunswick and London: Transaction Publishers.*
- Kearney, M. (1995). The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism. *Annual Review of Anthropology, 24*, 547-565.
- Kim, E., y Kim, H. (1967). Korea and the Politics of Imperialism. 1876-1910. Berkeley, University of California Press. p. 9.
- Kim, T. (1948). *Nihon ni okeru hanchosen minzokushi [A history of antinationalists in Japan]* Tokio: *Kyodo shodo, 1948)*
- Knauth, L. (1992). Construcción del Estado Moderno. *Política y pensamiento político en Japón 1868-1925*, México, El Colegio de México, 1992. pp. 15-23.
- Lee, C. (1976). Ethnic Discrimination and Conflict: The Case of the Korean Minority in Japan. *Case Studies of Human Rights and Fundamental Freedoms-, a World Survey.* 4ta edición.
- Lee, J. (2003). The Massacre of Koreans through Paintings (Brochure for the Great Kanto Earthquake 80th Anniversary Special Exhibition, August 20-October 14, 2003). Tokyo, Japan: Non-Profit Organization Koryo Museum,
- Lee, J., Tanaka, T. (2010). Attitudes toward a bicultural environment and mental health among second- and third-generation Korean-Japanese: Self-cognition of cultural identity from an interview survey. *Journal of Humanities and Social Sciences Okayama University, 30*, 177-196

- Lee, S. (2012). *Diversity of Zainichi Koreans and Their Ties to Japan and Korea*. Afrasian Research Center, Ryukoku University.
- Lie, J. (2008). *Zainichi: Diasporic Nationalism and Postcolonial Identity*. Berkeley University of California Press.
- Lim, Y. (2009). Reinventing Korean roots and *Zainichi* Routes: The Invisibilized Diaspora Among Naturalized Japanese of Korean descent. *Diaspora without Homeland: Being Korean in Japan*. Editado por Sonia Ryang y John Lie. Berkely University Press.
- McVeigh, B. (2004). *Nationalisms of Japan*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- Merton, R. K. (1949, 1957). *Social Theory and Social Structure*. New York: The Free Press, 1968 (trad. cast.: *Teoría y Estructura Sociales*. 4. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2002).
- Mie, A. (2014). Surrender had lasting impact on many Japanese after war's end. Capitulation to Allied Powers came as a profound shock. *The Japan Times*. Ago, 2014. Recuperado de:  
<https://www.japantimes.co.jp/news/2014/08/14/national/history/surrender-lasting-impact-many-japanese-wars-end/>
- Mill, J. (1958), *Considerations on Representative Government*.
- Mitchell, R. (1967). *The Korean Minority in Japan*. University of California Press.

- Mori, M. (2002). Women living in the multi-cultural tradition of Japan: Social and cultural analysis of minority women living in Japan. *Hokusei Review the School of Economics*, 42, 57-72.
- Morris-Suzuki, T. (2017). Re-Branding Abe-Nationalism.
- Mullins, M. (2012). Secularization, Deprivatization, and the Reappearance of 'Public Religion' in Japanese Society. *Journal of Religion in Japan* 1, pp. 1-22.
- Mutter, J. (2004). Japanese society and the 1931 Invasion of Manchuria. *The Atlas: UBC Undergraduate Journal of World History*.
- Nagy, S. (2012). Japanese-style Multiculturalism?: A Comparative Examination of Japanese Multicultural Coexistence. *Japan Journal of Multilingualism and Multiculturalism*. 18. Pp 1-20.
- Nahm, C. (1988). Korea Tradition and Transformation. A History of the Korean People.
- Naimusho, (1945). *Keihoukyoku Report*. En DeVos y Lee (1982).
- Nakamura, A. (2005). We are all 'Residents of Japan': The Construction of Common Identity and the Success of the Anti-fingerprinting Movement, *Japanstudien*, 16:1, 145-165.
- Ninomiya, S. (1933). An inquiry concerning the Origin, and Present Situation of the *Eta* Relation to the History of Social Classes in Japan. *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, Vol. X, pp. 69-70.
- Oguma, E. (2001). *Hegemony of Homogeneity: An Anthropological Analysis of Nihonjinron*. Melbourne: Trans Pacific Press.

- Oguma, E. (2002). A Genealogy of Japanese self-images. *Japanese Society*. Trans Pacific Press.
- Osaka, Departamento de Investigación del Bienestar Social. (1931). *Honshi ni okeru Chosenjin no seikei* [Condiciones de vida de los coreanos en Osaka].
- Osborn, W. (2015). *Zainichi: How Violence and Naming Determine a Consciousness*. Duke University Press.
- Park, K. (1965). Chosenjin Kyouseirenkou no kiroku [Registro de la migración involuntaria de coreanos] *Miraisha*, 1965.
- Park, S. (2012). The Power of Dames as a Marker of Identity—*Zainichi* Koreans in Japan. *Bi-College (Haverford and Bryn Mawr Colleges)*. Department of East Asian Studies.
- Prasol, A. (2010). Modern Japan: Origins of the Mind. *Japanese Traditions and Approaches to Contemporary Life*. Singapore: Stallion Press.
- Rawls, J. (2002). La justicia como equidad. Tecnos.
- Reader, I. (2003). Identity, Nihonjinron, and Academic (Dis)honesty. *Monumenta Nipponica*, 58(1), 103-116.
- Rich, M., Yamamitsu, E. (2019). Good news for Shinzo Abe: Japan's Young Voters Lean Right, if They Vote at All. *The New York Times*. Julio 18, 2019. Recuperado en: <https://www.nytimes.com/2019/07/18/world/asia/japan-shinzo-abe-election.html>
- Robillard-Martel, X., Laurent, C. (2019). From colonization to *Zaitokukai*: the legacy of racial oppression in the lives of Koreans in Japan, *Asian Ethnicity*.

- Romero, A. (1987). Versiones y dispersiones en torno a la sociedad japonesa contemporánea. En Alfredo Romero Castilla y Víctor López Villafañe. (coordinadores) *Japón hoy*, Siglo XXI editores.
- (2009). De Choson a Chosen: Unión y fractura de la Nación coreana. *Historia Mínima de Corea*. El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.
- Ryang, S. (2005). Japan's Ethnic Minority: Koreans, en *A Companion to the Anthropology of Japan*. edited by Jennifer Robertson. Oxford: Blackwell, pp.89-103.
- Saaler, S. (2016). Nationalism and History in Contemporary Japan. *The Asia Pacific Journal. Japan Focus*. Vol. 14.
- Sansom, G. (1958). *A History of Japan to 1334*. Standford University Press.
- Shibuchi, D. (2015). *Zaitokukai* and the Problem with Hate Groups in Japan. *Asian Survey* (2015) 55 (4): pp. 715-738
- Shipper, A. (2008). Nationalisms of and Against *Zainichi* Koreans in Japan. *Asian Politics & Policy*—Vol 2, Núm 1—pp. 55-75.
- Shweder, R. A. (1991). *Thinking through cultures: Expeditions in cultural psychology*. Harvard University Press.
- Smith, A, (1986). *The ethnic origins of nations*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1995). *Nations and Nationalisms in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- (1996). The Resurgence of Nationalism? Myth and Memory in the Renewal of Nations. *British Journal of Sociology*, 47/4, pp. 575-598.

- Strausz, M. (2006). Minorities and Protest in Japan: The Politics of the Fingerprinting Refusal Movement. *Pacific Affairs*, 79(4), 641–656.
- Sugimoto, Y. (1986). Images of Japanese Society: A Study on the Structure of Social Reality. *London and New York: Kegan Paul International*.
- Sugita, Y. (2003). Pitfall or Panacea: The Irony of US Power in Occupied Japan, 1945–1952. *Rutledge*, 2003.
- Surak, K. (2019). What Money Can Buy: Citizenship by Investment on a Global Scale. In *Deepening Divides: How Territorial Borders and Social Boundaries Delineate our World*.
- Takabatake, M., Knauth L., y Tanaka, M. (1992). *Política y pensamiento político en Japón 1868- 1925*, México, El Colegio de México, 1992. pp. 216-17.
- Takahashi, K. (1937). *Nippon sangyou roudouron*. [Labor Industrial en Japón] *Chigura Co.*, 1937, pp. 448-507.
- Takashi, H. (1969). *Nihonjin no Chosenjin kan* [Percepciones japonesas sobre los coreanos]. *Kieso sobo*, 1969, pp. 72-73.
- Tanaka, H. (1995) *Zainichi Gaikokujin—Hô No Kabe, Kokoro No Dobu* [Foreigners in Japan—the Walls of Law, the Gutter of the Heart] pp. 81-82
- Taylor, C. (1996). Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna. Ediciones Paidós Ibérica.
- Tei, T. (2001). *Zainichi kankokujin no shuen* [El fin del Estatus de Coreano *Zainichi*]. Tokyo: Bungeishunju.

Tilly, C., Tarrow, S., McAdam, D. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Hacer Editorial.

ISBN: 84-88711-70-0

Trinidad, GJD. (2014). *Honne and Tatemaie: Exploring the Two Sides of Japanese Society*.

*University of Iceland*. Recuperado de:

<https://skemman.is/bitstream/1946/17171/1/ThesisH&T.pdf>

Ueda, K. (2008). Hiraizumi Kiyoshi (1895-1984): 'Spiritual History' in the Service of the Nation in Twentieth Century Japan.

Visocnik, V. (2016). The Role in Religion of the Life of *Zainichi* Koreans in Japan. Pp.229-243.

Wagatsuma, H. (1982). Problems of Self Identity Among Korean Youth in Japan. *Koreans in Japan: Ethnic Conflict and Accomodation*. 304-333. Berkeley: University of California Press, 1982.

Wagner, E., (1951). *The Korean Minority in Japan: 1904-1950* New York *Institute of Pacific Relations*.

Weiner, M. (1989). The Origins of the Korean Community in Japan 1910-1923. *Studies in East Asia*. Manchester University Press.

—(1983). Koreans in the Aftermath of the Kanto Earthquake of 1923. *Immigrants and Minorities 2, número I (1983)*. doi/abs/10.1080/02619288.1983.9974536

Wells, K. (1989). Background to the March First Movement: Koreans in Japan, 1905—1919. *Korean Studies*, 13, 5-21.

Wendt, A. (1996). Identity and Structural Change in International Politics, en Yosef Lapid y Friedrich Kratochwil (eds.), *The Return of Culture and Identity in IR Theory*, pp. 47-64. Boulder and Lynne London: Rienner Publishers.

Yamamoto, R. (1997). *Japan's Minorities: The Illusion of Homogeneity*. London: Routledge.

Yoneyama, L. (1999). *Hiroshima traces: Time, space, and the dialectics of memory* University of California Press.

Zehfuss, M. (2002). *Constructivism in International Relations*. Cambridge University Press.